This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

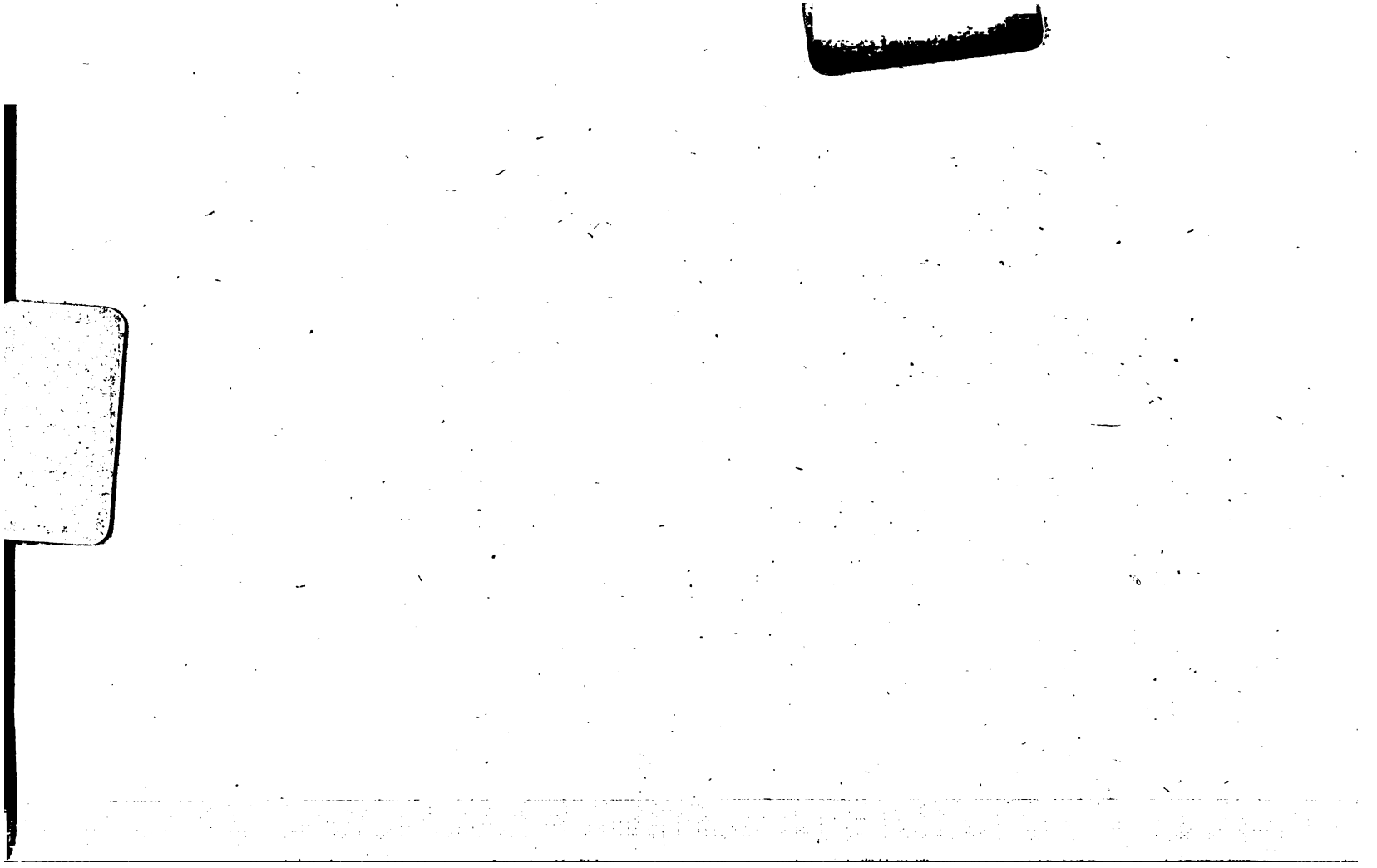
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07437084 6



MUNDO SENSÍFICO.

Lea
NP

MUNDO
SENSÍFICO

POR

JOSE ROMAN LEAL.

(PROFESOR DEL ATENEO DE MADRID)

HABANA.
LA PROPAGANDA LITERARIA.
IMPRENTA.—LIBRERIA.—PAPELERIA.
O'Reilly num. 54.
1876.

MUNDO
SENSÍFICO

POR

JOSE ROMAN LEAL,

(PROFESOR DEL ATENEO DE MADRID)

HABANA.
LA PROPAGANDA LITERARIA.
IMPRENTA.—LIBRERIA.—PAPELERIA.
O'Reilly num. 54.
1876.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
85327A
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 1903 L

Es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima en todo ó parte sin su permiso.

RECUERDO SAGRADO.

Padre mio: no vengo á depositar flores sobre tu sepulcro; esto sería una frivolidad. Dedico á tu memoria, la más sagrada para mí, este libro trazado á vuela-pluma en los siempre interrumpidos ratos de reposo, que me permiten mis atenciones por agenos intereses.

Ningun mérito encierran estas pobres páginas, verdaderamente sentidas, de situaciones y personajes imaginarios, pero que acreditan, cómo no sé emplear mis ociosidades en bacanales ni orgías y tampoco en conspiraciones ó intrigas políticas.

Me dejaste, Padre mio, una herencia pingüe; tu memoria honrada. Yo no la he profanado. Puedo acercarme á tu sarcófago con entera tranquilidad de conciencia, para decirte:— "Otro es el rumbo que han tomado mis ideas. No sigo con tu acuerdo el criterio histórico de Vico, y me declaro en oposicion á Barthelemi; pero conservo íntegro el precioso tesoro de dignidad personal que me legaste."

¡Descansa en paz!

Escoto Mar. 19, 1887

INTRODUCCION.

El hombre de pensamiento y experiencia es un nuevo Fausto. Encerrado entre las cuatro paredes de su dormitorio, recopila en su memoria un doloroso pasado. A solas y cara á cara con su conciencia, no puede ménos de declararse confeso. En su ardiente deseo de invadir los espacios y actividad de las esferas ¡cuántos errores sin enmienda! ¡cuántas torpezas sin subsanacion! ¡cuántas lágrimas inútiles acumula! Desgracias que no ha sabido evitar; dolores que no tuvo acierto de prevenir; sucesos triviales que ha lamentado como terribles infortunios; ideas falsas que obstinadamente ha sostenido como axiomas incontestables; hé aquí el índice de ese libro que se llama CORAZON HUMANO.

Y despues de todo, si en cuentas consigo mismo logra decirse:—Yo no he hecho mal á nadie, ¿por qué no pone trégua á su angustia? Ah! no es bastante la paz interna?

La paz es el reposo; pero el reposo no es la alegría. La Naturaleza es triste; el hombre pensador es triste.

La vida es el movimiento, y el movimiento es dolor. Así el reposo no satisface á la vida. El hombre necesita ser algo más que simplemente bueno.

El pensamiento humano tiene dos órbitas de accion, la *fantasía* y la *realidad.*

Lo imaginativo solo debe aceptarse como forma; puede ser el rico y galano vestido de la idea. Esencialmente es falso y enloquece. Tal es Don Quijote persiguiendo fantasmas.

En cambio, la realidad es profundidad, y el abismo tiene corrientes poderosas de atraccion. Estas corrientes determinan el afan de sabiduría. Tal es Fausto queriendo apoderarse de las fuerzas vitales de la Naturaleza.

Allí está la ilusion, aquí lo desconocido.

En la ilusion no hay otra cosa que divagaciones lamentables. Lo desconocido contiene dos términos, la verdad y el progreso humano.

En lo imaginativo corren abundantes arroyos de lágrimas. Lo desconocido reserva transportes inefables. Isaías, llorando sobre las ruinas de Babilonia. Newton, sorprendiendo á la Luna en sus pasos inconstantes.

Por esta razon el hombre no se satisface con decirse á sí propio:—No he hecho mal á nadie.—Necesita ser algo más que simplemente bueno; necesita ser UTIL.

La materia no tiene horror al vacío, porque en él se forman, sustentan y desarrollan los mundos.

Sin embargo, lo contrario ha corrido en calidad de axioma por largo tiempo.

Es preciso reconocer, que los antiguos sabian muy poco de ciencias físicas.

Solo el cerebro de los ignorantes tiene horror al vacío.

En el vacío cabe todo y está contenido todo, pero él no cabe en el pensamiento. El vacío es tan inmenso que no se llenará jamás.

En el vacío se agita la vida; en lo desconocido se encierra la verdad.

Del mundo de las sensaciones al mundo de las ideas hay una distancia abrumadora.

El inquieto pensamiento salva los abismos de un salto y formula rápidamente esta pregunta:—¿Cómo y con qué se calmarán las angustias del hombre?—

El dolor como el vacío no se llenan con nada, porque siempre en el pecho queda un vacío de satisfaccion.

Por eso no cabe el dolor en el pensamiento.

El hombre no tiene medida en sus ánsias. Quisiera llenar con su inteligencia el vacío, y llenar su corazon de alegría.

Esta es su aspiracion insaciable.

¡Terrible ley fundamental! el hombre no puede concebir el vacío ni el dolor.

Y es, que todo sér orgánico pasa y muere, y el vacío y el dolor son infinitos.

El vacío y el dolor se encuentran en una significacion, la ausencia de la vida y del bien.

¿Acaso el dolor del hombre es otra cosa que el gérmen que lleva en sí de muerte?

Así la Naturaleza en medio de su esplendidez se muestra triste, porque la vida es un prolongado dolor.

El hombre quiere crecer indefinidamente y no puede; quiere permanecer inmortal y tampoco puede.

De aquí que no llena jamás el vacío, ni extingue nunca su dolor.

Pero el vacío es invadido por la vida, y el dolor se calma por el bien.

Cuando se forma una nebulosa y entra en condiciones orgánicas, hay un vacío ménos.

Cuando el hombre puede decirse á sí mismo:—No he he-

cho mal á nadie y he aprovechado el tiempo en bien de los demás, resulta un dolor aplacado.

Pensar secretamente no es obrar mal, porque no infiere daño á nadie. Pero hacer un libro que moralice, es satisfacerse á sí propio.

Hé aquí la intencion de estas pobres páginas.

PRIMERA PARTE.

FACTORES.

LIBRO PRIMERO.

EXPONENTE RADICAL.

I.

Aburrimiento.

A las cinco de la tarde del dia 2 de Mayo de 1871, dirigí mis inciertos pasos sin determinada voluntad, dominado por el más inexplicable aburrimiento. Hay horas en la vida, tan cansadas y de tanto mal humor, que el hombre vaga al acaso convertido en Edipo ciego. No sabe lo que quiere, pero busca la soledad. En esos críticos momentos de tétrica preocupacion, hay ciertas cosas que molestan sobre todas, y son las alegrias populares. El bullir de las gentes, el ruido estridente de las cornetas y el estrépito de los tambores, alteran de un modo inconcebible el sistema nervioso. Todo es á la sazon irritante, todo es antipático, todo es ridículo, y hasta las mujeres hermosas son repulsivas. Entónces el hombre no anda, sino que huye; y así en mi fuga tomé la direccion contraria al teatro de la fiesta nacional, dejando que los veteranos lucieran á mis espaldas sus vetustos y apolillados uniformes construidos en 1808.

Cuando fuí dueño de mi pensamiento, me hallé sin saber cómo en la Casa de Campo, propiedad del Real Patrimonio.

Hacía un vientecillo fresco que movia con suave murmu-

rio las hojas de los árboles. Este lenguaje inarticulado de la naturaleza tiene un poder misterioso sobre el corazon humano, que tranquiliza y consuela. Confieso, que cuando me ví en aquellas alamedas solitarias, ornamentadas de lilas y rosas, sentí dilatarse mi pecho, como si verdaderamente fugitivo hubiese alcanzado la inmunidad.

II.

Un duelo á muerte.

Al doblar una calle de álamos, ví un hombre que caminaba con reposo. Llevaba una capa azul con el embozo echado de izquierda á derecha y sobre los hombros á discrecion, una caña róten en la diestra y un paraguas de seda en la otra mano.

Raro personaje á fé mia, que debia servirse del paraguas á guisa de quitasol en determinadas urgencias.

No cabe la menor duda de que este hombre era un filósofo, tal vez un aburrido, y quién sabe si las dos cosas en una sola pieza.

A poco rato se paró inclinándose hácia la tierra, apoyado en el baston.

¿Qué observaba aquel hombre?

Me acerqué lleno de curiosidad sin que se apercibiera de mi llegada, y ví que con mucha atencion contemplaba un duelo á muerte.

Terrible combate, lucha cruel, con furor sostenida, entre un grillo y un escorpion. El torpe y venenoso arácnide acometia furiosamente; el inofensivo ortóptero huia con velocidad, y daba á su feroz enemigo recortes como el diestro más hábil á un toro. El grillo tenia tendidas las alas, y flanqueando al escorpion con rapidez admirable, le urgaba en el

lomo. Cuando el alacran sentia el contacto cosquilloso de la punta del ala, descargaba sobre sí mismo un golpe terrible con la uña punzante que armaba su cola. Heríase el escorpion constantemente sin lastimar una vez á su veloz enemigo. Esta lucha implacable duró algunos minutos, hasta que el alacran, loco de rábia, descargó un golpe tan fuerte creyendo alcanzar á su contrario, que extendiendo su cola con algun estremecimiento, evidente indicacion de agonía, dejó de existir.

El grillo, dueño del campo, huyó ligero á su madriguera, y asomado á la puerta del nido, se puso á cantar victoria, justificando la onomatopeya de su nombre.

III.

Primer guarismo para la suma.

Entónces reconociendo al observador exclamé:

—Verdaderamente, Brochefranco, este duelo á muerte es bien singular.

A lo cual me contestó:

—La torpeza y la astucia, la fuerza bruta y la inteligencia, ¡siempre el mismo problema!

—Es cierto,—repliqué;—no habia pensado en ello. El animal fuerte, armado y venenoso, debia vencer á su contrario, que no puede herir de ninguna manera.

—Pues esa es la cuestion, amigo mio,—dijo el filósofo.—La fuerza bruta en todas ocasiones es mortal para quien la ejercita. Despues esta fuerza es siempre apasionada y ciega. Ved ahí el cadáver de un furioso. El grillo está ya cantando. Durante la lucha no ha perdido un momento su serenidad. El fuerte amenaza miéntras le consiente vivir el astuto. La victoria es decididamente de la inteligencia, esto no se

puede discutir. Es ley natural que lo formidable sucumba á lo bien dirigido. Un diente triunfa de una mole; la abeja dá muerte al zángano; el caballito del diablo á la araña peluda; el raton del Nilo al cocodrilo; el espadarte á la ballena; un metrallazo deshace una tromba; un poder organizado desbarata á la muchedumbre.

IV.

Indagacion.

Este discurso seguido, este amontonamiento de ideas en borboton de palabras, me significó bien claro, que era momento oportuno, por la buena disposicion de aquel hombre, para comunicarse con él. Porque es de advertir, que mi amigo era de carácter áspero y duro, inclinado á la soledad, al silencio, á la concentracion. Aspero y desabrido en su exterioridad como la ostra, se necesitaba esperar á que abriese la concha de su cerebro para saborear los jugos de su exquisita inteligencia.

No quise desperdiciar la favorable ocasion que por acaso á mi deseo se ofrecía, y á fin de excitar al filósofo le dirigí esta pregunta nécia, pues no hay otra cosa que en ciertos momentos críticos impresione más á los sábios.

—¿En qué libros ha podido usted encontrar esas ideas tan raras? Quisiera conocerlos.

El hombre me miró con sus grandes ojos, imponentes y altivos, dejando lucir una ligera desdeñosa sonrisa que me mostraba bajo su negro espeso bigote una línea casi imperceptible de blanquísimos dientes, y dijo:—

—En todos y en ninguno.

Hizo una pausa, y despues añadió con tono muy sério.

V.

Suma y resta.

—En los libros se aprende todo, pero los libros no enseñan nada. Todas las observaciones de la experiencia se registran en ellos. La concentracion de sí mismo solo está en sí propio. Yo no puedo valerme de los ojos ni de la nariz de mi vecino. Quedaría enmascarado. Así hay muchos hombres que se pasean con la cara de otro; pero siendo rostro prestado, es rostro muerto.—

Y cambiando de acento agregó.

—Hay muchísimos hombres que saben muchas cosas y no conocen ninguna.—

Mi pregunta impertinente habia causado su efecto, el hombre se impresionó. Pero la conversacion tomaba otro rumbo y era muy peligroso que se abismára de repente en su impenetrable silencio. Acudí con prontitud á evitar aquel riesgo diciendo:

—Es verdad, el hombre triunfa en la naturaleza, porque tiene razon sugetiva, inteligencia creadora.—

En seguida esclamó:

—Sí; usted me ha entendido. El hombre triunfa en la naturaleza porque tiene inteligencia creadora. Ha venido á la vida más desarmado que ese grillo vencedor. Ha luchado con las fieras, ha talado los bosques, ha cultivado el suelo, ha levantado ciudades, se ha apoderado de las fuerzas vivas de la tierra, y se adelanta con paso gigante en ese camino sin fin de la civilizacion, por el poder de la ciencia.—

En este momento echó á andar. Yo le seguí y él continuó.

VI.

Daguerrotipo moral.

—Yo era frívolo y además presumido. Cualidades naturales del ignorante. Es verdad que me adulaban las gentes;

mejor dicho, adulaban á mi padre. Por punto general, los hombres aman poco; no saben apreciar el bien por lo que en sí vale; temen ó esperan. De un pobre huérfano, ni se teme ni se espera. Pero así el hombre se hace hombre; es decir, el frívolo se hace reflexivo. Yo estoy muy agradecido á la dureza social.

—Los antiguos decian,—exclamé,—que la letra con sangre entra.

—Y tenian razon en la idea,—dijo,—si bien equivocaban el método. ¿Qué seria yo tratado con mimo? ¿Un mal poeta? Tal vez. Acaso un político experimental de los de uso comun, que no saben donde van ni lo que quieren, sin más juicio, sin más plan, sin más sistema que afrontar la necesidad de momento. Puede ser que fuera un diputado de pandilla ó un ministro de hornaza, ¿quién sabe? Pero de seguro no seria lo que soy, un hombre.

—El hombre es un criterio ó no es nada,—me adelanté á decir.

—Positivamente,—replicó;—porque siendo un criterio, es un método, es una conducta, es un sistema vivo, es, en una palabra, una moralidad práctica. De cualquier otro modo el hombre es una contradiccion ó un reglamento. En el primer caso es un sér completamente despreciable, alguna vez abominable. En el segundo es un autómata. Sin embargo, el vulgo exclama:—¡Qué talento tiene!—No es verdad. El talento extraviado ¿para qué sirve? Para sembrar errores que se traducen en desgracias. ¿Y qué vale la instruccion en desórden? Lo que un archivo sin vocabulario, una biblioteca sin índice, un comentarista embrollador del derecho. La verdad es, que el mundo está lleno de aquellos ignorantes doctos, cuya sabiduría nunca pudo comprender el talento penetrante de Montesquieu, segun él mismo confiesa.

—Es usted un hombre de sistema.—Le dije, y él me contestó:

VII.

Perfiles fisonómicos.

—He logrado apoderarme, por reposada meditacion, de algunas pocas ideas fundamentales, que por serlo, iluminan dilatados horizontes. Por esta razon soy hombre. Mis facciones se trazan con las lineas generales de la especie; pero el rasgo característico que me distingue de los demás, es mio. En mi retrato hay una personalidad, una sugetividad. Bajo las formas generales, soy un indivíduo de la especie humana; analizando otras particulares, soy un sugeto de la raza caucásica; tengo tambien rasgos comunes de familia, y además, y sobre todo, soy yo. Así lo ha dispuesto la Naturaleza. Mi fisonomía intelectual ó moral, que no discuto palabras, dentro de esas líneas generales, caucásicas, meridionales y de familia, me reclama otro yo. Cuando no lo tengo, es positivo que carezco de fisonomía moral propia, y por consiguiente es claro que no soy hombre; soy un ignorante, aunque sepa muchas cosas.—

Esto último me pareció un poco alambicado, y así le pregunté:

—¿De manera que sabiendo muchas cosas, es posible ser un grandísimo ignorante?

—¿Quién lo duda?—replicó.—Saber, no es conocer; y el criterio humano no lo forma la sabiduría, sino el conocimiento. Hay muchos hombres que saben, y muy pocos que conocen. De aquí la ausencia de carácteres. ¿Cómo ha de haber carácter donde no hay criterio, dónde falta la fisonomía propia? Es técnico en pintura decir:—El retrato está en carácter.—Solo entónces es retrato. Tratándose de fisonomía moral, hay muchos retratos humanos que andan por la calle fuera de carácter. De aquí tantas reputaciones falsas y otras tantas usurpadas. La consecuencia son los repetidos fraca-

sos, los multiplicados chascos cuando llega el caso á esas reputaciones de ponerse en exhibicion, y hé aquí la razon del quejumbroso esclamar de los admiradores:—Ha defraudado nuestras esperanzas!

—Pero en fin,—dije,—el hombre no es originariamente malo ni por naturaleza frívolo.

—En cuanto al hombre, es verdad,—me contestó:—pero á los hombres les falta por lo comun educacion rígida. Pierden mucho tiempo en buscar por caminos extraviados los medios de satisfacer sus necesidades dè momento; malgastan muchas horas en distracciones estériles, y la vanidad les embriaga porque les corrompe la adulacion. Amigo mio,—añadió con tono enérgico,—deploro la muerte de mi padre, pero me regocija la ausencia de los aduladores.

VIII.

Problema analítico.

Anochecía y llegábamos á la sazon á la puerta de San Vicente. Dejábamos aquellos lugares solitarios entrando en la villa, donde el movimiento de la gente nos interrumpia. La conversacion no podia prolongarse. Pero queriendo aprovechar hasta el último momento, dije á mi amigo:

—¡Dichoso el hombre que sobreponiéndose á las preocupaciones arraigadas por la viciosa enseñanza recibida en la niñez, llega á organizar sus ideas. Seguramente se necesita para conseguir ese resultado mucha energía, muchísima fuerza de voluntad.

—Es cierto,—me contestó;—reclama ese trabajo grande concentracion y haber tratado y observado mucho á los hombres. Hoy no discuto con nadie, hablo muy poco, y solo me comunico libre y espansivamente con la juventud, que ávida de aprender, sin vanidad de sabiduría, desnuda de preven-

ciones y despojada de mezquino interés personal, lo recibe todo. La luz penetra con suma dificultad en el cerebro endurecido. Empeñarse en modificar las viejas ideas, es trabajar en el yunque. ¿Y luego para qué? - Los hombres que pasan, se van. Solo les pertenece el ocaso La aurora es de los que vienen. Sin la sucesion de las generaciones seria imposible el progreso. Los pocos viejos que se adelantan en el camino de las ideas, son faros puestos en el proceloso mar de la vida, y nada más. El vulgo docto los denuncia por locos, cuando no los persigue y condena como perversos. La muchedumbre, siempre ignorante y grosera, como las olas, bajo sus convulsivas ondulaciones oculta los terribles escollos.

—Estoy completamente de acuerdo,—le dije.—El siglo corriente se precipita en los anchos caminos de la civilizacion movido por dos poderosos resortes, los caminos de hierro y la imprenta.

—No cabe duda,—me contestó;—pero aquellos que se llaman Cuvier, Humboldt, Ampère, Herschel, Savary, Maury, Compte, Müller, Robin y Verdeil, todavia se cuentan por los dedos de la mano. La imprenta trabaja poderosamente para difundir los conocimientos, pero aún no ha comenzado su grande obra de fijar los métodos. Las Revistas y los Diccionarios, que en su dia facilitarán mucho el estudio, son hoy una máquina de fabricar pedantes. Hé aquí una manera de improvisar filósofos, políticos, economistas y hasta jurisconsultos. La elaboracion es difícil, porque hay necesidad de sostener dos luchas formidables, una con la ignorancia, otra con la pedantería. Es preciso educar con esmero y rigor á la juventud. La imprenta es el vocabulario, los caminos de hierro son la ecuacion. Cuando el microscópio y el micoelectrómetro nos dibujen los signos, sumando la electricidad y el magnetismo y multiplicando ambas cantidades por el vapor, llegaremos á estimar con seguridad el valor de la X.

—No comprendo bien la fórmula,—dije turbado.

—Quiero decir,—añadió mi amigo con su extraña sonrisa,—que el gran secreto de la ciencia se encierra, á mi entender, en la electricidad y el magnetismo; quiero decir además, que la gran fuerza que hoy empleamos para trasportar de confin á confin las ideas, es el vapor; y cuando conozcámos el secreto y lo háyamos universalizado en sus aplicaciones, estará resuelto el problema. La ciencia se halla en un período de elaboracion y nada más. Toca ya los umbrales de una transformacion inaudita. El método está descubierto. Todo el saber humano ha sido puro empirismo, hasta que hemos dado en el *quid* de la analítica. Los matemáticos nos han revelado el método; pero los metafísicos han equivocado la aplicacion. Es verdad que los metafísicos entienden muy poco de anatomía y por ende la menosprecian.

—Eso es muy nuevo,—exclamé,—y tambien muy abstracto. Parece que en ello asoma la base de un sistema desconocido. ¿A dónde van á parar esos puntos de partida? Yo no sé qué órden de ideas despiertan en mi cerebro. ¿Habrá usted concebido un plan de ciencia, arranque de un plan de educacion? Explíqueme usted su pensamiento.—

Mi amigo me miró fijamente con una seriedad indescriptible. Su rostro parecia de piedra. Despues de un breve silencio dijo con desabrimiento:

—Acaso he hablado más de la cuenta. Mi pensamiento aún no está bastante maduro para comunicarse, y no acepto esa costumbre, tan perniciosamente generalizada, de dar á comer frutos verdes. La curiosidad de la pregunta es por demás impertinente. Estudie V. á los hombres y reconcéntrese en sí mismo.

—No he renunciado á los viajes,—dije con humildad.—Muy pronto voy á hacer uno á Italia y despues á Paris.

—¿Cuándo?—Me interrogó con sequedad el filósofo.

—En la última quincena del mes,—respondí.

—Véame usted á la despedida. Quiero encargarle una

visita para cierta familia residente en Nápoles, que debe Vd. estudiar con atencion suma.—

Al mismo tiempo que me decia estas últimas palabras, un amigo me llamó desde un coche de alquiler, gritando:—Te necesito;—y me despedí del filósofo prometiéndole ir por su casa ántes de emprender mi viaje.

LIBRO SEGUNDO.

SIGNO DE AMBIGÜEDAD.

I.

Tropiezo con un aturdido.

Entré en la berlina con mi amigo. No se parecía este al hombre que dejaba; era un desgraciado. Calavera, aturdido, aventurero; pero de buen fondo. Era un hombre comun, aunque no le faltaba instruccion. Esa instruccion que se bebe en la atmósfera, que se comunica en el trato de gentes, que se adquiere sin saber cómo, viajando. Alguna vez eran sérios sus juicios; mas nunca tenian la seriedad ordenada que produce la meditacion, sino aquella otra que brota por sí sola de las desgracias.

—Estoy arruinado,—me dijo.—Se me acusa además de estafa y calumnia. Esto es injusto. Yo lo probaré. Soy un hombre atolondrado, pero no un criminal. Te he buscado por todas partes, porque te necesito. Tú solo puedes salvarme. Me hacen falta unos documentos que tiene el duque de B.** Eres su amigo. Te debe un gran favor. Te trata con intimidad, como si fueras el más allegado de su familia. Sé que vas muy pronto á Francia. Solo tú puedes recoger esos documentos. No tengo ningun otro medio de hacerme con ellos.

—En la primera quincena de Junio puedes quedar servido,—le contesté.—¿Es eso todo lo que necesitas de mí?

—Absolutamente todo,—exclamó lleno de alegría dándome un abrazo.—No puedes estimar la inmensidad del servicio. Salvas mi honra y lo único poco que me queda en el mundo, un legado de mi tia. Yo no puedo dirigirme al Duque. Sabes que estoy mal con toda la familia. Solo mi buena tia no me ha rechazado nunca.

—Hora es ya de que entres en razon,—repliqué.—Es menester que dejes ese maldito vicio del juego.

—Yo tenia hecha mi fortuna,—me dijo muy triste.

—Sí,—añadí,—despues de haber derrochado un caudal.

—Es cierto,—me contestó humildemente.—Pero tenia hecha mi fortuna y la perdí á la vista de la Martinica. Volvia rico de Méjico y regenerado; con firme propósito de renunciar á mis antiguas costumbres. Poseía un tesoro que habia enterrado, esperando favorable ocasion de convertirlo en valores para retirarme á Europa. En esto tuvieron lugar los sucesos del imperio, que despertaron mi aficion á las aventuras. Hasta entónces me habia mostrado indiferente á todas las luchas ocurridas en aquel territorio. Tuve que huir precipitadamente, y no pude tomar letras, aún con menoscabo de mi riqueza, que consistia en barras de oro y algunas piedras preciosas. No era un capital grande, pero lo suficiente para cubrir con decoro mis necesidades en vida ordenada. Era por consecuencia relativamente rico, y logré con trabajo y peligro embarcar mi tesoro. Ah! la leccion fué muy dura. He aprendido que todo poder impuesto es antipático; que toda causa extranjera es odiosa; que los naturales que toman parte por ella nó caben en el país; y que los extraños, como yo, que se entrometen en esta clase de asuntos, merecen naufragar. Por este lado acepto tu severa censura, pero no me culpes esta vez en otro sentido.—

Y con acento de profundo dolor continuó:

II.

Borrasca.

—Era una noche espantosa; me acuerdo bien! El viento azotaba con furor. El cielo estaba negro; pero de las ólas, coléricamente agitadas, brotaban relámpagos. La estela del buque parecia un rastro movible de serpientes de fuego. Las espumas, blancas y enrojecidas á la vez, bramadoras saltaban al rostro con ánsias devorantes. La Naturaleza se habia revestido de sublimidad imponente. La oscuridad impenetrable se extendia en el firmamento; la lumbre llameante en el mar. Era un occéano ígneo volcado en un abismo de sombras.—

Aquí hizo una pausa mi amigo y prosiguió:

—Todos los tripulantes estaban atados, ménos el soberbio y temerario piloto, celoso de su integridad autonómica. Colocado de pié sobre el puente, parecia una sombra fantástica, un engendro siniestro, balanceándose como péndulo puesto del revés. Embriagado de orgullo satánico, él solo desafiaba á la tempestad pretendiendo imponerse á la Naturaleza. Nuevo Proteo vomitado por los senos profundos de las aguas marinas. Espantoso Neptuno gritando con ronca voz estentórea:—*¡Quos ego!*—Mas á bordo no habia un Virgilio preparado á cantar la epopeya de su corage. Una ráfaga de viento le descubrió la cabeza, y su melena leónica flotaba en la inmensidad como las tendidas álas de un grajo. Se ostentaba rey de la materia queriendo dominar con su cetro los elementos desencadenados. ¡Qué espectáculo aquel, amigo mio!—

Y cambiando de acento prosiguió:

—El hombre se engríe donde huye despavorido el gigante macrocéfalo. Porque el hombre sin colmillos ni garras de defensa, es más valiente que el toro, más arrogante que el leon y más audaz que la pantera. Pero apesar de todo esto es

más impotente que la hormiga. ¡Oh misterio desesperante! ¿Qué cantidad en proporcion es necesaria para producir un cataclismo?

—Me parece que estravías el asunto,—le dije con tono breve.

A lo cual me contestó:

III.

Cantidades y proporciones.

—El chorro invasor de una regadera, equivale á un diluvio; cáusa suficiente para producir una inundacion, para determinar una catástrofe. Construcciones atrevidas, galerías abiertas, bóvedas levantadas por millares de obreros ceden á un aplanamiento, aplastando muchos cientos de familias, muchos millares de séres, donde desaparecen á un tiempo mismo, pueblos, ciudades, estatutos y gobiernos, sin que el jardinero se aperciba de tanta calamidad pública subterránea, realizada involuntariamente por su mano.—

Y mirándome de hito en hito exclamó:

—Supón á la locomotora descargando el vapor sobre un hormiguero al pasar por la línea; hé aquí el tremendo dia de Pompeya mirado desde la Luna.—

Impresionado, no pude ménos de murmurar:

—¡Terrible problema de cantidades y proporciones!—

A lo que rápidamente añadió:

—¡Las matemáticas son desgarradoras!—

IV.

Elocuencia del dolor.

Hé aquí dos rasgos de elocuencia brotando de una boca vulgar. Aquel ignorante, de seguro no habia leido á Quin-

tiliano. No sé por qué de súbito se grabaron en mi memoria las palabras del filósofo.—"En los libros se aprende todo, "pero los libros no enseñan nada." Y tambien recordé á mi padre (1) que desde la silla del profesor enseñaba:—"La elo- "cuencia forense tiene su pasion propia, la pasion de la jus- "ticia. Es elocuente lo justo, lo verdadero, aquello que hiere "y conmueve á la conciencia humana." Y ponia el ejemplo de una mujer comun á quien le arrebataban su hijo, añadiendo:—"Vedla prorumpir en gritos de dolor, en súplicas de "piedad, en razonamientos sensíficos, en interjecciones y "apóstrofes que envidiaría el mismo Mirabeau."

¡No cabe duda! El gran libro es el de la Naturaleza, deletreado por la desgracia.

Mi amigo hablaba bajo el poder y la influencia de su dolor, y por eso siendo ignorante, podia ser elocuente. Así es, que no decayó en su tono continuando de esta manera:

V.

Las matemáticas son desgarradoras.

—Y el hombre en su loca soberbia pretende ser el soberano y señor absoluto, incontrastable, del planeta en que vive, cuando apesar de la inteligencia que sobre dos piés lo levanta, es al occéano lo que la hormiga á la regadera! La tierra, á su vez, es un átomo suspendido en los dilatados espacios. Y la defiende de un choque, por el que seria despedazada, solo esa ley de misterioso equilibrio que se llama gravitacion universal. Y debe hasta los principios de su existencia al arrogante Sol, presidente de su reducido sistema planetario.

Involuntariamente añadí:

—¡El Sol! 1.407,187 veces mayor que la tierra.

Y mi amigo dijo desalentado:

(1) Esta reminiscencia no es imaginativa. Debo consignarlo así.

—Y sin embargo, el rutilante astro del dia es otro átomo contemplado desde las entrañas insondables de la via láctea. ¡Las matemáticas son desgarradoras!

VI.

¡Miserere mei!

—Pero bien,—dije impaciente y disgustado,—¿adónde vas á parar? ¿Qué tienes que decirme?

—Que el piloto es más audaz que calculista. Hé allí sobre el puente del buque á la hormiga convertida en Polifemo. De repente cien lenguas á una voz lanzaron un grito horrible, aterrador, penetrante:—¡Piloto al agua!!! Los remolinos, con la rapidez de las corrientes de luz, le arrastraron á larga distancia. En vano se arrojaron sogas, salvavidas y botes. Su rostro desencajado, semejante á la faz de un mónstruo marino, volteado por el oleaje, aparecia y desaparecia en medio de las tinieblas al reflejo siniestro de las fosforescencias, única luz, que brotando del fondo del caos como la explosion de la pólvora en la boca de un fusil perpendicular, iluminaba aquella pavorosa tragedia. Sonidos inarticulados, acaso gritos de socorro, tal vez simples interjecciones de dolor y espanto, llegaban á nuestros oidos entre el confuso estridente rugir de las olas y rebramar de los vientos. Hubo un instante de tremenda pavura en que vimos al náufrago, con manos crispadas, levantar ambos brazos al firmamento y desaparecer para siempre por la garganta voraz de esa hidra gigante que se llama Atlántico. Simultáneamente sentimos un sacudimiento como el choque de dos montañas que se hacen pedazos, roto con horripilante crugir el casco de la nave. Era un arrecife.—

Hizo aquí una páusa el narrador y los dos guardamos silencio. Pasado un momento prosiguió diciendo:

—En ocasiones parece que la Naturaleza tiene una voluntad implacable. Buscaba una víctima como para castigar su impotente soberbia, y una vez hallada, echó el ancla.

—Basta!—dije indignado.—Ya sé que naufragaste.

Y mi amigo repuso con voz sepulcral.

—Falta agregar la consecuencia. Desde aquel dia de funesto recuerdo, me considero una hormiga grande.

LIBRO TERCERO.

PIENSO, LUEGO ME JUZGO.

I.

Divagacion mental.

El coche paró á la puerta de mi casa y me apresuré á decir con marcado disgusto:

—Remíteme cuando quieras una nota de los documentos que necesitas y ahora déjame solo.

Subí las escaleras de un salto y penetré en mi habitacion desatentado. Aunque era tarde y mi desayuno es siempre ligero, dispuse que no me sirvieran la comida. Me arrojé sobre un sillon.

Hay momentos en que la vida se amontona en el cerebro. No son instantes de meditacion sino de extravío. El interior del cráneo está hecho una fragua. Es una verdadera ebullicion de la masa cefálica. Por contraste cruel, el corazon se siente atrofiado. Cuando se medita en reposo, el calor de la vida sube á la frente, pero no se fatiga la inteligencia, porque las ideas vienen ordenadas y se retiran por escalones. Cuando no hay voluntad que manda, surge la inundacion de pensamientos que se van en tumultuosa fuga. La cabeza estalla.

Estalla sí, porque sin embargo, divagando se piensa. El trabajo entónces es formidable, porque es extravagante. Es-

tas revoluciones internas se resuelven por un diluvio cerebral de antinómias. No hay mas lógica que la del contraste.

Habia salido de mi casa dominado por un mal humor inexplicable. Tal vez cuestion fisiológica. Me habló la razon serena y restituyó la calma á mi pensamiento. Me habló despues la pasion desgarradora y me dejó aturdido. Tal es la distancia que separa al sábio del ignorante. Aquel ordena, el último descompone. Yo estaba desconcertado.

No podia pensar con concierto.

II.

Razon y audacia.

Convertido en hormiga, me parecia haber visto á un grillo enorme venciendo á un escorpion colosal y al hombre luchando con las tempestades, y unia estas dos ideas por simple relacion de contraste. El combate del ortóptero con el alacran y del hombre contra los vientos y las olas, hacia de mi cerebro un campo de batalla. Aquella ala del insecto, impotente para herir, invencible para defenderse, me representaba la serena y abrumadora razon del sabio, y no sé por qué transicion violenta de ideas, en el amigo aventurero que habia dejado, hallaba un recuerdo de Aníbal, que despues de haber apurado las delicias de Cápua, se refugiaba náufrago en Lucania. Veia al atrevido capitan sin más consejo, sin más direccion, sin más guia que sus ardientes pasiones, impresionar á la multitud y enloquecerla, que para esto sirven los hombres arrebatados; ejemplo vivo yo mismo en aquel momento bajo el influjo de un aturdido. Impulsado por él á guerra solitaria, veia dibujarse en mi extraviada imajinacion la estupenda y sangrienta correría, el hormigueo de gentes atravesando el Ródano y el Durance, y dejando en aquellos

lugares, que Cornelio nos pinta inaccesibles, treinta mil cadáveres de infantes y catorce mil caballos muertos.

III.

Epílogo de mal humor.

Era tanta mi excitacion, que me puse de pié en actitud amenazante, como si alguna persona me ofendiese; pero me ví solo con las mudas paredes de mi cuarto. Este cruel desengaño me encolerizó y rompí una silla en mi despecho. Hay momentos en que el hombre necesita destruir algo para tranquilizarse.

Me volví á sentar triste y avergonzado, murmurando:—Tanto valdria haber estropeado á un hijo, porque quiero entrañablemente á mis muebles, silenciosos y constantes compañeros de mi dolor en todas las vijilias.

Aquel injusto golpe, dado á un hijo, me hubiera acarreado millares de disgustos con su madre, con su abuela, con sus tios, y hasta con la vecindad, que sin convidarnos á participar de sus alegrías, se reserva el derecho de censurar severamente nuestras amarguras domésticas.

Excuso decir, que la silla no se quejó ni reveló á nadie el secreto de mi brutalidad.

Es de advertir que, por consecuencia de reaccion súbita, ántes de sentarme, traté de componerla y aderezarla lo mejor que pude, porque es instinto de naturaleza vendar al descalabrado.

No hay arrebato humano sin la reaccion inmediata del remordimiento.

El arrebato es ira; pero el remordimiento es tristeza. Con ganas de llorar me hice esta pregunta.

¿Hay un juez más recto, más inflexible, más íntegro que la razon propia?

A esta razon llaman los metafísicos y los teólogos con ciencia.

¡Bendita sea, pues, la conciencia que valora los actos hu manos sin informacion de testigos!

—Este es el problema, sobre todos los problemas,—excla mé;—educar la conciencia humana!

Me pareció oir una voz á mi lado que decia:—Educar l conciencia es lo mismo que ilustrar la razon.

Abrí desmesuradamente los ojos y me revolví desatent do. Estaba solo.

Si hubiera sido hombre de otra condicion, hubiese sacad mi cartera para apuntar con el lápiz un fenómeno de espir tismo.

Pero quedé profundamente convencido de que la voz h bia sonado: era mi propia voz inarticulada.

IV.

Tribunal de la conciencia.

El hombre se oye á sí mismo. ¡Ay del que no se escuch Ese no puede atender á los demás sino en falso.

A este órden de ideas pasaba mi pensamiento, desviado su anterior camino por el suceso desgraciado de la silla.

El hombre puede engañar fácilmente á los demás, pero muy difícil que se engañe á sí propio. Puede burlar hál mente á los tribunales, pero no puede comparecer ante razon sin salir condenado. ¿Quién se queja del atropello q acabo de cometer con el objeto inofensivo de mi u que tan buenos servicios me ha prestado? Solo yo. Y no absuelvo.

El hombre no puede engañarse á sí mismo; de consigui te, cuando se engaña, es un grandísimo perverso, porque q

. Cabe que se alucine, si rompe la silla para comprar otra; :or si procura que se la regale un amigo; mucho peor si se opone robarla. De todas maneras sale perjudicado, porque algasta, porque abusando de la amistad la pierde, y porıe robando desmoraliza, y es consecuencia natural y recíoca que le roben. De todos modos, á solas con su conencia, tiene que acusarse á sí mismo, de derrochador, de plotador, de ladron.

V.

Judicatus est.

Como yo me acuso de nécio por haber prestado atencion un aturdido. Es verdad que sus palabras tenian la elocuena del dolor, pero de las desgracias así buscadas como sin ulpa sobrevenidas, deben recogerse lecciones provechosas de ninguna manera estravíos apasionados.

Y se me ocurre una duda: ¿Hay desgracias sin culpa soevenidas? No lo creo. Aquellas que nos acarrean los vicios, conocen una cáusa evidente. Pero aquellas otras que surn sin motivo aparente voluntario ¿no están relacionadas n nuestras torpezas?

Siempre que el hombre á solas repasa su pasado, se levann en su memoria recuerdos que formula poco más ó ménos e este modo.

Si en tal ocasion no hubiera cometido aquel desacierto, s sucesos de mi vida hubiesen seguido otros caminos. Hé quí la falta de experiencia.

Pero es á todas luces absurdo no sacar una leccion de exriencia, de la desgracia que enseña.

¿Enseña qué? A vivir apercibido.

Juro no volver en mi vida á escuchar con interés á un cio.

LIBRO CUARTO.

NUMEROS SORDOS.

I.

Mi visita nocturna.

Con este propósito firme de la enmienda me quedé dormido.

Mas no se deja nunca de soñar cuando hay esceso de calor en la cabeza. Soñé no sé cuantas cosas inconexas. Solo recuerdo que solté una carcajada murmurando:

—¡Cantidades y proporciones! Las matemáticas son desgarradoras. En verdad, es muy soberbio este mundo de liliputienses. Un insecto microscópico puede producir la lepra.

Y me llevé la mano á la frente para rascarme. Desperté. Con efecto, era un mosquito que me picaba.

Cuando abrí los ojos, noté sobre la mesa una lagartija que movia la cola. Era la única huéspeda que habitaba en mi cuarto respetada por los criados. Hacia cinco meses que estaba domesticada. Hasta los séres mas asustadizos toman confianza y se hacen comunicativos con el buen trato Se habia acostumbrado á que la sirviera todas las noches sobre un papel algunas migas de bizcocho. Estos pequeños lacertianos no suelen comer mas que insectos. Pero mi huéspeda encontró, sin duda, manjar mas esquisito el bizcocho, y todas

las noches me hacia una visita poco mas ó menos á la misma hora.

Habia contraido con mi huéspeda un deber de agradecimiento. Cierta noche fatigosa me atormentaba un mosquito con tenacidad. En vano me sacudí repetidos golpes para matarle imitando al torpe escorpion. El nemócero huia siempre ligero, como el grillo del combate. Fugitivo en una ocasion, se paró sobre el muro. Le seguí con la vista y ví por primera vez en acecho á la lagartija, cuya existencia ignoraba, la cual, arrojándose con velocidad inconcebible sobre mi cruel enemigo, lo devoró.

Agradecí á mi generosa protectora el servicio, dando órden á mis criados para que la guardasen todo miramiento. Desde entónces observé repetidamente la habilidad de la cazadora, que solo aparecia de noche, no sé si porque la luz artificial facilitaba su trabajo, pero es lo cierto que no puedo atribuirlo á otra causa.

Porque no padecia persecucion la tímida lagartija, fué tomando confianza, haciéndose comunicativa, como si fuera susceptible de civilizarse. De cualquier manera, tengo observado, que el beneficio de la paz con todos los séres, se obtiene por la benevolencia.

II.

Vivir á la sopa boba.

En cierta ocasion me hallaba indispuesto y no comí, disponiendo mas tarde que me sirvieran una copa de vino de Jeréz con unos bizcochos. Quedaron algunas migas en la bandeja, y la lagartija, que andaba por todas partes como dueña de su casa, tuvo feliz proporcion de regalarse, y procuré obsequiarla diariamente. Asi esta vez concurria á la cita como

de costumbre, y olvidando que no tenia inteligencia para comprenderme, la dije:

—Amiga mia, me teneis sumamente disgustado. Desde que correspondo á vuestros servicios con esplendidéz, os habeis hecho regalona. Mostrais grande empeño á lo que parece en imitar á muchos hombres, que una vez acostados sobre el prójimo ya no trabajan. Comprendo bien las delicias de vivir á la sopa boba. Pero la rectitud de mis principios no puede tolerar el abuso de la holgazaneria, madre de todos los vicios, segun los moralistas enseñan y acredita la práctica. Prefiero un Nemrod á un Carmelita. Este mundo no es un teatro de beneficencia, sino un taller de trabajo. De consiguiente decido desde hoy castigar en mi presupuesto la partida de vuestra cena, y haria lo propio y con mas razon si fuérais Ministro.

III.

El amante trovador.

En esto, debajo de mis balcones, sonó un preludio de guitarras y fláutas. No sé que misterioso encanto tienen estas músicas populares durante la noche callada. El relój de una torre acababa de dar doce campanadas y tres cuartos. Hora de las canciones y aventuras amorosas inmortalizada por la leyenda. Hora preñada de recuerdos para todo el que amó alguna vez en su vida. Hora de los suaves sentimientos, vagos, indefinidos y sin contorno como la sombra. Hora de memorias apacibles y melancólicas, como la luz de la luna. Hora en que todo preludio levanta en el pensamiento remembranzas de ternura, como las amorosas palpitaciones de la dama que espera en la ventana gótica del castillo, las dolientes endechas de Abenamar, ó las interesantes escenas del

Generalife ocurridas bajo la penumbra del ciprés histórico.

El silencio era solemne; todo el vecindario dormia. Solo el amante trovador velaba, que con voz de tenor clara y tristísima cantó:

Enfrente de tu casa
lancé un suspiro,
y el marco de la puerta
salió de quicio.
Algunas veces
¡ay! vida de mi vida,
las piedras sienten.

Parecióme el pensamiento de la seguidilla muy delicado y sentido y el canto del Trovador me llegó á lo íntimo. Me asomé con precaucion y silencio, y volvió á vibrar aquella voz penetrante.

Exhalando perfumes
como la rosa,
vives, niña inocente,
tierna paloma.
Yo te contemplo,
sin saber si eres ángel,
paloma, ó cielo.

Entónces ví iluminarse el balcon de enfrente, pero la vidriera permaneció cerrada, dibujándose detrás de los cristales la figura de una mujer encantadora, vestida de blanco.

Yo asistía sin duda á una escena de supremo interés. Contuve la respiracion para escuchar.

Tu madre no me quiere
porque soy pobre,
pero guardo un tesoro

que desconoce.
Toda mi sangre
toma, si tú la quieres
para tu madre.

Apareció una figura extraña en el interior de la casa. Era una vieja vestida de negro. La ventana se cerró de golpe. Calló la música y el Trovador. Todo quedó en silencio profundo.

Permanecí en el balcon hecho una estátua de piedra, dominado por la impresion y la curiosidad creciente, y oí unos sollozos ahogados dentro de aquella habitacion cerrada.

Al poco rato, ví á los músicos de la serenata llevarse al Trovador desmayado, deslizándose á lo largo de la calle silenciosamente como sombras fugitivas.

IV.

Debe y haber.

Despues, ni oí ni ví nada más.

¿Qué mano siniestra dirije los destinos humanos? ¿La Naturaleza es cruel?

La Naturaleza no puede serlo, tan llena de galanura! ¿Quién se apodera del puro, rico, libre y alegre manantial para esclavizarlo y encauzarlo en una tubería de hierro? ¿Por qué nos sorprende luego el fenómeno de la oxidacion?

¡Un corazon tierno que se abre al dulce sentimiento de amor como la límpida azucena al recibir en su cáliz el primero fresco rocío de la mañana! ¿Por qué una mano torpe le salpica de barro?

¿Quién derramó en el pecho la delicadeza de los dulces transportes? La espléndida Naturaleza, reglamentada por el

hombre en formula seca de Debe y Haber. ¿Qué diferencia hay entre el oro en pirita y acuñado? Ah! este viene enmascarado con el busto del Emperador!

Hé aquí á la Naturaleza corregida y enmendada por el cálculo aritmético.

¿Quién sabe si alguna vez tiene razon el nécio?

¡Las matemáticas son desgarradoras!

¿No es este un caso de aritmética desesperante?

¿Acaso el hombre no vale más que la pirita de oro? Nó; es preciso que sea rico, aunque esté lleno de vicios y maltrate á la mujer y la abandone. ¡Como si toda riqueza legítima no viniera del trabajo! ¿Y no es más firme garantía la de saber adquirir, que la de haber heredado? ¿Y por quién se desbaratan las fortunas sino por aquellos que de favor las recibieron? ¿Cuántos hay que defraudan los afanes de sus padres?

¿Por qué la vieja preocupada asi obliga á su hija y menosprecia al hombre de bien?

¡Tanto amor, tanta ternura! ¿no son una fianza de paz? ¿Hay otra seguridad en la vida que los sentimientos honrados?

La oposicion! y siempre la oposicion fiera; siempre la ventana cerrada de golpe!

En vez de dirijir los sentimientos ¿por qué se oprime al corazon sencillo para desviarlo del bien y corromperlo?

Nada corrompe tanto como la abierta contradiccion, porque aviva el deseo, hace hábito del disimulo y solo forma séres taimados.

Nada de esto es obra de la Naturaleza. Hé aquí un código inmenso comentado pór pedantes.

Sin duda el problema de la educacion es el primero de todos los problemas.

LIBRO QUINTO.

EXPRESION IMAGINARIA.

I.

La Mendiga.

Estaba sofocado, no podia respirar, como si fuera yo el sér oprimido, y tambien cerré el balcon de golpe, tomando mi sombrero y lanzándome á la calle.

Mis pasos eran largos y descompuestos, sin saber adónde me dirigía. Llegué al prado y me ví completamente solo. Allí respiré. Los árboles parecian mudos gigantes, pero hasta de noche son compañeros agradables. Tal vez consiste esta comunicacion apacible en el fenómeno químico-dinámico de cambiar su oxígeno por nuestro carbono.

En contacto con la Naturaleza, pude observar cuanto me rodeaba, y ví sobre un banco de piedra acostada una niña casi desnuda.

Procuré despertarla y se incorporó con los ojos abiertos, de mirar extraviado. Aquella desnudez y abandono contrastaba con su dulcísima voz, que tuve ocasion de observar en el siguiente recitado:

Yo atravieso la montaña
en mi triste soledad,
y llevo los piés descalzos

y roto el pobre sayal.
No he conocido á mi padre
y loca mi madre está.
Corazones generosos
ayudadme por piedad,
tengo frio, tengo hambre.
¡Dadme un pedazo de pan!

El viento gime, la noche
con su negra oscuridad
envuelve al mundo que duerme.
¡Oh! qué felices serán
los que tienen cama, lumbre
y manta, y con qué cenar!
Yo no tengo más que harapos,
desmayos, necesidad.
No desprecieis mi miseria.
¡Dadme un pedazo de pan!

¡Oh! no me llameis ociosa
ni descarada, mirad
secos y hundidos mis ojos,
mi piel arrugada ya.
No me permite un trabajo
violento mi enfermedad.
Yo quisiera hacer calceta
y mucho mejor bordar,
mas no me enseñaron nada!
¡Dadme un pedazo de pan!

Sin persona que me ame
¿quién me ha podido educar?

Tengo honradez por instinto
y por vergüenza, además,
estoy desnuda y soy fea!
Es mi dolencia mortal
tubérculos en el pecho.
Imploro la caridad,
no puedo hacer otra cosa:
¡dadme un pedazo de pan!

Los que estais en vuestras casas
con toda comodidad,
defendidos de la lluvia,
de los vientos, del azar,
vestidos y alimentados,
siquiera una vez pensad
con que dolor os veríais
obligados á rodar
de puerta en puerta diciendo:
¡dadme un pedazo de pan!

II.

Era sonámbula.

Yo escuché mudo, absorto, sin atreverme á interrumpir á la desgraciada, pero bien entendia que todo lo que á mi vista pasaba no era natural. Cuando acabó, inclinó lánguidamente su cabeza sobre el pecho y yo grité:

—Niña! niña! estás enferma?

Se puso súbitamente en pié y dando un grito terrible esclamó:

—No me lleveis á la cárcel! no me lleveis á la cárcel!! Yo no hago mal á nadie. Soy una triste méndiga.—

Comprendí al momento el fenómeno; acababa de despertar, era sonámbula.

Procuré tranquilizarla y lo conseguí, llevándola conmigo á mi casa. Encendí un reverbero y la dí leche condensada, reanimando aquella naturaleza de trece años empobrecida por el ayuno.

III.

Inocente confianza.

La niña, aunque tímida, tomó confianza más pronto que la lagartija y se puso á escudriñar cuantò habia en mi cuarto con inocente curiosidad.

—¡Cuánto lujo!—decia—¡Cuánta riqueza!

—Hija mia,—la dije cariñosamente,—soy pobre, no tanto como tú. Todo es relativo en el mundo.—

De repente, fijándose en una fotografía, esclamó:

—Ay! este señor! quién es este señor? Yo le conozco. El me enseñó una cosa muy buena que aprendí de memoria, ¿quereis que os la diga?—

Y con más espresion y un tono de sensibilidad esquisita me repitió el recitado. Cuando acabó la dije:

—Ya lo conozco, niña.

—Ay!—preguntó con asombro inocente—¿dónde lo ha visto usted si no está escrito? ¿Se lo ha oido decir á su amigo? Ah! por qué me engañó diciéndome que era para mi sola?

—No, hija, no te ha engañado, tú misma lo has repetido dormida.

—Puede ser,—añadió con acento triste.—Tenia mucho sueño, mucho frio y mucha hambre; pero solo podia dormir.

—Bien, niña,—esclamé conmovido—desde hoy no tendrás hambre ni frio y podrás dar satisfaccion á tu sueño en cama ménos dura. Pero dime, ¿dónde has conocido á este caballero?

—Ah!—me dijo—es un jóven muy compasivo. Vivia en una casa de huéspedes, y la dueña, escelente señora, habia dado de limosna á mi madre una bohardilla trastera. Mientras vivió el señorito en la casa, nos socorrió muy amenudo. Mi madre estuvo loca, entonces estaba idiota, despues murió, la señora tambien, y me quedé sola.

IV.

Se llamaba Magdalena.

La fotografía que habia llamado la atencion de la jóven méndiga era el retrato de un amigo mio, el más íntimo, el más querido entre todos, el que preferia y amaba entrañablemente. Era un jóven de talento, una esperanza del pais.

Aquella coincidencia de fijarse la méndiga en el retrato me renovó tan fuertemente su memoria, que me pareció haber oido su voz aquella misma noche. ¿Seria mi amigo el amante trovador de la calle? Habia mucha semejanza en su acento, muy sentida espresion en su canto, y luego en las seguidillas me parecia reconocer su estilo.

Un ser de tanta ternura bien podia enamorarse hasta el esceso que llegó Diego Marsilla, más yo ignoraba completamente el caso.

Todo aquello que revolvia en mi pensamiento eran conjeturas inverosímiles, porque sabia que mi amigo estaba enfermo en casa de sus padres.

Eramos dos hermanos, algo más, dos enamorados. Solo en las amistades de la juventud se concibe este cariño, y

es achaque de amor, ver y oir á la persona querida en todas partes.

Alejé, pues, de mi pensamiento aquella preocupacion y dije á la niña:

—Ya es de dia. El sol se levanta encendido en Oriente. Pasado un rato dispondré que mi criado te traiga ropa hecha. Es preciso que te limpies y arregles para que pueda llevarte á casa de una buena señora, donde estarás por mi cuenta bien asistida y cuidada hasta que yo disponga otra cosa. Es preciso educarte, y yo arreglaré ese negocio.

Y un poco más tarde, dejé instalada á mi protegida en casa de la señora, como habia dicho.

La méndiga se llamaba Magdalena.

LIBRO SESTO.

ERROR Y PRUEBA.

I.

Vanidad pueril.

No tengo la mala costumbre de inquirir vidas agenas. Nada me importa de lo que hacen los demás. En cambio, me reservo el derecho de no dar cuenta á nadie de mis operaciones. Soy además por construccion orgánica, indiferente á los actos comunes y me hacen daño los chismes. De seguro desempeñaria muy mal el oficio de gacetillero.

Nunca me pasa desapercibida ninguna ridiculéz y toda cosa repugnante en la mesa me salta á la vista; pero solo sé decir:

—El baile estuvo brillante, el banquete bien servido, la Baronesa D.... se presentó elegantísima.

Mas no hay para que preguntarme—¿qué vestido llevaba? cómo eran los encages y las flores? cuántos y cuáles platos se sirvieron? A nada de esto sé contestar.

Tengo la misma dificultad de responder á otras preguntas y me molesta si me las hacen, como por ejemplo—¿por qué

se puso pálida Margarita? qué quiso decir aquella mirada fria y penetrante de su marido?

¿Se puede saber lo que cuchicheaban Mme. Le Blanc y Paulina, mirando con sonrisa maliciosa y de reojo á Don Cándido?

Me parece todo esto insoportable.

Sin embargo, tengo una memoria de privilegio para retener testualmente la vaciedad que dijo el Doctor Don Pancracio y la simpleza que le contestó el Subsecretario de.... académico por ende.

Más á pesar de estas condiciones de carácter, la escena nocturna del amante trovador habia despertado en mí una curiosidad ansiosa, no encuentro en esta ocasion un adjetivo más adecuado.

Y tan apropiado me parece, que lo convierto en verbo; *ansiaba* saber quienes eran mis vecinas, penetrar con mi pensamiento en el interior de su casa, escudriñar cuanto hubiese de misterioso en aquellos amores y la fiera oposicion de la vieja.

Hé aquí una curiosidad como otra cualquiera. ¿Por qué incurria yo esta vez en aquello mismo que estimaba tan vituperable?

¿Tiene el carácter sus arrepentimientos y el corazon humano sus salidas de tono?

¿Qué me importaba todo ello?

La reflexion en este punto llamaba á la puerta de mi cerebro, pero el impulso de la curiosidad era irresistible.

Cuando el sentimiento se impone á la razon, esta no quiere nunca darse por vencida y procura argumentos de defensa.

Con efecto, me defendia considerando, que mi curiosidad no era vulgarísima y tampoco impertinente, como suelen ser todas las curiosidades; y dejaba de considerar, que este con-

siderando de puro amor propio, es aplicable á toda sentencia del mismo corte.

Es lo cierto, que pasioncilla tan femenil y liviana, no puede justificarse más que por el interés directo en lo que se trata de averiguar, y apercibido de ello, me propuse persuadirme de que me interesaba el asunto; más como no tenia documento justificativo á la mano, apelé á uno de los recursos comunes que todo lo acreditan, diciéndome:—necesito practicar este estudio del corazon humano, para cuyo fin es preciso analizar el punto;—con lo cual me quedé completamente persuadido, y triunfó la pasion, como triunfa cada vez que es viva y potente.

Sin embargo, esta mi curiosidad tenia su razon de ser, pero era precisamente la que no me daba, ó la que no queria darme, porque la inteligencia humana tiene sus vanidades pueriles y esquiva la ocasion de aventurarse en un chasco.

Hay franquezas que el hombre no se permite consigo mismo, como si se tratase de un tercero, y no fuera depositario de sus propios secretos. A tener esa franqueza, me hubiera dicho:—Me interesa la averiguacion, porque creo que el amante desgraciado es mi predilecto amigo.— Pero como no le reconocí, como no hallé parecido el acento del trovador hasta la coincidencia del retrato, pretendia salvar el riesgo de que los sucesos vinieran á decirme:—Eres un nécio, forjador de inverosímiles conjeturas, de puros fantasmas, para recoger un desengaño.

Guardándome el secreto á mi mismo, creia dejar inmotivada mi propia acusacion.

Esto es frívolo, es absurdo, pero es cierto y muy frecuente; nos queremos engañar cómo si pudiéramos engañarnos.

En suma; de cualquier modo, yo encontré justificada mi curiosidad y la dí el *regium exequatur*.

II.

Indagacion incompleta.

No me costó dificultad ninguna la investigacion. Hay mucho desocupado ávido de averiguar y muy ligero en decir. Supe á la mayor brevedad toda la historia del padre y de la madre de la jóven vecina, y no pude saber la suya, porque no la tenia; ni la de los abuelos, porque nadie los ha conocido; razones ámbas, que dejan profundamente convencido á cualquiera.

A lo que no alcanzaron mis recursos inquisitivos, fué á conocer al amante, ni particular alguno que tuviera relacion con el asunto, lo cual vino á persuadirme de que se trataba de un amor muy puro; pues á poco de malévolo que hubiera tenido, habria la crónica impresa ó manuscrita llegado á mis manos.

He aquí el logro obtenido por mi ansiosa curiosidad.

La madre de la niña era viuda de una notabilidad, y de aquí, sin duda, sus humos nobiliarios. Se trata de un Teniente General, Conde de la P...., que murió Senador del Reino sin dejar bienes de fortuna, lo cual dice mucho á su favor. Manteníase con decoro la viuda, á merced de su pension y de los productos de una pobre viña radicada en el campo de Cariñena, haber de la hija y gananciales de la madre en una sola pieza.

Cuéntase, que su Excelencia, residente en una posada de Aragon (sin que se diga cual fuese) al comienzo de la guerra civil, tomó parte por la causa del Pretendiente, capitaneando un grupo de hombres. Los encomios, positivamente merecidos que me hicieron de su prodigioso valor, con silencio de las maravillas de su inteligencia, fueron el dato más apreciable de verosimilitud para que desde luego estimase verídica

la historia. Comandante efectivo, muy mal herido una vez, halló refugio, amparo y ocultacion en casa de un cura, cuya sobrina, moza galana y de buen porte, sobre todo caritativa, hubo de prestarle esmerada asistencia; y convertida la natural gratitud en amor, de allí salieron las bodas.

Hé aquí un aliciente por demás poderoso, para lanzarse á nuevas aventuras gloriosas, pues no hay caballero cumplido sin dama y señora de sus pensamientos á quien en sus atrevidas empresas se encomiende.

Era ya brigadier y conde por añadidura, cuando tuvo lugar el convenio de Vergara, y un poco más tarde, mejor aconsejado, se aprovechó de aquel beneficio.

Haciendo justicia á su Excelencia, es preciso decir, que fué durante su vida un hombre de bien á carta cabal, afable y despreocupado por ende, con absoluto despojo de altanería. Era muy jugueton con las niñas y muy amigo de los muchachos, lo cual acreditaba su sencilla condicion; Marte restituido á la infancia. Pero como aquellos son el mismísimo diablo, todo lo oyen y tienen la impertinente oportunidad de repetirlo, uno le dijo con la insidiosa candidéz de los pocos años:—Aunque me quieres engañar no conseguirás darme gato por liebre, pues ya sé que has sido posadero.— Aquella construccion infantil de varias reminiscencias, produjo el terror de los padres con asombro de los circunstantes. Mas el buen Conde sacó á todos del apuro diciendo rápidamente:—Mozo de la posada querrás decir, porque de haber sido posadero no sería General.—

Cuéntase dicha anécdota del Conde, y agrega la opinion, que con esta y otras cosas parecidas se habia captado la benevolencia de muchas personas. Pero como no hay calidad apreciable á juicio de todos, en el mismo valor que la onza de plata, acontecía, para disgusto del Conde, que lo mismo que le hacía partido entre las gentes extrañas, le originaba con-

trariedades domésticas, pues con aquellos sentimientos nobilísimos del General, contrastaban los humos nobiliarios de la sobrina del cura, la cual á solas le llamaba soldadazo, y en visita decía:—Que necesitaba vigilar á su buen marido, porque de sencilla condicion, se dejaba corromper por los demagogos.—Así es, que si bien imperaba la paz del amor en la casa, era una continuada lucha de feudalidad y democrácia el hogar doméstico.

Pero aquella oposicion intestina, no rompia jamás en sérias convulsiones, porque el General habia abdicado todos sus derechos en la señora Condesa, quien reinaba en absoluto sobre su marido, su hija, sus criados, y hasta sobre el portero de la casa que no era suya, con la sola excepcion de su favorito, un pequeño perro dogo, el cual por la gracia especial de la soberana, se permitia toda clase de licencias.

En honor de la verdad hay que decir, que la señora Condesa fué siempre el más perfecto modelo de fidelidad conyugal, y cuando murió su marido, le lloró amargamente, le hizo siete novenas y nunca se quitó el luto.

Por exámen analítico de estas noticias que pude recoger, fácilmente deduje todo lo demás, pues no cabe duda, de que la señora Condesa reservaba el tesoro de su hija para algun príncipe de la sangre.

Y como quedaba satisfecha al parecer mi curiosidad, agotados los términos todos de investigacion, ya no me ocupé más del asunto.

III

Aparece el error.

De madrugada el 9 de mayo tenia precision de salir para Zaragoza donde necesitaba arreglar un asunto de interés,

con intencion de trasladarme luego á Barcelona y entrar en Francia por Marsella.

Me hallaba la víspera arreglando mi equipage, cuando en un momento que salió mi criado, ví sobre el mármol de la mesa una cartera de bolsillo. Creyendo que fuese mia, la tomé en la mano y ví que tenia grabado este nombre—Antonio.—De súbito me acordé de mi amigo el de Cartagena, de quien no habia recibido carta ninguna. Sentí nuevo impulso de curiosidad, tambien irresistible, y aquí no me detuve en reflexiones, porque la investigacion se me brindaba inmediata.

Abrí la cartera en la que solo habia un papel doblado.

Nalo á Damianti.

Era una composicion en verso con este encabezamiento, y desde luego me apercibí de la precaucion con que se ocultaban los nombres verdaderos bajo el seudónimo de aquellos que se dán á los legendarios enamorados del Mahabarata. Decia así:

¡Oh Damianti! vírgen pura,
ideal de mi pasion,
eres lluvia de ternura
en mi amante corazon.
Lluvia suave matutina
que riega mis sentimientos;
su corriente cristalina
se lleva mis pensamientos.
Mis quegidos lastimeros
mezclo al gemir de las hojas;
en los céfiros ligeros
envueltas ván mis congojas.
Y entre fugaces vapores

de purpurino color,
los suspiros voladores
te remito de mi amor;
para decirte al oido,
en soplo ligero y blando,
cómo estoy, inadvertido
mis pesares declarando.

Y entre tanto
que suspiro
y que miro
en mi redor,
yo te veo
que me llamas
y me inflamas
en tu amor.

Nacidos ¡ay! para vivir en uno
por la ley natural,
ninguna fuerza ni poder humano
nos puede separar.
Si el viento ruge y la azucena troncha
su violencia feroz,
la gota de rocío no se aparta
del cáliz de la flor.
Es ley, que de la luz las vibraciones
se crucen entre sí;
yo nací para tí, y es tu destino
que seas para mí.
Si vienen las borrascas de la vida
y es preciso luchar,
solos con nuestro amor dominarémos
la récia tempestad.
Si rompe el terremoto los abismos

del suelo á nuestros piés,
nuestra firmeza, de la mano, al borde
sabremos sostener.
Y si estalla el volcan y á nuestra vida
su lava pone fin,
cayendo juntos, en estrecho abrazo
tenemos que morir.
Y cuando el tiempo, que lo muda todo,
estienda su rigor,
nuestros séres en polvo convertidos
formarán su fusion.
Nada hay que pueda separarnos, nada,
ni la muerte cruel;
nacidos ¡ay! para vivir en uno
es mi ser de tu ser.

IV.

El problema se habia resuelto mal.

Quedé absorto. Aquellos versos estaban escritos de puño y letra de mi amigo. Toqué un timbre con violencia y apareció mi criado á quien pregunté:

—¿Qué cartera es esta? Cómo se encuentra aquí?

—Yo la olvidé—me contestó.—Cuando salí hace dias de madrugada á buscar la ropa de la méndiga que usted ha recogido, me la encontré en la calle.—

Ya no me cabia duda. Mi amigo ignoraba que hubiera yo regresado á Madrid, como yo no sabia que hubiese salido de Cartagena. Nos hallábamos los dos en la misma poblacion y no nos habíamos visto.

Dejándolo todo, salí desatentado á buscar á un primo suyo

á quien no me atreví de antemano á dirigirme en mis investigaciones por aquella pueril vanidad de que me acuso. Así muchos problemas de la vida no se resuelven, porque néciamente se prescinde del dato analítico mas importante. Si el hombre no fuera trivialmente vanidoso se veria mucho ménos contrariado.

Es lo cierto, que mi contrariedad era muy grande, pues solo podia disponer de horas contadas y no estaba en mi voluntad retardar mi viage.

Regresé á mi casa sumamente disgustado. Mi amigo se habia marchado enfermo el dia 4 á Cartagena.

SEGUNDA PARTE.

TEOREMAS.

LIBRO PRIMERO.

PRELIMINARES.

I.

Un libro de frutos verdes.

Salí de Madrid en la madrugada del 9 de Mayo y llegué sin tropiezo á la inmortal Zaragoza. Un condiscípulo y amigo de la niñez, á la sazon juez de primera instancia de uno de los distritos de la ciudad, me aguardaba en el paradero para hospedarme en su casa. Once años hacía que nos habíamos separado, y apénas me vió, abrazándome estrechamente, me dijo:

—Vivos deseos tenia de verte. Es una especie de resurreccion renovar con un amigo de la infancia aquellos recuerdos de la juventud, primavera de la vida que nunca se reproduce. Tranquilidad de conciencia, sueño que no interrumpe un cañonazo, apetito devorador, agilidad inaudita, alegría constante, felicidad completa con un duro en el bolsillo, hé aquí los dias dichosos del estudiante que no encuentran parecido en el resto de los años.

—Tienes razon,—dije yo,—estas queridas memorias rejuvenecen.

—Once años de separacion! Cada uno tomó su rumbo pero no me he olvidado de tí. Te lo probaré; verás en mi es-

tante un libro tuyo; diez años há que lo tengo, casi lo sé de memoria. Tentado estuve varias veces á tomar la pluma para escribirte una carta de amigo. Mas ¿cómo romper lanzas con un escritor? Este árido y fatigoso ejercicio de la magistratura me ha secado la poca sávia de inspiracion que tenia. Sin embargo, hubiera querido significarte, que en mi pobre opinion, el texto no dice tanto como el título arrogante de "Filosofia social" promete.

—Ese libro es mi primer tropiezo,—repliqué,—y en tu modestia acabas de herir la dificultad.

—No lo considero tropiezo,—añadió benévolamente.—Hay en ese libro bellas páginas, vigor de estilo, poesía.

—Esa obra no es mia, es de mi mamá.—respondí secamente.

Mi buen amigo me miró estupefacto. Me creí en la obligacion de darle algunas explicaciones y continué:

—No solo hay arrogancia y pedantería en el título, sino vacío completo en el sentido del libro. Acepto, por no rechazártelo todo, que el estilo es vigoroso y fácil, pero esta sola condicion acredita el fenómeno tantas veces reproducido, de cómo se puede decir muy bien una cosa que se entiende muy mal. El trabajo es histórico, abundante en datos, pero es crítico, sin rectitud ninguna de juicio. Queria ser una fórmula de solucion, y resulta un pensamiento embriogénico. No hay en todo el libro más que un instinto, la idea del progreso humano. Pero están equivocados los principios y los términos del razonamiento. Es una cuenta donde solo se suman los créditos activos, muchos de ellos incobrables, otros supuestos. El pasivo no aparece en ninguna parte. Por consecuencia precisa, el balance es deplorable. Yo empecé á contar por los dedos, como me enseñó mi madre y algo tambien mi abuela, y así me salió la cuenta. El hombre necesita llevar un juego de partida doble con el gé-

nero humano y un libro mayor con la naturaleza. De otro modo no puede liquidar sino en quiebra con el Universo.

—Por lo que veo,—me dijo,—tus ideas han sufrido un cambio fundamental.

—Es cierto,—contesté.—Siento que se opera en mi sér una transformacion. He completado el análisis, y estoy en la pista de la síntesis. Este segundo trabajo exige mucha meditacion. El camino es escabroso y difícil, no porque la naturaleza deje de ostentarse espléndida y franca, sino porque nuestros ojos vienen acostumbrados á mirar con cristales muy túrbios desde la niñez. Es necesario dominar la cuestion por completo para persuadir á los demás.

—Ese es el camino de la realidad que abren poco á poco los desengaños, pero tu libro siempre será bello en poesía.

—¿Y qué es poesía?—exclamé despechado.—Si se entiende que poetizar es falsificar las ideas y los conceptos, acepto tu opinion. Pero si la poesía es el canto de la naturaleza, si la metáfora es simplemente el ornamento de la idea verdadera, yo te digo que ese libro es falso y no tiene más que sonoridad de lenguaje. Quédate con las palabras armoniosamente dispuestas, y déjame el convencimiento profundo de que estoy en lo firme, y no hablemos más de este asunto.

Con efecto, guardó silencio, llegamos á su casa, y no intentó siquiera enseñarme el libro.

II.

El jóven simpático.

Una hora poco más habria transcurrido y aún no habia terminado mis operaciones de limpieza, cuando llegó un dependiente de cierto comerciante, amigo mio, enviado por su principal á preguntarme si algo necesitaba.

La figura simpática de este jóven, á primera vista me impresionó. Habia en su fisonomía una sonrisa inefable velada por una tristeza profunda. Parecia la estrella belatrix detrás de una niebla. Le dí un encargo para su principal, y así que salió, pregunté á mi amigo:

—¿Conoces á ese jóven?

—De vista,—me contestó.—Es muy apreciable; tiene una una historia tan interesante como dolorosa. Su padre era un valeroso militar, digno y honrado. Murió en campaña, y su mujer le amaba tanto, que cayó enferma y no pudo recobrar la salud. Este jóven, hijo único, desde la edad de doce años ha mantenido y cuidado á su madre, trabajando de dia y asistiéndola personalmente durante la noche, hasta que murió. Se cuentan unos amores de este jóven, muy castos, muy interesantes, con una prima suya, huérfana tambien, y única persona que quedaba de la familia. ¡Pobre niña! falleció desgraciadamente en un incendio. Este jóven, con peligro de la vida, pudo arrebatar á las llamas el hermoso cuerpo de su prima; pero cadáver.

III.

Una lágrima perdida.

En esto, un criado entregó á mi amigo varias cartas del correo. Se fijó en una con preferencia, diciendo miéntras rompia la nema:

—De Ultramar. Algo ha ocurrido á mi primo, porque hace cinco meses que no me escribe.—

Despues, profundamente triste, me dijo:

—Toma.—

Leí estas frases:

"Ella!.... ella....! ¿Dónde está?—Murió—¡Me amaba tanto!—.... Por eso ha muerto.

¡Pobre hermana!

¡Qué dolor es morir!.... y morir jóven!.... y dejar en la tierra pequeñuelos!

¡Tus dos chiquitos huérfanos, y la niña!

¡Sobre todo, la niña!

¡Mujer, y huérfana!.... y en la infancia!

¿Qué mano suave peinará sus rizos?

—Hay no se qué de criminal en el destino!—

Vive el malvado atormentando
y vive un siglo entero de maldad completa....!

Y tú, inocente mujer, cariñosa madre, rodeada de encantos y risueñas esperanzas, has caido tronchada.... como el lirio por el viento!

Tu niña, con aquel rostro infantil riente, que parecía el despuntar de la aurora, ya no rie y te busca. Dos lágrimas como gotas de rocío, bañan siempre sus azules ojos y parecen dos perlas temblorosas sobre la superficie de un lago. Te busca con miradas entre ansiosas y vacilantes.

Pero sabe que has muerto y un dia fué á visitar tu sepulcro. Sobre tu tumba deshojó una flor, y ha brotado una rosa. Sin duda tu amor alimenta sus raices. La niña bebe en su aroma tu aliento. Así la infancia se comunica con la muerte.

¡Desventurada huérfana! El color purpurino de su tierna megilla es hoy nacarado Inocente presentimiento de dolores desconocidos que se amontonan sobre su frente, para desatarse á hora precisa en furiosa borrasca!

Tiene, sin sospecharlo, un pecado que purgar y del que no puede ser redimida:—es hermosa!

¡Hermosa y huérfana!

¡Y además, es pobre!

Tú, has terminado ya el fatigoso viaje; descansas!

Pero ella! Ella tiene que cruzar débil y sola, el proceloso mar de la vida.

¿Qué mano ruda oprimirá su garganta? ¿Qué lábio seco y ardiente horrorizará la frescura de su boca?

Cuando queden sus ojos escaldados por el llanto, bajará á la tumba contigo.

—Y pasará."—

Todo pasa en esta mudable vida cuyo gérmen y principio nunca se agota.

Entre tanto, continuarán rodando los mundos en el sonoro espacio, y los fluidos imponderables, con su vibracion espléndida, repetirán su himno eterno de armonía.—

Hé aquí una lágrima desapercibida, tan solitaria y muda como la gota de rocío!

IV.

Catalepsis moral.

Esta carta no era una carta, por más que parezca paradoja; era una lágrima recogida en el papel por una mano impotente y enferma. Quien la escribió, contaba su vida por semanas, y además estaba arruinado. Nada hay tan doloroso y cruel como la impotencia. Mirar desde el balcon de la vida la desgracia sin poder socorrerla, es una especie de catalepsis moral.

Ver, oir y sentir sin accion voluntaria en los órganos; paralizarse el curso de la sávia vital en todas las ramificaciones venosas, como rios y manantiales helados; perder la contractibilidad los músculos sin respuesta á ningun movimiento; llegar la sensacion al seno profundo de la vida, petrificadas las articulaciones; extremecerse en el interior el sistema

nervioso por las corrientes de los flúidos vitales, he aquí el *súnimum* de la impotencia!

Acostado en el lecho de muerte, asistir al histérico suspirar de la madre desolada; á las congojas de la esposa inconsolable; á los espásmos terroríficos de la niñez que no sabe comprender el motivo de su espanto y dolor; al aspecto afligido del cortejo fúnebre, con el rostro cubierto de luto oficial, y sorprender la mirada furtiva de los amantes que aprovechan aquella dichosa ocasion comunicándose en un solo gesto de suprema felicidad y alegría todo un mundo preñado de risueñas esperanzas, sin accion para mover un solo dedo, pronunciar una palabra, ni exhalar un gemido!.... esto es, la catalepsis.

Oh! cuánta horrible desventura aflije al sér moral! Sobre todas sus desdichas impera desgarradora la impotencia. Prometeo amarrado á la roca, entregando sus entrañas á los buitres!

¿Y por qué el hombre es impotente? Y por qué es desvalida la niñez huérfana?

¿Acaso la muerte de una estrella derrama la desolacion en el firmamento?

Cae el robusto cedro, herido por el hacha mortífera, pero ¿acaso la violeta, porque le falte la sombra, deja de esmaltar el valle? El viento enfurecido quiebra el añoso tronco de la vieja encina, pero ¿acaso el tierno lirio no se dobla ligero para levantar despues sonriente su magestuoso penacho?

La naturaleza ostentando su hermosura, ha querido perfumarse con los aromas confundidos del tomillo, el romero y la azucena, y para conservar sus galas ha impuesto al tigre y á la hiena el respeto de su organizacion carnívora. Solo permite á la industriosa abeja y á la sencilla mariposa que liben el dulcísimo néctar depositado en las plantas aromáticas y en el cáliz de las flores, despues de haber dejado la

última hecho el capullo de seda, y para que fabrique la segunda el azucarado panal.

Solo la dura mano del hombre puede atreverse á deshojar la rosa por el estúpido gusto de hacer daño.

¿Y no son las violetas que esmaltan el valle social los inocentes desamparados? ¿Por qué el hombre ha de abusar de la inocencia solitaria sin la sombra protectora de sus padres? Ah! si la beneficencia tuviera corazon! Los humanitarios han hecho bastante llenando el vacío de la víscera con un reglamento. La vanidad humana hiciera lo demás, si el honor hipócrita de los padres depravados no ocupase el lugar de los huérfanos con los expósitos.

V.

Es un deber la conservacion de la vida.

Mi amigo interrumpió el curso de mis meditaciones preguntándome:

—¿En qué piensas?—

Aquella repentina impertinente pregunta me dejó turbado y respondí:

—No lo sé.

—Aún no habia cumplido dos años,—dijo mi amigo,—y me acometió con violencia una inflamacion de garganta, un ataque de garrotillo. Me ahogaba. Mi padre tenia el sueño muy ligero y despertó muy á tiempo salvándome la vida. Yo pensaba en que mi padre me hubiera hecho un gran beneficio con no despertar.

—¡Insensato, egoista!—grité.—Es preciso sostener y defender la existencia. La vida no es una espiacion, como dicen algunos; no es un calvario, segun quieren otros. Es un elemento activo y eficaz para obrar el bien, y el hombre no puede ni debe desvanecerse como una lágrima perdida.

LIBRO SEGUNDO.

INSPIRACION POPULAR.

I.

La jota.

Pasamos el dia silenciosos, tristes, preocupados.

Llegó la noche. Era domingo, y las calles se llenaron de rondas y de todas partes llegaron los ecos de las serenatas.

—Cómo se divierte la gente del pueblo,—dije de mal humor á mi amigo,—tal vez la víspera de morir.

—Zaragoza,—me contestó,—canta lo mismo en el bombardeo.

—Creo,—dije conmovido,—que es un problema difícil entristecer al aragonés.

—Es todavía más difícil intimidarle,—me contestó.

—¡Oh tú! pueblo glorioso y valiente,—exclamé entusiasmado,—que rapada la cabeza y al descubierto; en mangas de camisa; sin señales de vírus herpético, triste herencia del género humano, rompes descalzo los hielos del Ebro, diciendo con acento de la conviccion más íntima á principios de Enero:—No hace frio, porque vamos cara al verano.—

Se paró una comparsa en la calle y un jóven con voz de barítono aguda y chillona en las notas altas cantó:

EL BARÍTONO.

Hacer el bien por el bien
es de rígida moral;
yo te quiero por quererte,
y sin esperanza, más.

Siguió la música de guitarras y bandurrias aquellas variaciones tan conocidas y multiplicadas, dando lugar al canto de un bajo profundo, que alternaba con el barítono así en la voz como en las coplas.

EL BAJO.

Negro es tu rostro y tus manos
es negro tu corazon,
negro tienes el bolsillo....
pero dame á Concepcion.

EL BARÍTONO.

¿Qué quieres que yo te dé?
Lo más que te puedo dar,
por una mirada tuya,
es toda mi libertad.

EL BAJO.

Comiendo está con los dedos,
bebiendo está peleon
y don Basilio presume
tener buena educacion.

EL BARÍTONO.

Eres carne de mi carne,
eres hueso de mis huesos,
eres el sér de mi sér,
en tí solo vivo y muero.

EL BAJO.

Está relleno este mundo
de nécios con pretensiones,
y cuando tienen dinero
es aquello de acabóse.

EL BARÍTONO.

No se te puede tratar
¡ay, niña! sin adorarte,
tienes de mujer el rostro,
pero el corazon es de ángel.

EL BAJO.

No hay un defecto más grande
que la nécia vanidad,
pone en ridículo al vano
y molesta á los demás.

EL BARÍTONO.

Es belleza pasajera
el juvenil arrebol,
es permanente hermosura
el encanto del pudor.

EL BAJO.

El ignorante es soberbio
solo porque es ignorante,
pues á poco que supiera
sabría que nada vale.

EL BARÍTONO.

Son tus palabras ternezas,
dulzuras tus pensamientos,

modestas son tus miradas,
es tu corazon un cielo.

EL BAJO.

Llenas de sebo las manos,
porque se le llama Don,
se ha figurado Bartolo
que es un sábio y orador.

EL BARÍTONO

Me voy, pero vá conmigo
tu imágen ¡ay! hechicera,
porque tú en mi corazon
sola y absoluta reinas.

Cesó la serenata y se retiró aquel grupo popular de artistas innominados.

II.

Poetas innominados.

¿De dónde salen como por encanto esos poetas desconocidos de inspiracion espontánea? ¿De dónde brotan esos rápsodas que para elevarse á las altas y vibrantes notas del mas delicado sentimiento no necesitan acudir á ningun concepto teológico ni apelar á ninguna figura mitológica? ¿Por qué en Suecia, Noruega y España surgen de las piedras tantos Homeros? ¿Por qué esa multitud de infelices ignorantes que no ha leido á los clásicos, que no conoce ni aún por los nombres á Ovidio, Horacio y Virgilio, es inaccesible á la crítica? ¿Por qué esas composiciones populares, como purísimo manantial de inspiracion, ofrecen tantos temas de sentimiento, tantos modelos de armonia á los músicos y á los

poetas? ¿Por qué ésta muchedumbre popular ha podido inmortalizar con su voto las Mesénicas del culto Tirteo?

Ah! porque el campesino está en constante relacion de intimidad con la naturaleza, y el pueblo tiene una necesidad instintiva de cantar como el ave.

"Cantan, dice un publicista notable, el pastor y el marine-"ro, el cazador y el preso; canta el Groelandés entre los "eternos hielos, y el Lapon, miéntras unce el rengífero á su "trineo, murmura transido de frio un canto amoroso."

¿Por qué los pastores, los hortelanos y los barqueros han improvisado siempre canciones melancólicas como la luna, alegres como la primavera y tristes como el bosque solitario?

¿Por qué los muchachos desnudos y coronados de flores, cantaban himnos en loor de los héroes de las Termópilas?

¿Por qué en un tiempo los jueces se dirigian al tribunal repitiendo los aires de las Fenicias de Frínico?

¿Por qué el vulgo cantaba al son de la fláuta con rápido movimiento la cancion de la flor, "Antheme", que asi decia:

"¿Dónde hallaré mi violeta?
"¿dónde está mi peregil?
"¿dónde mi rosa se encuentra?"

¿Por qué, en fin, la Grecia entera repetía la cancion de la golondrina:

"Mi buen marzo, mi buen marzo,
"y tú tambien, triste febrero,
"aunque de nieve cubras la ribera,
"aunque de llúvias anégues el suelo,
"siempre, siempre olerás á primavera?"

El pueblo pide sus melodías á los pájaros y sus armonías á los vientos, á las áuras, á las hojas de los árboles y al cristalino y manso arroyuelo.

En la poesía popular habla el corazon. ¿Quién pudo inspirar al Eslavo la cancion de la niña?

"¿Hay algo mas estenso que el mar?
"Hay algo mas querido que un hermano?
"Algo mas dulce que la miel?—
"Un pececillo saltando en el agua contestó:
"—El cielo es mas vasto que el mar;
"el amante mas querido que el hermano;
"el beso mas dulce que la miel."—

¿Quién ha inspirado á los Filandeses el canto del arroyuelo?

"La jóven se sienta á la márgen del arroyuelo y se lava los "piés.

"Un pajarillo que se cierne en los aires la dice:

"—Ten cuidado. Si enturbias el arroyuelo, el firmamento "no se reflejará mas en él.—

"La jóven mira al pájaro con los ojos bañados en llanto, "y esclama:

"—No te aflijas de ver que el agua del arroyo se enturbia. "Muy pronto se aclarará.

"Pero cuando me viste sentada junto á un jóven debias "haberle dicho:

"No enturbies el corazon de la doncella, porque no tor- "nará á verse claro ni á reflejar el azul del cielo."—

¿Dónde hay mas sencillez y ternura?

El pueblo es artista sin mas fuente de inspiracion que su sentimiento, ni otro libro de consulta que la naturaleza.

Y con tan buenas disposiciones ¿será un problema difícil la obra de su educacion?

¡Zaragoza! esclamé con entusiasmo, tu jota me ha reconquistado. Todo lo bueno que tienes es tuyo, todo lo malo que te queda es de aquellos que viniendo del norte dieron muerte á Lanuza.

LIBRO TERCERO.

VERDADERA IMPORTANCIA DE LA MEDICINA.

I.

A la orilla del Ebro.

Aquella noche tuve un sueño apacible.

A las cinco de la tarde del dia siguiente dieron aviso á mi amigo de que habia un cadáver en la orilla del Ebro. Era preciso constituir el juzgado en el sitio de la ocurrencia, Fuimos allá el Juez, el Promotor, el Escribano, y yo agregado oficioso.

Hallamos el cadáver con un balazo en la frente y cubierto el rostro de sangre. Así que se le lavó y pudo ser reconocido, nos miramos el juez y yo con dolorosa sorpresa. Era aquel simpático jóven, dependiente de la casa de comercio que fué á visitarme por encargo de su principal.

Registrado el cadáver, solo se le encontró una cartera con algunas tarjetas y un manuscrito, que no hacia relacion al suceso.

Se trasladó el cuerpo á la ciudad y se dió comienzo á las instrucciones sumarias.

Espontáneamente compareció el principal angustiado

presentando una carta encontrada en la carpeta del muerto y dirigida al portador, que así decia:

"He podido soportar la orfandad, la pobreza. el dolor de mi madre, su muerte, y la pérdida tambien de mi amada; pero no puedo sobrevivir á la deshonra. Soy inocente, mas no tengo medio ninguno para justificarme. Mejor que atropellado en la vida, quiero ser compadecido en la muerte. La fuerza de las cosas me obliga. Acabo mis dias sin despecho. Pido perdon á toda persona que hubiere podido ofender involuntariamente."

Y seguia la firma.

No pudimos dar lectura á la carta sin llorar juntos, el promotor, el juez y el entrometido.

II.

Atrofia por la soledad.

Aquel desgraciado jóven era un suicida: efecto triste de un concepto equivocado de la honra!

Era huérfano, era pobre, era desvalido; no tenia mas capital que su honor, y se veia arruinado.

El suceso venia preparado; sin duda pesaban en aquel cerebro ideas funestas; sin duda agitaban aquel tierno corazon amarguras terribles.

Nada predispone tanto á padecer estravíos mentales, como la falta de alimento. Nada amontona tantos pensamientos sombríos como la soledad.

Aquel desdichado jóven, comia muy poco, se comunicaba ménos, y vivia solitario.

Muchas veces en el escritorio se quedaba pensativo interrumpiendo su trabajo, y si le hablaban, no oia.

En los ratos de reposo, vagaba solo por las orillas del Ebro, y en ocasiones se paraba, contemplando estático las

corrientes del rio. Estos espectáculos monótonos son los que mas absorven el pensamiento del hombre preocupado, los que mas profundamente conmueven su ánimo, los que agolpan las lágrimas á los ojos.

Todos estos fenómenos se observaron en el jóven.

Y otros muchos mas.

Una tarde, se le vió llevar en la mano una rosa, que besaba por intérvalos, y detenido en la márjen del rio, fué arrancando una por una sus hojas con muchísima pausa y arrojándolas en la misma forma á las aguas. La hoja se deslizaba flotante movida por la corriente, y el infeliz jóven permanecia en suprema inmovilidad, hasta que la perdia de vista.

¿Qué relacion podian tenér todas estas cosas con sus pensamientos, acaso con sus dolores?

No lo sabia.

¿Cuál era su dolencia?

La misantropía es una cosa, la hipocondría es otra, la preocupacion dolorosa no es ninguna de las dos.

Estos tres términos, no son sinónimos. Habia en el cerebro del jóven ideas misantrópicas, efecto indeclinable de la soledad. Habia en su estómago colecciones biliosas agitadas, consecuencia necesaria de la falta de alimento. Habia en su corazon un grandísimo fondo de tristeza. La dolencia no era determinada, sino múltiple. De aquí lo indefinido de los síntomas.

La radical era, aquel corazon lleno de vida, atrofiado en la soledad.

¿Quién ha dicho que esta enfermedad no tiene cura?

En la farmacopéa social no se conoce el producto; en la terapéutica falta la fórmula: esto es distinto.

El egoismo humano es un doctor deplorable.

Aquí podia renovarse aquella inscripcion de Jámblico:— 'Creo en la ciencia, pero dudo del médico."—

Un huérfano, un pobre, un desvalido, un niño, encuentra rostros muy duros por todos lados, y cuando está enfermo del corazon, solo puede sanar, comunicándose.

¿Dónde está la cáusa determinante de aquel suicidio perpetrado por un jóven de tan delicados sentimientos de honradez?

En la falta de cariño.

III.

Problema múltiple.

Preguntadle porque se suicida, y no lo sabe. Crée que por haber perdido la honra. Tanto valdria preguntarle ¿qué te duele?—La cabeza.—Y, sin embargo, lleva la herida en el pecho. Es impertinente que un médico pregunte al enfermo los síntomas; debe estudiarlos.

¿Qué es eso que se llama naturaleza moral?

Una cosa que no ha estudiado la medicina.

Algunos médicos curan empíricamente estas dolencias, puro esperimentalismo que se llama, *conocimiento de mundo.*

Y nada mas; porque el análisis no puede hacerse anatómicamente.

Mas no por eso deja de ser un problema científico. Problema múltiple de Biología, de Fisiología, de Química orgánica, en el que la Dinámica toma tambien su buena parte.

Pero estas ciencias comienzan hoy á considerarse auxiliares de la medicina.

He aquí porqué, la naturaleza moral solo cuenta hasta el el dia para su asistencia, con médicos practicones, que consultan los casos en el libro de su experiencia, los cuales no se hallan registrados en las obras de texto para el servicio de la Universidad.

Pero tiene tal magnitud y tal importancia el asunto, que es á la medicina, lo que el cálculo diferencial á las matemáticas.

Pronto, este importante estudio, constituirá la parte sublime de la ciencia.

Por ahí va la cosa.

¡Halagüeña y brillante esperanza!

Cuando llegue el momento feliz deseado, habrá cura para los dolores de la humanidad.

Pero entónces, la medicina saldrá del rincon oscuro de los hospitales para tomar asiento en los estadios del gobierno, reemplazando los esculapios á los metafísicos en la confeccion fundamental de los códigos.

Porque la medicina, ha de ser, en no muy lejanos tiempos, la directora principal de la educacion.

IV.

Necesidad de comunicarse.

Dada la base de honradez del jóven suicida, con buena educacion, hubiera respetado su existencia. ¿Quién lo mató? El desabrimiento social por falta de experiencia del jóven, pues viviendo su madre, nunca se hubiera quitado la vida. En primer lugar, porque entónces su conservacion era necesaria para dar amparo al ser querido; y en segundo, porque arrastrado por el impulso natural del sentimiento que tanta comunicacion necesita, en los brazos de la madre adorada, hubiera podido llorar; dar espansion á su pecho; oir consejo prudente, hallando en él un rayo de esperanza, que poniendo trégua á las ideas siniestras, dá lugar, con mejor acuerdo, al hallazgo de aquellos medios necesarios para justificarse que nunca faltan serenamente buscados.

Es positivo, que al calor del cariño de la madre, el desgra-

ciado suicida hubiera respetado y conservado su existencia.

Pero es mas positivo todavía, que el amante correspondido, primero apela á la fuga que á la muerte, porque vive siempre en su corazon la esperanza. El ser adorado es dueño absoluto de la existencia y no hay atrevimiento para despojarle. La lucha de pasiones se presenta, se establece discusion entre el amor y la honra, y aquel decididamente triunfa, porque vienen en su auxilio todos los instintos de conservacion. Hay una mujer hermosa, encantadora, que absorve todo el pensamiento, que ocupa todo el corazon, que ha de llorar desolada nuestra pérdida, que puede acaso morir, ó acaso maldecir nuestra memoria acusándonos de ingratitud y olvido, tal vez consolarse en brazos de otro hombre; y estas ideas, amontonadas como una tempestad en el cerebro, tienen un valor decisivo.

Unicamente en la soledad impera sin oposicion la idea de la muerte.

Aquel desgraciado jóven, no veia en torno suyo mas que rostros egoistas, desabridos ó indiferentes.

Hé aquí el punto de vista higiénico de la cuestion.

Y tambien el calmante de ciertos agudos dolores.

De donde se deduce, que la humanidad está enferma y sus mas graves dolencias no se curan con el ópio, con la quina, con el arsénico, ni con el hemético; así como la falta de globulacion en las ideas no se repone con la administracion de los marciales.

V.

Suspiro de un huérfano.

La delicada naturaleza del jóven desdichado, se caracterizaba de lleno en el muy sentido texto del papel encontrado en su cartera, que así decia:—

Huyó la alondra del valle,
helada quedó la fuente:
hoy son páramos de hielo
los campos ayer alegres.

Mudo gigante, la noche,
de las montañas desciende;
la luna descolorida
refleja sobre la nieve.

¡Oh tú, amiga melancólica
que mis dolores sorprendes,
en mi triste soledad,
alúmbrame, no me dejes.

Huérfano soy, por desgracia
me ha respetado la muerte:—
el camino de la vida
cruzo descalzo, sosténme.

Murió mi padre en la guerra:—
¡era mi padre un valiente!—
Murió de dolor mi madre:—
¡todo lo bueno se muere!

¡Tanta pena en pocos años!
ayer cumplí diez y nueve;
dos, he vestido de luto,
y he llorado treinta meses.

Mi tierna esperanza puse
en una niña inocente,
y he perdido ¡la esperanza!
¡lo postrero que se pierde!

¡Oh qué sombrías contemplo
de la iglesia las paredes!

Allí descansa mi madre
en el seno de la muerte

Allí de reposo eterno
goza la niña inocente.—
Sombra dan á los sepulcros
dos solitarios cipreses:—
dura coraza de hielo
sobre la tierra se estiende.
¡Triste comarca asolada,
ayer campiña riente,
donde no brotan las flores
ni el arbusto reverdece.

El fresco lirio del valle
en espino se convierte,
y la pálida azucena
se trueca en cardo silvestre.

El sol, de luto, no sale;
huir la noche, no quiere,
y no murmura el arroyo
y calla seco el torrente.

Ya no cruzan las torcaces,
ni la golondrina vuelve,
ni los ruiseñores cantan,
ni los céfiros se mueven,
porque reina en el contorno
el silencio de la muerte.

. . . . . .
. . . . . .

Huyó la alondra del valle;—
llanto mis ojos no vierten. . . .—
De mi pobre corazon
¡helada quedó la fuente!

VI.

Equivocacion á los diez y nueve años.

Hé aquí diez y nueve años mal logrados!

¡Malogrados por una locura de delicadeza!

Era un dependiente de la casa de comercio, retribuido con escasez. Querido, pero tratado con sequedad, y muy ásperamente reprendidas sus distracciones. Lo cual no impedia, que esplotando su pundonor, se le recargase de trabajo. Suplia las faltas de todos, sin estímulo ni recompensa. Se comprende bien, estaba necesitado. Durante una fiebre del cajero, se le encargó de la caja, y aprovechando una de sus preocupaciones, otro dependiente sustrajo una cantidad. En aquella mañana el desdichado jóven se apercibió del desfalco, y dominado por el dolor y la vergüenza, creyó imposible su justificacion. Ah! no contaba con la causalidad que vino despues á descubrir al verdadero reo!

LIBRO CUARTO.

LIGEREZA Y ORGULLO.

I.

¿Por qué?

Hay un principio lógico en los accidentes de la vida, cuando vienen de una cáusa determinante desenvolviéndose por sucesion de consecuencias indeclinables. Pero hay sucesos independientes entre sí, que no tienen ningun motivo de relacion. Aquí la lógica no decide nada, y por consiguiente la esplicacion es imposible. Este órden de fenómenos nos preocupa, cuando es de todo punto inútil discurrir sobre ellos Mas es lo cierto, que en un período dado se amontonan las contrariedades y en otro se acumulan las satisfacciones. Los jugadores de azar nos pueden dar testimonio. ¿Por qué en dias seguidos pierden, lo que ganaron en semanas sucesivas? ¿Por qué durante un período dado están de suerte y durante otro en pertinaz desgracia?

Este porqué, es de momento incontestable.

Yo estaba corriendo un temporal de mala fortuna, pues desde el dia dos de mayo que me atacó aquel mal humor sin cáusa conocida, no habia esperimentado mas que contrariedades. Ninguna desventura grande me habia afligido, pero

todas mis impresiones eran tristes, todas mis preocupaciones desagradables.

Mal preparado mi ánimo por la relacion del naufragio del aventurero, supe que mi amigo Antonio habia estado en Madrid, á la puerta misma de mi casa y que se marchó á Cartagena sin que nos viéramos, enterándome involuntariamente de sus secretos y contrariados amores. Me ví precisado á venir á Zaragoza, y cuando esperaba gozar de toda espansion y alegría en casa del condiscípulo, llegó á sus manos la carta de su primo, con la dolorosa noticia que contenia. El lamentable suceso del jóven suicida, ninguna relacion tenia con mis asuntos, mas no por eso dejó de causarme una impresion profunda.

Bajo el influjo de estos tristes particulares, acababa de recibir una carta de Antonio dirigida á Madrid, cuya remision me hacia mi criado.

Hé aquí su contenido:

"Querido hermano: Sé que has regresado á Madrid y no he tenido el gusto de verte, cuando mayor era mi necesidad de tu auxilio y consejo. Pocos dias me quedan de vida. Mi dolor será muy acerbo si muero sin abrazarte. El amigo necesita un momento para consuelo; el moribundo para un encargo que tú solo puedes cumplir.—Tuyo.—ANTONIO."

Habia terminado mis asuntos en Zaragoza; solo me faltaba firmar unos documentos. Era el trece de mayo, y determiné salir para Cartagena al dia siguiente, aunque este viaje contrariaba todos mis planes.

II.

Dificultades.

Puse la carta de mi amigo sobre la mesa y permanecí largo rato pensativo, ¿Qué meditaba? lo ignoro. Era un intérvalo

de divagacion, de aquellos en que no toma forma ningun pensamiento. El cerebro trabajaba, trabaja siempre, del propio modo que el corazon, el pulmon y el estómago, hasta en el sueño; pero trabajaba en el momento aquel como el estómago en ayunas, con absoluta dispersion de ideas.

Maquinalmente alargué la mano á la carta, movido por el instinto que tantas veces reemplaza á la razon suspensa, para recoger el hilo perdido del pensamiento. Pero al tocar la carta con la punta de los dedos, una racha de viento hizo volar al papel. Era una presa que huia. Me lancé sobre ella con esa fuerza instintiva que precipita al galgo sobre la liebre, al gato sobre el raton, y que en mi pobre concepto es la única cáusa impulsiva del hombre á la caza. Mi movimiento fué rápido, como toda accion determinada por el instinto. Tropecé en la alfombra y caí. Me levanté velozmente y recibí un fuerte golpe en el cráneo con la llave de la puerta. La carta estaba en el suelo; parecia mirarme, burlándose de mí. Me arrojé con rábia á cogerla y derribé una silla.

Los movimientos instintivos obedecen solo á las impresiones, y así, en lugar de coger la carta levanté la silla, y una raja que se abrió por el golpe, me rasgó el pantalon.

El mundo inorgánico me resistia.

Y esto sucede muchas veces.

—¿Por qué?—

III.

Confusion de números.

En aquella lucha todo jugaba sin voluntad, mis impulsos instintivos y las resistencias de la materia inerte.

Y en la batalla era yo el vencido, porque la carta todavía estaba en el suelo.

Tan derrotado me ví, que despues de haber examinado mi roto pantalon, me pasé la mano por la frente. El cerebro ardia, pero la piel estaba cuajada de sudor frio. Acudí al pañuelo y me sequé el rostro. Aquel suave contacto me recobró. Pude formular una idea y fué esta:—¡Cuánta contrariedad!—

Pero esta esclamacion la hice resignado. Era el primer destello de lucidez, la primera señal de razon que ponia fin á tanto estravío.

¡Cuánta contrariedad! Habia pronunciado la palabra precisa para reanudar el hilo quebrado de mi pensamiento.

Sobre todo el cúmulo de circunstancias sin relacion ninguna entre sí, se amontonaban los contratiempos ocurridos dentro de mi habitacion en aquel combate innominado. El viento que voló la carta, la alfombra levantada oponiéndome su pliegue para tropiezo, la llave, la silla y el pantalon, fueron otros tantos enemigos declarados contra mi reposo. Parecian personas con voluntad puesta en hacerme daño, interesadas en mortificarme. Bajo el influjo de las preocupaciones comunes de la edad media, hubiera podido creer, que los dedos invisibles de algun Nigromante movían con hostil intencion aquellos objetos; que algun brujo se ocultaba en la colgadura de la cama; ó que el diablo mismo se habria introducido por las grietas de los balcones.

No se me ocurrió ninguna de estas cosas.

IV.

Tres fórmulas que no despejan la incógnita.

Mas es lo cierto que me habian atormentado muchas contrariedades en muy pocos dias.

¿Por qué?

—Porque sí.—

Este delicioso "porque sí" *de la niñera*, que tantos problemas resuelve á gusto de cierto adolorido poeta contemporáneo que se las echa de filósofo, sin parar mientes en que con la mas estimable candidez niega la ciencia desapercibido de ello, este *porque sí*, es lo mismo que, *ahí verá usted!*

Ambas cosas no tienen mas que una respuesta,—quedamos enterados.—

Y como agregado de cumplimiento se puede añadir,—espresiones á la niñera.—

La partícula afirmativa *sí*, en este lugar, no tiene ni el valor de un signo de música. Solo podria aceptarse como negacion irónica ó cosa equivalente, que tambien esta significacion reconoce la Academia de la lengua. Dejando aislada la conjuncion *porqué*, y entre interrogantes la partícula *sí* con la interjeccion *hé*, que sirve para espresar todos los afectos posibles, resultaria esta locucion admirable:

—Por qué—¿sí, hé?—

Tanta es la riqueza de nuestro lenguage.

Pero de una lengua tan rica no puede ménos de sacarse un partido muy grande. Así es que, en vez de agregar á ese porqué incontestable una partícula afirmativa, se responde con alguna palabra sonora, como por ejemplo, CASUALIDAD, segun dicen unos; FATALIDAD, como quieren otros.

Este modo de resolver las dificultades ya parece enseñar algo, es decir, lo pretende.

Un avaro sin entrañas, se propone despojar á unos menores, y al efecto se apodera del único documento justificativo que puede acreditar el derecho de los huérfanos. Una vez desarmados estos, establece aquel su demanda: pero, no queriendo apartar de sí un solo instante el precioso documento, lo lleva en su cartera, que pierde por descuido imperdonable. Inmediatamente publica en los periódicos el oportuno anuncio, ofreciendo una suma importante por el

hallazgo, bajo la espresa condicion de que no se abra el pliego cerrado que contiene un secreto de familia. Pasa el perdulario una noche inquieta y horriblemente agitada, porque pudiera ocurrir la irreparable desgracia de que, conocido aquello que el sobre encerraba, fuese á parar la cartera, no á sus manos, sino á las de los menores. Pero sucede lo contrario. Al dia siguiente el dichoso avaro recobra el objeto estimable, sin pagar hallazgo, porque lo encontró un caballero.

Esto es, una feliz casualidad.

Cierta niña muy romántica, enamorada de sus prendas de hermosura, enloquecida, sobre todo con sus preciosísimos dientes, para mortificar á su adorador, que es un gallardo jóven de muy escaso conocimiento del mundo y todo lo toma en sério, agita una copa de plata, donde dice que ha derramado un veneno, con el firme propósito de apurarlo en presencia del amante cruel, predestinado á morir roido por la serpiente del remordimiento. El jóven lucha por arrebatar la copa. La niña con mano crispada y resolucion vertiginosa, se esfuerza en acercarse á los lábios el tósigo, y en uno de sus bruscos movimientos, choca el duro metal con un diente y lo quiebra, cayendo desmayada la romántica niña, no en fuerza del dolor del hueso partido, sino de aquel otro de su hermosura perdida.

Este es un caso indiscutible de fatalidad.

Seguramente la CASUALIDAD y la FATALIDAD son dos cosas distintas, que juntas ó separadas, valen ménos todavía que un *porque sí*, aunque sea el de la niñera á gusto del poeta.

V.

Queda el problema pendiente.

Nuestra lengua tan rica y tan socorrida tiene respuesta para todas las preguntas.

Respecto de este problema de contrariedades que no vienen enlazadas entre sí, ni con determinacion originaria ninguna de la voluntad, hay una respuesta directa al ¿por qué? con el modestísimo verbo activo en tiempo presente.

—Lo ignoro.—

¿Acaso no vale esta noble y honrada confesion todo un discurso de buena fé?

¿Puede el entendimiento humano abrazar de una mirada el universo?

¡Soberbia loca!

¿Por qué no hemos de ser sencillos y prudentes?

¡La vanidad humana! Hé aquí un grandísimo defecto de educacion, semillero de multiplicados errores.

No cabe duda que seria muy cómodo saber mucho sin estudiar una palabra.

LIBRO QUINTO.

NEC ELEMENTORUM NOTAS TENET.

Si fortuna volet, fies de rhetore consul.

I.

Aquella noche arreglé mi equipage y al cerrar la maleta me partí por la mitad una uña. Seguian las contrariedades.

A la mañana siguiente mi buen condiscípulo me acompañó á la estacion y allí nos abrazamos y despedimos.

Entré en un departamento de primera clase que ví totalmente desocupado. No tenia gana de hablar con nadie.

Un caballero grueso de blancas patillas, rodeado de varias personas que le prodigaban atenciones, iba á subir al departamento inmediato, pero retrocediendo de repente entró en el que yo estaba. Abstraido en mis pensamientos apénas le miré y no le conocí. Ocupado él con los amigos que fueron á despedirle, tampoco debió fijar su atencion en mi persona.

Arrancó el tren, y entónces reconociéndome el viajero, dijo:

—Me alegro mucho de la buena compañía. Por fin tuve acierto en la eleccion A poco me voy con el diablo.

A pesar de mi disgusto, esta frase humorística me hizo sonreir y le pregunté:

—¿Cómo, con el diablo, amigo mio?

—Si señor, un maldito mercader que ví arrellanado en la vecindad; Don Gaspar, el banquero; usted le conoce.

—Ahora me asombra mas ese diablo,—repliqué,—pues ustedes dos han sido muy amigos.

—Yo le estimaba de veras, porque no conocia su falta de sinceridad,—se apresuró á decir mi compañero de viage. Y con una locuacidad que le caracterizaba continuó:—Ese hombre está metalizado; no siente afecto ninguno; su cinismo es sin ejemplo. Mientras fuí Ministro de Hacienda, todos los dias me visitaba pocò mas ó ménos á la misma hora. Mi despacho siempre estaba abierto para él. Algunas veces almorzaba conmigo, por supuesto en el Ministerio, donde repetidamente me servian el desayuno, pues ya sabe usted que soy laborioso y madrugador. Jamás salgo tarde de mi casa. Hice mi dimision, y en cinco meses no volví á ver mas al banquero, que tantas utilidades ha reportado de mi generosa amistad.

—Eso no es nuevo, señor mio,—me atreví añadir.

—Ciertamente,—dijo con rapidez,—nada tiene de nuevo, pero lo que resta por contar pertenece á lo desconocido. Al cabo de los cinco meses encontré á ese buen señor en casa de un diputado y le espuse mis quejas cariñosas con estas mismas palabras:—¿Es posible Don Gaspar que me haya usted olvidado sin hacerme una sola visita en tanto tiempo? —Y con imperturbabilidad incalificable me contestó.—No tiene usted razon Don Lorenzo, todos los dias á la misma hora he concurrido á la propia casa. Usted es el que ha faltado no dejándose ver.—Lo mas gracioso del cuento es, que varias personas que se hallaban presentes se echaron á reir.

Tambien tuve ganas de reirme, pero me contuvo la observacion, y para mantenerme sério, permanecí en silencio.

Don Lorenzo se aprovechó continuando en el uso de la palabra.

—Veo que usted se asombra, como no puede ménos de suceder lo mismo á toda persona sensata. Hay una perversion moral que nos lleva al precipicio. El predominio de los intereses materiales es inaudito. Seguramente á los tiempos civilizados acompañan siempre los tiempos corrompidos. Y luego ¿para qué? Para empobrecimiento de la inteligencia; para enflaquecimiento del cuerpo. Vea usted á los romanos, qué vigorosos, qué superiores, qué atrevidos! Por todas partes han dejado vestigio de su grandeza; sus códigos; su literatura; sus monumentos; y sobre todo su lengua inmortal. El que no sabe latin, tiene por precision que ser un ignorante. Confiese usted, amigo mio, que somos falsos imitadores de la antigüedad.—

No soy aficionado á discusiones de pasage y de sobremesa, siempre estériles y en ocasiones inconvenientes; pero era preciso contestar, no habia escape con Don Lorenzo, y como no estaba dispuesto por complacerle á hacer aquella confesion estupenda, que como consecuencia final de su discurso me proponia, me limité á decirle.

—No tengo noticia de que ningun libro de economía política se haya escrito en latin.

—Es verdad,—replicó el ex-ministro herido en la entraña,—pero lea usted á Aristóteles y allí encontrará los fundamentos de la administracion, como tambien de las matemáticas y de la mecánica. Sin los aforismos de Hipócrates no habria medicina. Sin Aristóteles no habria administracion. Aristóteles lo sabia todo.

No pude ménos de decir al respetable Don Lorenzo:

—Todo lo que se sabia en sus tiempos; mas para conocer bien á Aristóteles, seria muy conveniente estudiarlo en griego.

A lo cual contestó mi compañero de viage sin embarazo:

—Pero es el caso que le conocemos por los traductores latinos.

—Sin embargo,—añadí,—hasta que Santo Tomás lo resucitó estuvo el sapientísimo griego completamente olvidado.

Don Lorenzo, como si hubiera recogido un signo de asentimiento, lleno de alegría esclamó:

—*Pro me laboras*, eso mismo digo, Santo Tomás ha escrito en latin.

—Ese es su defecto;—repliqué,—segun afirma el P. Ventura Ráulica.

Observé que este argumento contundente de autoridad desconcertó á Don Lorenzo, porque su erudicion no le permitía desconocer el valor de la cita respecto de la materia de que se trataba. Para salir del apuro cambió de conversacion.

II.

Ecce ruit.

—Estoy preocupado,—dijo:—No sé qué sucederá en España con tanto aumentar la deuda. *Omnia raptim atque turbatè agi.*

—Lo que es muy natural—dije yo sin detenerme, como protestando aquí de la sentencia latina,—que se desarrollará el crédito. Quisiera que llegásemos á deber aún mas que Inglaterra.

Vacilante y con la timidéz de todo el que se ha visto una vez desconcertado, añadió Don Lorenzo:

—Sí, pero Inglaterra tiene mucha industria.

—Mucha industria,—agregué yo,—con malísimo terreno. Foméntese la industria en España y no se preocupe usted del aumento creciente de la deuda.—

Don Lorenzo, á pesar de su locuacidad permaneció un

momento pensativo. Meditaba ya y comenzaba á medir las palabras. Rompió el silencio vaciando así el producto de su meditacion:

—Somos pobres y necesitamos hacer economías, grandes economías.

—Serémos mas pobres,—dije lacónicamente.

—¿Cómo, gastando ménos! No está usted por las economías?—preguntó.

—Economías de guerras, sí; economías de administracion, nó. Las guerras civiles paralizan la industria, porque absorven los brazos y hacen á los hombres holgazanes y aventureros. Los gastos de administracion desarrollan las fuerzas productivas. Tenemos una riqueza en hierro, y está probado estadísticamente, que los pueblos que tienen minas de oro son pobres porque lo malgastan, y los que poseen mucho hierro son ricos, porque tarde ó temprano lo utilizan. Podemos, además, mejorar nuestros vinos y reponer la industria pecuaria. Crea usted, amigo Don Lorenzo, que nos hace falta mucho crédito, es decir, mucha deuda.—

Mi compañero de viage batiéndose en retirada añadió balbuciente:

—Sí, pero la deuda flotante....

No le dejé acabar.

—Ese es otro asunto mas intrincado que no podemos analizar aquí ligeramente y sin datos.

—Me molesta el viento que cuela por esa persiana. ¿Me hace usted favor de cerrar la vidriera?—dijo Don Lorenzo ya fuera por completo de la cuestion.

III.

Un nuevo dato que valora la X.

Le complací y me costó un tropiezo doloroso en la uña

quebrada. Don Lorenzo envolviéndose en su manta se puso á dormitar. En silencio, me entregué á otro órden de consideraciones diciendo:—Todo va á parar al dedo malo. ¿Por qué?.... De repente, casi di un salto de alegría como el de Arquímedes: acababa de hacer un descubrimiento. Hé aquí la fórmula demostrativa del problema.

—¿Es que todo gólpe para en el dedo malo, ó que los dedos sanos no se aperciben de sus tropiezos?—

Hay ideas que son una iluminacion, y accidentes imprevistos que hacen brotar esas ideas como por encanto. El dolor es una fuente de inspiracion inagotable. La letra con sangre entra. Tenia razon mi amigo Brochefranco, cuando me dijo en la Casa de Campo que una idea fundamental ilumina grandes horizontes. Establecida la duda metódica antes formulada, venia por el principio Cartesiano á plantear el problema, á resolverlo, y á dar solucion por rigor de lógica á otros análogos.

Me acordé en seguida de que siendo muchacho tocaba el piano y no pude estudiar en tres semanas porque tuve un panadizo. Con esto, quedó resuelto el problema, porque el choque con las teclas solo lastimaba al dedo enfermo, tropiezo que era causa de placer para los otros dedos. La demostracion racional se hizo por sí misma. No va todo á parar al dedo malo, sino que todo lo que en él para, le advierte que debe recogerse, porque está enfermo.

El mismo problema es el de la contrariedad, dije súbitamente. La vida es un prolongado dolor, y por consecuencia natural, sus horas comunes son fatigosas. Esta es ni más ni ménos, la contrariedad insistente. Cuando un pensamiento dominante nos absorve, ó una gran satisfaccion nos enagena, pasan desapercibidas á nuestra atencion así las pequeñeces como las mismas desgracias. No hay ni puede haber contrariedad ó desgracia sensible para Newton durante aquellos

supremos momentos de meditacion, en que le vé su familia colocar el relój de bolsillo en el recipiente de agua cociendo, persuadido de que prepara un huevo escalfado para reparar su desfallecimiento.

No hay razon nunca para dar resuelto un problema con aquel *porque sí* tan aceptable en boca de la sencilla niñera, como inadmisible en los lábios del hombre obligado á discurrir.

Pero es una casualidad hallar alguna vez hombres sensatos, como es una fatalidad tropezar á todas horas con nécios.

Hé aquí un nuevo problema que se resuelve por el mismo procedimiento, porque donde abunda la inteligencia, escasea la sensatéz, y de nécios está lleno el mundo. *Infinitus est númerus estultorum*, diria Don Lorenzo en su aficion al latin, aún á riesgo de ser corregido por el P. Ventura.

De dondè se deduce, que el *porque sí* es una vaciedad, y la *casualidad* como la *fatalidad*, dos palabras sin sentido, introducidas para llenar el hueco de la demostracion racional inaccesible á los esfuerzos de la ignorancia. Con abundancia de talento, escasea la sensatéz por falta de educacion laboriosa, y se multiplican los nécios por exceso de vanidad. Tales son las conclusiones de este problema.

VI.

Sin criterio no hay juicio.

Fijé mi atencion un instante en Don Lorenzo que tranquilamente dormia. Era un hombre apreciable con sus ribetes de vanidad involuntaria; jamás sospechó que pudiera tenerla. Sin embargo, se creia con condiciones para ser Ministro lo mismo de Hacienda que de Marina. Tenia razon, lo habia sido, y en su procedimiento reflexivo partia del hecho.

¿Acaso conocia otro sistema ni otro método que el experimental?

Don Lorenzo era afable, sencillo, comunicativo y no tenia ninguna condicion de irritabilidad. Le dominaba por otra parte la aficion al trabajo. Lleno de buena fé ¿cuanto hubiera podido valer Don Lorenzo bien dirigido?

Un CRITERIO, que es precisamente lo que no tenia.

Comenzaba en mi estudio de los hombres á comprobar la exactitud de las proposiciones de mi amigo Brochefranco.

Aquella conversacion durante nuestro paseo por la Casa de Campo no podia ser estéril. Una hora de oportuna comunicacion con un sabio, equivale á una lluvia fecundante al rayar el primer albor de la primavera.

Aprender es una obra grande, enseñar es una obra grandísima. "*Opera magna potiusquam necesaria*," repetiria con Suetonio Don Lorenzo si estuviera despierto.

Pero estaba dormido, y hacia bien.

LIBRO SESTO.

I.

Nombre y apellido de estas páginas.

Este libro no es una novela.

Es otro muy diferente el propósito de su formacion. Por eso no se forja el enredo donde las situaciones vienen preparadas, las catástrofes dispuestas, los caractéres relacionados, y todos los accidentes dirigidos á producir un cuadro final de efecto dramático.

Este libro, es un estudio práctico de ciertas leyes generales de la naturaleza; es un ligero análisis del mundo, que se resuelve en síntesis de progreso humano, presentado en forma de narraciones imaginarias con el fin de amenizar su lectura y producir la demostracion en modo sensible, como acredita el adjetivo *sensífico*, que determina y caracteriza el título.

Contra lo que enseña el adajio francés:—"ne fait rien á la chose," el nombre debe representar con exactitud la cosa, definiéndola en unos casos, ó determinando la personalidad en otros. Mucho mas preciso es Espronceda cuando dice:—

"Porque el nombre es el hombre
.....
"Y en su sér se confunde."

Confundidas y contenidas están estas pobres páginas en

el sentido puro gramatical del título adjetivado, porque el nombre *Mundo sensífico*, espresa gráficamente, así el pensamiento sustancial del trabajo, como el método y la forma.

Y pues que son estos fólios pensamientos concentrados y accidentes imaginarios del DRAMA DE LA VIDA, con la REALIDAD RELATIVA DE COMPARACION, para que las DEMOSTRACIONES resulten SENSIBLEMENTE producidas, sin sujetarse á la narracion nunca truncada de la novela, estoy en perfecta libertad de callar lo que me plazca y decir lo que estime conveniente, omitiendo los detalles que no hagan al caso.

Por esta razon no vengo obligado á revelar donde hice parada, que personas encontré en el camino, cómo y porqué lugares llegué á Cartagena, si Don Lorenzo siguió dormido por toda una eternidad, y si fuí tan desatento con su apreciable persona, que escusé dirigirle mi saludo de despedida.

Llegué á Cartajena con mucha ansiedad y no sé que triste presentimiento, y basta.

II.

Dies iræ, dies illa.

En una calle, cuyo nombre aquí no hace á la cosa, encontré un entierro, y por uno de esos impulsos misteriosos de adivinacion con que á veces nos sorprende la naturaleza, sentí que el corazon violentamente agitado, saltar queria del pecho.

Apresuré el paso hácia la casa de mi amigo y bien pronto me convencí con dolor profundo, de que no habia sufrido engaño.

Oh! qué cuadro, qué cuadro tan desgarrador presentó á mis ojos la desolada familia!

Ahogaban los suspiros al padre del difunto, noble y respetable señor de prematura decrepitud, anticipada á los años

por rudos trabajos y amontonadas desdichas. La madre no podia llorar. Era aquella cruelísima pérdida del único hijo, malogrado en la juventud, viva y poderosa inteligencia cuya llama se apagó; esperanza de la casa, honra y amor de la familia!

No pude ménos de traer á mi memoria aquella sentida frase del poeta:

—"Murió á los veintidos años
por mas lástima dejar!"

¡Y no logré estrechar su mano, posar mis lábios en su helada frente y darle un abrazo en señal del adios postrero! Habia muerto luchando con la asfixia enfermo del corazon. Verdadero aneurisma incurable por estrechez de la aorta y acaso con alguna osificacion á la vez de las válvulas. Lesiones de imposible remedio, violentadas, exacerbadas, precipitadas con la falta de quietud del enfermo, con su viaje á Madrid, y sobre todo con las impresiones morales que allí recibió. La grave incurable dolencia se desarrolló rápidamente por dias, por horas y por minutos. Dejó de ser. Todo acabó. para él, para sus padres, para sus amigos, para su pátria; para la mujer querida, que abrió su pecho al purísimo primer amor! Juventud, inteligencia, sueños preñados de ilusiones encantadoras, risueñas esperanzas, todo desapareció en un momento, con un suspiro! Ayer luz brillante, refulgente, esplendorosa; hoy muerta, apagada, para no volver mas á lucir!

¡Inaudita sombra de la muerte!

Tres corazones sumergidos en tinieblas perpétuas por un solo gólpe; el corazon de la madre, el del padre, el de la muger adorada!

¡Dia tremendo, dia iracundo, horrible dia de dolor y luto!

Pero ¿y mañana?

¡Pavoroso mañana, siniestro, amenazante de terribles tempestades! La madre se inclinará hácia la tumba de su hijo perdido sin reemplazo en el mundo, arrastrada por la invisible atraccion de la muerte. Se precipitará la anticipada decrepitud del padre, solitario y sin consuelo. La muger querida.... ¡ay! Tal vez hoy

"cristalino rio,
"manantial de purísima limpieza"

como el poeta apasionado pinta, se corrompa una vez roto el dulce encanto de su vida!

III.

Un albaceazgo comprometido.

—Padre mio, valor! El hombre vive para aprender á morir.—

Estas fueron las últimas palabras del moribundo jóven, que exhaló el postrer suspiro sin verter una lágrima.

De cualquier modo que la muerte se considere, para el difunto es el descanso, el dolor para el que sobrevive. Dolor inconsolable, ó dolor que se olvida.

Mi amigo no supo defender la vida sucumbiendo al primer choque. Murió, no por su madre, sino por la muger adorada. ¿Quién le olvidó?

He aquí otro problema del corazon humano.

Mas no hay para qué anticipar los sucesos. Ellos tienen su medida en el tiempo y en el espacio.

El angustiado padre me entregó un pliego de su hijo para mí. Era su testamento cerrado, su postrera voluntad. Rasgué el sobre, hallándome otro pliego cerrado y una carta que decia:

"Nada he podido adquirir en el mundo mas que una triste experiencia de muy breves dias. Solo puedo legar mi último aliento, que encerrado en un suspiro dirijo á la persona querida. Hermano mio, te nombro albacea de mi sentimiento."

Era preciso volver á Madrid para llenar mi deber.

IV.

Teoría y práctica.

Aquel albaceazgo tenia sus dificultades, aunque estaba reducido á entregar el pliego cerrado á mi vecina. La teoría del asunto se encerraba en una fórmula de la mayor sencillez; pero los obstáculos, lo mismo que en todos los actos humanos por simples que sean, se presentaban en la práctica. ¿Cómo entenderse con la vieja Generala? Cómo burlar su vigilancia? Cómo dar á la niña enamorada la triste noticia de la muerte de Antonio, precedente indispensable para entregarle la carta? El problema, sencillo en su fórmula, se complicaba en la operacion.

Era indispensable tomar precauciones, reunir antecedentes, y por primera vez acudí á mi criado para indagar los particulares necesarios al efecto, y le pregunté:

—¿Conoces á las vecinas?—

Guardó silencio el interpelado mirándome fijamente, y entónces, apercibido del laconismo de mi pregunta agregué:

—A la viuda del General me refiero.—

Sonrióse con malicia el muchacho, que tenia mucho más de pillo que de hombre de bien, devolviéndome por respuesta esta pregunta:

—¿Qué se le ofrece á usted, señorito?—

La sonrisa valía la contestacion. Conocia el flaco, mejor dicho, el fuerte del mozo y le dije:

—Te comprendo, tunante; las vecinas tienen sin duda alguna criada bonita.

—Pues yá.—Contestó el majadero, rascándose la oreja derecha.

—Pues ya estás hablando cuanto sepas que haya ocurrido en las interioridades de la casa durante los últimos dias.

No necesitaba mas el muchacho para satisfacer mi curiosidad hasta donde alcanzasen sus luces, y se disparó diciendo:

—La señorita hace tiempo que anda muy triste; ha cuatro ó seis dias que padece convulsiones repetidas; dá un grito agudo y cae al suelo como un rayo; encaja los dientes; se le llena de espuma la boca; se le pone el rostro violado y luego negruzco; retuerce los brazos, cierra los puños y manda una fuerza prodigiosa. Yo paso por hermano de la criada, y un dia que me hallaba en las habitaciones interiores fuí llamado para acudir en auxilio de las mugeres durante el ataque. No podia con ella; me descompuso una mano. Luego se le pasa, de nada se acuerda y se queja de frio y dolor de cabeza. Dice que oye ruidos estraordinarios, que vé estrellitas, que se queda en ocasiones ciega y otras sorda. Duerme poco, no bebe, apenas come y casi se alimenta de leche. ¡Qué quiere usted! mal de amor, segun indicaciones, que yo hubiera sospechado sin ellas. Me causó mucha lástima, le daban vueltas los ojos; crugia los dientes y torcia la cabeza sin que hubiera poder humano que se la pusiera derecha.

—Hé aquí un inconveniente con el cual no contaba. Acabas de hacer la relacion de los síntomas, como un practicante. Esa enfermedad se llama *epilepsia*. Pero ¿y la madre? qué hace esa madre?—pregunté.—

A lo que me contestó mi criado.

—La vieja es una mujer inverosimil. Sin embargo, ahora se encuentra con razon asustada y está haciendo una novena por la salud de su hija.

—¿Y no ha llamado á un médico?

—Si señor, desde el primer ataque, pero eso no quita. La buena mujer vá á la iglesia inmediata todos los dias, de las nueve á las diez, y luego no vuelve á salir.

—¿Y deja sola á la enferma? pregunté con asombro.

—No señor, tiene á su servicio dos criados y además la cocinera.

—Está bien; necesito que arregles las cosas de modo que pueda yo hablar con la vecina cuando no esté su madre.

La mirada fija de mi criado me advirtió que no habia completado el mandato y tuve que añadir:

—Se debe decir á la jóven enferma, que tengo noticias que comunicarla de su amigo Antonio, y á fin de que no pueda temer un engaño, es preciso darla este sobre para que reconozca la letra.

Y entregué á mi criado la rasgada cubierta de la carta que recibí en Cartagena.

Un gesto imperceptible de aquel pillastron, me hizo entender, que habia comprendido quien era el incógnito amante, pero puse cuidado en guardar el secreto de su muerte para evitar una imprudencia.

V.

Amor y Vermes.

¡Desgraciada jóven! La epilepsía es una enfermedad terrible, de naturaleza aún no bien conocida, y cuyas causas determinantes pueden ser muchas. La cuestion está en descubrir aquella que la produce. En Patología se reconoce como la principal el terror. ¿Tanto podia ser el miedo que á la niña infundia su madre? Esto necesitaba analizarse. Sin duda el problema se presentaba mas complicado y eran muchas

853274

las causas que concurrian en el caso á determinar la neuroses. Es posible, que el terror jugára entre todas ellas como una de tantas.

La verdad es, que el problema en apariencia mas sencillo, tiene mucho que analizar. Y tambien es cierto, que se prescinde ligeramente del análisis por impericia ó por indolencia, resolviendo la cuestion de plano con una fórmula convenida. La ignorancia tiene multiplicados comodines para salir del paso. Hé aquí algun ejemplo de estos lugares comunes.

—Todo lo que usted siente es puramente nervioso.

—¿Y quién puede atajar la coquetería de los nervios?

—Está usted muy agitada, señorita. Tranquilícese usted y su curacion queda hecha.

—Es una afeccion moral la que usted padece y no hay medicina que la cure.—

Y todas estas cosas son perfectas vaciedades, dichas por gentes de mucha sabiduria, para salir del paso. Nada hay mas calumniado que el mundo moral; se le atribuyen tantos delitos, que si hubiera de sujetarse á proceso, saldria condenado á cadena perpétua. Desconozco mi dolencia y esclamo; —porque estoy triste me duele el estómago,—cuando el problema es inverso,—estoy triste porque me duele.

Digo todo esto, sin añadir lo mucho que callo, porque el médico que asiste á mi vecina es amigo mio, y me ha dicho con toda formalidad, que el caso es muy grave y mi visita en estremo peligrosa, pues la doliente es víctima de una pasion de ánimo alimentada por el terror que la inspira su madre.

Racionalmente es verosímil el concepto, pero puede ser equivocado el juicio, y la prudencia enseña, que no debe procederse de ligero, cuando hay aquí dos homicidas que se denuncian, dos autores del crímen en concurrencia, que son, la sensibilidad de la niña y la crueldad de la vieja.

Por otra parte, debo llenar mi deber de albacea y no de-

jar incumplida la voluntad del difunto. Recojo las advertencias del doctor para tomar precauciones, y le suplico que me acompañe, porque de esta manera puedo dar una esplicacion verosímil de mi visita á la Generala, si por accidente tengo con ella un encuentro importuno.

Solo las cosas bien meditadas, tienen probabilidades de salir á derechas.

En este sentido se verificó mi entrevista, si bien no me permitió el estado de la jóven enferma desempeñar personalmente el albaceazgo, pero adquirí el cònocimiento que necesitaba del asunto, para trasmitir mis poderes con precisas instrucciones al primo de Antonio.

Mi vecina, segun me habia imaginado, era una niña, como suele decirse, con una venda en los ojos, sin ningun desarrollo intelectual. Era una organizacion indecisa, de esas donde no hay radical de grandes pasiones, pero que muy fácilmente pueden deslizarse en todos los vicios cuando no se dirigen por seguros senderos. La educacion que la daba su madre, dejaba mucho que desear, de lo cual se deduce, que puede redondamente equivocarse la mejor voluntad y el mas noble deseo.

Presentaba apariencias alarmantes el estado de la enferma, por su enflaquecimiento considerable, por su delirio simpático, por sus accesos epilecticos. Era muy bella, por cuya circunstancia se pronunciaba mas á la vista, la palidez de su rostro abotargado de plomizo color, el paño que cubria sus pupilas dilatadas, y el tinte azulado que orlaba sus párpados inferiores. Noté que la boca se le llenaba de saliva con frecuencia, que el aliento era fétido y ágrio, y que una rubicundez pasagera asomaba en su mejilla y á veces en las dos. Durante el intérvalo de hora y media que prolongué mi visita de inspeccion, no cesó un solo momento de urgarse la nariz como si tuviera en la punta una comezon mortificante. Sobre

todo lo demas, este detalle detenidamente observado por unos cuarenta minutos, me resolvió á decir al doctor algunas palabras al oido. Mis indicaciones, que determinaban un punto de vista, fijaron la atencion de mi amigo, el cual despues de un breve silencio preguntó á la asistenta, como quien procura nuevos datos de comprobacion, si el sueño de la enferma era turbado con rechinamiento de dientes.

La respuesta fué afirmativa y me dijo el doctor:

—Amigo mio, está usted en lo cierto; hemos calumniado á la sensibilidad de la niña y á la crueldad de la madre. Está la enferma curada.

—Con la Valeriana ó el Ajenjo?—dije.

—Con el Tanaceto ó el Santónico,—añadió el médico.

—Aunque sea con la Trementina,—repliqué.

—Si la ecuacion es el diagnóstico,—murmuró mi amigo, —estudiaré el procedimiento; acaso sea necesario administrar á la enferma los marciales.

—Este problema está resuelto,—esclamé—y ya no me impide continuar mi viaje.

Aquella niña enamorada, tenia ascárides.

TERCERA PARTE.

EL CORAZON HUMANO Y LA NATURALEZA.

LIBRO PRIMERO.

DOS OBSERVATORIOS.

I.

St. Jean de Maurienne.

Algunos kilómetros mas allá de Chambery hay un pequeño valle en las cordilleras de los Alpes. Acostado sobre la falda de una de ellas, se vé un pequeño pueblo que dá cara á las vertientes de Mont-Cenis. Este pueblo se llama St. Jean de Maurienne. A unos cuantos metros hácia la montaña, se adelanta un Hotel aislado sin mas anejos que el establo y los corrales. Junto á la estacion del camino de hierro, se levanta algo distante á la izquierda un establecimiento de diligencias cuyos billetes de transporte se despachan en Paris, y los restantes desocupados, en Lion. El viagero puede contratar en dicho establecimiento una silla de postas para trasladarse á Turin por las cumbres de la montaña.

Llegué como á las dos de la tarde, poco mas ó ménos, y alquilé una berlina en la que debia emprender mi viage á la madrugada del dia siguiente, y me dirigí al Hotel con objeto de reposar durante la tarde y noche, seguido de un mozo que me llevó el equipage en una carretilla de mano.

Yo iba á pié. En el umbral del Hotel, sobre un banco de

madera habia sentado un hombre de edad provecta, y por seña particular jorobado. Parecia contemplar absorto aquel magestuoso espectáculo de la naturaleza, mirando el espumoso torrente que se precipita por el barranco de Mont-Cenis y cuyo rugiente movimiento de aguas alimentan los multiplicados chorros que descienden de las cumbres producidos por los deshielos.

Habia no sé qué de interesante en aquella contrahecha figura de rostro venerable, inteligente mirada, y cabellos grises.

Apénas llegué, el hombre se levantó, y saludándome con delicada cortesía, en claro castellano me dijo:

—Caballero, puede usted pasar y elegir habitacion á su gusto.

Desde luego se echaba de ver, que apesar de su trage de campesino, no era una persona vulgar el desconocido; y no pudo ménos de llamar mi atencion, que por aquellos sitios y lugares, hubiera, al parecer, un hijo del pueblo que me hablase en mi lenguaje natal, con ese acento abreviado de los madrileños, que nunca puede pasar desapercibido á los que tenemos la dicha de ser hijos de la coronada villa.

Yo no sé qué misterioso encanto tienen los recuerdos de la pátria, que á tantos como nos aburre la patriotería, cuando en paises extrangeros oimos el sonoro acento de nuestra riquisima lengua, el corazon palpita con esa inesplicable franca alegría de quien se encuentra en su propia casa.

Escuso decir, que de momento en mi pecho sentí todo género de simpatías por el desconocido, y á él debió acontecerle algo de lo mismo, pues, aunque se conocía que era de condicion afable, mostraba en su tono, en sus maneras y sobre todo en su dulce mirada, yo no sé qué de indefinible contento que sobrepasaba las leyes estrechas de la urbanidad.

No puedo darme cuenta de sí la curiosidad que me sobres-

citaba era mayor que el placer que por el encuentro sentia, pero sí diré, que vine á romper el silencio con esta pregunta:

—Buen hombre, no he abierto mis lábios, ¿en qué me habeis conocido que soy español?

Sonrióse el interpelado y me contestó:

—Seguramente es usted madrileño.

—Eso es mucho adivinar,—esclamé:

—No lo adivino,—me replicó modestamente—lo conozco. ¿En qué? Esto seria de muy difícil esplicacion. En todo y en nada. Hay cosas que se analizan, pero hay otras que son originariamente sintéticas.

Es probable que el hombre se hubiera estendido en consideraciones sobre este punto que me hizo perder la vehemencia de mi carácter, porque interrumpiéndole dige:

—Estamos de acuerdo, la intuicion no se puede analizar. Hay verdades demostrables, pero las hay tambien que se muestran. Así en lo evidente no cabe ninguna fórmula de problema. No hay incógnita, porque la X es conocida y valorada al primer golpe de vista.

El jorobado bajando los ojos con humildad añadió:

—Yo no conozco las ciencias. Me seria imposible dar de mi propia cosecha la esplicacion que acaba usted de hacer. Todos mis conocimientos se reducen al pobre resultado personal de mi propia contemplacion. Yo no he leido mas que dos libros, *éste* y *ese*.—

Este y ese, ámbos pronombres demostrativos, valian mas que todo un discurso, mas que muchos de los libros que habian pasado por mi mano, mas que lo que procuraron enseñarme la mayor parte de mis maestros. *Este*, lo dijo poniéndose la mano sobre el corazon, y *Ese*, estendiendo el brazo para señalar la montaña.

Me quedé absorto un momento pensando en la calidad de ámbos libros, el corazon humano y la naturaleza.

Con seguridad esos libros no eran aquellos dos únicos que habia leido cierto Ministro de España, uno que decia *sí* y otro *nó*.

Decididamente aquel desconocido labriego era un hombre singular.

II.

Higiene de jabon.

Y no hablamos mas, porque á la sazon me habia instalado en mi cuarto, y sintiendo un voraz apetito, le hice señal de que se retirase á fin de llenar á solas ciertas necesidades de aseo, pues nunca me siento á la mesa teniendo súcias las manos. Y es cosa indispensable á mi modo de ver, estender la limpieza al resto del cuerpo, con agua templada si hace frio y aunque se padezca catarro. Siempre me ha parecido, que el hombre que no emplea por lo ménos dos horas cada dia en lavarse, estima en muy poco la salubridad de la piel y no merece el diploma de limpio.

La frescura del agua y una copa de Vermouth, que no podia faltar en aquel Hotel modestísimo por la proximidad á *Torino*, residencia de los famosos hermanos (fratelli) *Cora*, son los mejores preparativos para devorar en sabrosa calma un pollo cebado que acaba de salir del horno.

Comí, que basta el tiempo de un verbo para espresar todo el acto evitando enojosos detalles, y despues me acosté tranquilo, y dormí una parte de la noche sin pesadillas ni sueños, pues reposando en la paz de mi conciencia nunca me han producido desvelos las mayores desgracias.

Tenia que madrugar y esto no me hacia feliz, solo por fuerza de la costumbre, que al fin no he tenido necesidad en mi vida de salir al mercado, y si la tuviera, creo que para evitarla procuraria alimentarme del aire.

Horrible hora la de las cuatro de la mañana, buena para recogerse y endiablada para vestirse. Estimo necesario descargarse una ducha de agua de colonia en la frente y lo alto del cráneo, y aseguro por esperiencia que despavila.

La silla de postas se hallaba á la puerta y el jorobado al estribo.

Habia pagado mi cuenta y quise poner en la mano al buen hombre un luis de oro, pero la retiró de momento diciéndome con voz dulce:

—Perdone usted caballero, conozco la generosidad española, mas no recibo gratificaciones. Además no soy de la casa; el dueño es amigo, yo vivo en la montaña; hago mis escursiones, y ahora voy de regreso á mi hogar.

—Venid conmigo—dije de súbito,—á lo cual replicó:

—Gracias, caballero, pero siempre subo y bajo á pié.

—Proposicion,—esclamé rápidamente:—Deseo visitar la montaña, ¿quereis servirme de guía?

—Con una condicion—repuso el desconocido.—Acepto la proposicion si se sirve usted honrar mi pobre vivienda.

—Convenido—contesté,—y con la agilidad de un jóven se encaramó en el pescante, pero le exijí que ocupase á mi lado un asiento en la berlina.

III.

Mont Cenis.

La carretera de *Mont Cenis*, como la piel blanquecina de una serpiente enorme, se estiende, revuelve y sube bordeando la falda de la montaña. A la derecha, y al frente, y mas allá sobre el costado izquierdo, se levantan erguidas las altas cumbres como jigantes guerreros de madrugada, calado el casco de plata, pues todos los enhiestos picos se ostentan perpétuamente coronados de nieve. A la izquierda, sin

baranda ni pretil se corta el abismo de aquel estupendo barranco por donde se precipita el torrente, cuyas aguas cristalinas, convertidas sobre el fondo, en rebeldes espumas al recibir el gólpe rudo contra los puntiagudos guijarros, saltan rugientes como en protesta de la ley inflexible de la gravedad específica.

Al caer, léjos de hallar su tumba en el abismo, encuentran la transformacion disolviéndose en vapores, que formando nubes se levantan, como el gusano que vuela del lodo, trocado en apacible y pintada mariposa. ¡Tendencia constante, admirable y sorprendente de la materia á construir mundos nuevos, engalanándolos con los colores del oro, del zafir y de la plata!

Las nubes, sujetas á una ley superior, inalterable, comun á todos los cuerpos, pero abandonadas al acaso en su caprichoso y mudable contorno y en la incertidumbre volteadora de su viaje, se ostentan ataviadas aquí, y allí, y acullá, con la purísima blancura del copo de algodon, la suave escarlata de la rosa, el verde ceniciento de las olas, el azulado del olivar, el tostado del bosque, el amarillento del valle, la fugitiva plata del relámpago y el oro resplandeciente del sol, segun la situacion de la luz, que ornamentando la vertiente, se descompone en los colores del prisma y forma, dos, tres, y á veces mas espléndidos arcos.

Allí, ascendiendo en la montaña, nos vemos envueltos por la llúvia; y atravesando la nube, coronados de luz miramos llover desde arriba. Y es, que ha invadido la region de las águilas con el poder de su inteligencia, el hombre, que no puede sin razon levantar sus piés mas de un palmo sobre la tierra.

En medio de aquel sorprendente espectáculo de cuerpos flotantes, de cambios de luz, de llúvias intermitentes y rudo fragor, no se sabe si algun peligro amenaza, porque las cres-

tas empinadas asemejan un ejército escalonado de colosos que ponen empeño en significar, dentro de la unidad de su origen comun, la diferencia de progenitura, de raza, de filiacion geológica por sus diversos colores, verde, azul, pizarroso y calcáreo. Aquellos titanes, parecen armados de catapultas hidráulicas dirigidas á producir la inundacion en el campo enemigo: y.... ¡oh misterio sublime de la ley física, que sin dejar de imponerse, permite á las gotas mas puras, que protestantes se aparten de la loca y desatada carrera de la muchedumbre, y como perlas y brillantes flotadores, beban la luz, se desvanezcan en el espacio, y se posen tambien, á manera de propia eleccion y por libre albedrio, en las nubes que de los vapores formadas ascienden, como si buscáran en ellas el reposo que solo pueden hallar en otro mundo mejor y ménos salvage!

¡De rodillas, hombres ignorantes y soberbios; ante el magestuoso espectáculo de la naturaleza, de rodillas!

Poned las corrientes de vuestro corazon en contacto con la naturaleza por conducto de los ojos, y vereis, iluminados, todas las maravillas de la Física, de la Geológia, de la Geometría, de la Dinámica, de la Química, de la Estética y de la Plástica, y alargando vuestra mano las recogeréis transformadas en tesoros inagotables para satisfacer las necesidades y las aspiraciones todas de la vida!

Las corrientes del sentimiento en comunicacion con las corrientes de la luz; tal es el *summum* de la inteligencia. Hé aquí los dos libros que consultaba el campesino, ESTE y ESE.—

IV.

Este y Ese.

ESTE y ESE; dos conceptos que se resuelven en uno, pues

que el hombre comulga con la naturaleza. Y el proceso de los sentimientos y de las ideas del hombre, corresponde y sigue al proceso de las evoluciones geológicas de la tierra. En suma, el hombre es naturaleza, porque la parte está contenida en el todo, y el libro es por consiguiente uno, que se divide en dos capítulos. Pero este gran libro forma dos tomos que abrazan otros tantos períodos, ESTE y AQUEL.

El magestuoso libro está abierto para todos en sus dos elocuentes páginas, y el hombre tiene dos observatorios para contemplarlas, el Himalaya y Mont Cenis. Trepémos á las cumbres de esas dos torres levantadas para nuestra observacion.

"Hace años, en 1860, niño aún, sin ideas precisas por falta de análisis, llena la imaginacion de entusiastos respetos por la magnificencia del mundo antiguo, he subido á la cumbre gigante del Himalaya, contemplando absorto; á la derecha el imperio Chino con su vasto desierto, á la izquierda la India, en frente la Persia, mas allá la Turquía Asiática, y mas cerca el Golfo Pérsico, y al costado la Arabia, y allí adelante el Mar Rojo, y mas léjos las bocas del Nilo, y en las últimas atmósferas, en las fajas azules de los horizontes, el colosal Egipto, cuyas soberbias pirámides llenan con su lúgubre magestad los postreros espacios.

"Y son ornamento de todas las poblaciones distribuidas en tan dilatada estension superficial, en frente y á la izquierda, los templos, cuya puerta flanqueada por dos grandes rocas que forman el propileo, la defiende un ejército de esfinges, prodigando á porfia la India y el Egipto la flor del loto en sus capiteles y adornos. Todo este costado, hasta donde alcanza la vista, aparece cuajado de construcciones atrevidas. Aquí se alzan los túmulos de los héroes, como numerosos espectros colocados en guerrilla; allí la pirámide de Tanyor sobrecargada de estátuas y bajos relieves; mas allá las obras

ciclópeas de estraña arquitectura y con esculturas simbólicas; acullá los templos, cuya estension iguala al territorio que ocupa la ciudad, rodeados de capillas, pagodas y piscinas regeneradoras ó ya de bosques de columnas y pilastras, con cornisas interrumpidas por ventanas coronadas de tréboles y rosetones. Allí se levanta espantoso el buey de Siva sobre los huesos del Dios Krisna religiosamente guardados en una caja de madera de sándalo; mas acá, defienden la fachada del santuario un sin número de leones; aquí una multitud de toros forman la comitiva del buey colosal, y por todas partes se ostenta profusamente mezclado, el mármol, el sándalo, el bambú y el oro.

"Tanta magnificencia poderosamente habla á los sentidos arrebatando la imaginacion, pero el índice de este tomo se escribe en el subterráneo de Elora, en el interior de la montaña, donde se amontonan templos, capillas, galerias, pórticos, puentes, obeliscos, estátuas, colosos y esfinges raras; allí, en las profundidades de aquella estupenda roca, donde se admiran los siete templos monólitos, las siete pagodas formadas de una sola piedra, que no teniendo ya habitante digno de su grandeza, hospedan en su recinto al mar embravecido."

Esta página se cierra con la historia del arte que se naturaliza al cambiar de espacio, de raza y de familia, cuando pasa á Grecia.

Pero ¿qué se descubre desde las altas y magestuosas cordilleras de los Alpes?

Dos legiones gloriosas y triunfantes las han trasmontado: primero los galos reclutados por Aníbal; despues los franceses mandados por Napoleon. ¡Siempre los mismos!

No es esta la hora oportuna de llorar como Xerjes aquellas memorables legiones perdidas. Es el momento de pensar muy en sério lo que son y lo que valen las grandezas humanas por mas que las generaciones desaparezcan enteras

en el seno voraz de la muerte. Los romanos, aquellos á los que la audacia de Aníbal despertó una idea de construccion atrevida.

Aquellos que piedra sobre piedra fabricaron el circo, en ruinas hoy, todavía humeantes de sangre; aquellos que levantaron un templo á la idea en el Senado y un alcázar á la fuerza en el Capitolio; aquellos que por gozar de una impresion artística momentánea prendieron fuego al Afranio, renunciaron menguados al propósito de echar una calzada sobre los Alpes que pusiera en comunicacion al Lacio con las Gálias.

Pero Francia, en la segunda etapa de su revolucion, no construyó, sino que improvisó la carretera de Mont Cenis.

A ser obra hecha por los romanos, hubiera sobrevivido treinta generaciones. Construida por los franceses á principios del siglo que corre, es ya un monumento arqueológico.

Sobre la cumbre donde se estiende una planicie, dominando todas las vertientes accesibles, hay un castillo, cuyos mortíferos bronces cierran el paso hasta de los mismos condores. Dirigiendo una mirada al abismo se percibe y se siente, por una arteria abierta en la base de la montaña, cruzar silvando la locomotora.

Pasa el hombre en violenta carrera arrastrado por la fuerza del vapor, y se precipita el pensamiento con la rapidez del rayo en alas de la electricidad.

¿Qué significa ya la carretera? ¿Para qué sirve el castillo? ¿Qué cañon cerrará el desfiladero á la industria?

César intentó unir á los pueblos bajo el tributo de Roma. La idea era personalmente suya; sus tiempos no le comprendieron y encontró la muerte en el puñal de Bruto.

Otro César de nuestras edades quiso unir bajo el filo de su espada á los pueblos en relaciones políticas y mercantiles. La espada era suya, la idea de la civilizacion, y por eso pu-

do realizar la obra insuperable para los romanos. Mont Cenis se atraviesa por el fondo, se transmonta por la cumbre; solo es inútil el castillo, de ménos valor que cualquiera torre feudal, porque carece de tradiciones, y no puede acreditarlo ni aún la leyenda.

¿Qué se descubre desde lo alto mirando al abismo de Mont Cenis?

La ciencia, apoderada de la fuerza triunfando de la fuerza misma.

Desde la cumbre del Himalaya se ostenta el arte en todo su esplendor y magnificencia.

Desde lo alto de Mont Cenis se contempla la ciencia con todo su esplendor y poderío.

Hé aquí las dos páginas del gran libro.—ESTE mundo y AQUEL.

V.

Diálogo íntimo.

Los hombres embrutecidos y preocupados son unas hormigas grandes. El hombre maduramente pensando y obrando es el ornamento sublime de la naturaleza. Ella le abre sus entrañas, le revela sus fuerzas, le entrega generosa sus tesoros.

Yo no sé si éstas ó parecidas reflexiones se agolparon á mi pensamiento durante aquella sorprendente ascension, pero si diré, que al llegar al paradero de postas colocado en la planicie á un tiro de bala del castillo, me hallaba muy excitado, y saltando del carruaje rompí mi prolongado y contemplativo silencio con estas palabras dirigidas en tono breve á mi acompañante:

—Buen hombre, estoy á vuestra disposicion; servidme de guia.

El campesino me contestó con apacible sonrisa:

—Su impaciencia me revela que está usted poco aleccionado en esta clase de escursiones. El tiempo nos favorece, no hace frio. Los crepúsculos vespertinos se prolongan mucho en estas alturas. Además, no sé que luz estraña impide aquí á la noche que cierre completamente. Estamos á los ciento cuarenta y tres dias del año y desde la una y diez y siete minutos de la madrugada tenemos luna llena, pero son mas de las cinco de la tarde y necesitamos toda la claridad que resta del dia para subir á nuestra morada. Los caminos son aquí escabrosos; es necesario trepar; la subida se hace con pena, la bajada es resbaladiza; no podríamos descender, y no es posible pasar la noche al raso, porque la escarcha hiela. La manta que usted lleva serviria de poco y ese baston acerado, gracias que le ayude á subir á nuestra humilde choza, donde yo le facilitaré otro mas conveniente.—

Calló el montañés, tomándome la delantera con paso firme, pero lento. Yo le seguí sin añadir á lo dicho una palabra.

El espectáculo que se ofrecia á mis ojos me habia mantenido absorto en su contemplacion durante toda la subida. Mas por uno de esos cambios misteriosos y bruscos de la naturaleza, que no sé si llamar reacciones, desde que tuve delante á mi guia, como si se borrasen á mi vista todos los objetos ménos él, cambiaron de rumbo mis pensamientos siguiéndose otro órden de ideas que dieron lugar á este diálogo íntimo.

—La hermosa y erguida cabeza, de inteligente mirar, coronada por cenicientos y largos cabellos no parece de ese cuerpo estropeado. ¿Y cómo un hombre jorobado y patiestevado puede encaramarse con tanta seguridad por tales pericuetos? El infeliz ha debido rodar alguno de estos derrumbaderos con peligro de muerte.—Positivamente soy un nécio,

porque el gólpe, si lo hubo, debió recibirlo de muchacho, segun se manifiesta por lo poco que ha crecido. Solo la cabeza ha logrado su perfecto desarrollo.—¿Y porqué habla castellano? Y porqué tiene acento madrileño?—Es positivo, que mi guia no puede haber nacido en estas montañas ni ha debido pasar aquí su juventud.—¿Es posible que habite un corazon grande en un cuerpecillo tan mísero?—No cabe duda de que el desarrollo muscular puede verificarse en un ser contrahecho: hé aquí un caso.—Y sin embargo, no siempre ha gozado buena salud. El pecho ha padecido; hay en él algo crónico. Acaso tubérculos estacionados.—¿Dónde habrá nacido este hombre? ¿Porqué accidente de la vida se encuentra aquí?—Tal vez en edad madura ha regresado á su pais natal y ha conseguido restaurar su salud con los aires puros de la montaña.—¡Desatino! la idea solo de tanto subir y bajar aterra á un enfermo del pecho.—Pero ¿quién lo llevó á España?.... Sus padres.... No, los montañeses no viajan de esa manera.—Cada motivo de curiosidad humana es un problema.—Y cada problema nos hace imaginar y decir muchas tonterías, como todas las que voy ahora ensartando en mi dislocado pensamiento.—¿Hay cosa mas absurda y enemiga de la lógica y que mas aparte del conocimiento real de los fenómenos que esta clase de diálogos íntimos? ¿Para qué sirve la intuicion cuando se desconocen los hechos?—El hombre no adivina nada. Es preciso analizar; es decir, descomponer; es decir, procurarse los simples, averiguar las relaciones y proporciones de la cantidad, amontonar las unidades conocidas para deducir la suma, determinar la igualdad de los miembros y los términos, en una palabra, partir de los *datos* para despejar las incognitas $a+bx=cx+d+h$. Sin el procedimiento matemático nada se puede conocer. Hé aquí el método.—

El cerebro sufre desvanecimientos, verdaderos mareos,

cuando se empeña la inteligencia en penetrar un misterio sin elementos de análisis. No otra cosa debió sucederme al llegar á esta parte de mi diálogo, porque dí un paso incierto, resbalé y caí de rodillas, y acaso no hubiera parado allí el tropiezo, si rápidamente el jorobado no me hubiera cogido en el aire del brazo con fuerza hercúlea.

—Ponga usted atencion donde pisa, que va muy preocupado y aquí son peligrosas todas las caidas.—Me dijo.

—Gracias—me limité á contestarle con marcada turbacion.

A consecuencia de aquel accidente, mis ideas tomaron otros caminos, dejando el mundo fantástico de impertinentes curiosidades, por el de la realidad que tenia delante.

Mas ¿qué imaginacion no padece estravios? Qué atencion viva no sufre deplorables distracciones formando empeños tenaces sobre lo imposible y olvidándose por completo de lo que la interesa? ¿Quién ha dicho que la razon es la loca de la casa? La locura no está jamás en lo razonable sino en lo imaginativo. Solo la imaginacion es fabricante de todas las divagaciones del pensamiento. La vanidad humana tiene el vicio de *emperrarse* (no hay otra palabra que precise la idea) en lo desconocido, siempre que carece de los antecedentes y de los medios necesarios para la investigacion.

Cuando me repuse, pude observar lo que hubiera pasado desapercibido sino me saca de mi desvanecimiento aquel aviso tan oportuno como peligroso.

VI.

Fenómenos ópticos.

Era verdad cuanto me habia dicho el anciano; el crepúsculo de la tarde se prolonga en aquellas alturas, y la noche, sin necesidad de los reflejos de la luna, que no asomó por entónces, no cierra completamente. Yo ví escintilar las

nubes, yo ví su fosforescencia vibratoria, yo las ví desparramar en aquellos espacios los rayos de su luz trémula, diferente á la del sol y distinta tambien, segun yo creo, á la luz de la electricidad. Esta era aquella iluminacion estraña que no sabia esplicarse el montañés porque ignoraba la teoría.

Pero es necesaria la claridad del dia para ascender en la montaña con seguro paso, porque las desigualdades del terreno proyectan sombras indecisas y oscuras, que cáusan engaño á los ojos presentando á la vista, superficie igual en las ondulaciones, profundidades en lo llano, y charcos de agua ó de fango en lo que está seco, fenómeno que complica el paso de las nubes, en la proyeccion sobre la tierra de su oscuridad fugitiva.

Hay en la montaña sombras de base fija, oscilantes y movibles en su contorno, segun los cambios de luz; estas son las que proyectan las cumbres. Hay otras que nos acompañan, al costado, por detrás, ó que se adelantan, mudando de formas, reduciéndose ó agigantándose; estas son las de nuestro propio cuerpo. Otras hay, en fin, que nos persiguen, que nos envuelven, que nos abandonan y parecen amenazarnos, dibujando en la superficie las mas caprichosas y á veces monstruosas visiones; estas son las de las nubes arrastradas en lo alto por el viento. Y tales fenómenos fantásticos obedecen todos á una misma ley física. ¡Estupenda linterna mágica! tremendo daguerrotipo!

LIBRO SEGUNDO.

NUMEROS QUEBRADOS.

I.

Efecto de claro-oscuro.

¡Qué difícil es caminar por estos lugares de noche! Solo pude llegar al término de mi viaje agarrado por la mano de mi guia.

Puso fin á la fatigosa subida una superficie plana de pocas hectáreas. Allí habia una casa blanca iluminada por la luz fosforescente. La puerta estaba completamente oscura. Parecía un lienzo de asfalto encajonado en el marco saliente que formaban las jambas. Se destacaba en el fondo una figura por efecto maravilloso de claro-oscuro que solo puede producirse de noche en las montañas. Era á la vista un alto relieve iluminado por una luz de Bengala. Puro teatro natural: Margarita esperando á Fausto; Eloisa en la ventana gótica sintiendo los pasos de Abelardo que se aproxima; Esmeralda sin horror á Cuasimodo.

Aquella figura permaneció inmóvil algunos minutos. ¡Qué aparicion sublime y encantadora! ¿Es posible que en la region de las nieves habiten las hadas?

Se adelantó algunos pasos hácia nosotros perdiendo su si-

tuacion poética, pero no su belleza positiva. Era una jóven de diez y siete á diez y ocho años, blanca como el alabastro, con ojos grandes azules orlados de espesas y largas pestañas, su blondo cabello estaba distribuido en dos rizos trenzados como dosel de la frente, cuyas puntas por detrás se perdian en un moño de lazo, atravesado por una aguja de cristal con dorados colgantes, y cubierto por una toquilla de lana que graciosamente caia sobre la espalda, como recuerdo de la que usan las mugeres de los Abruces. Un zagalejo azul bajaba al tobillo, donde aparecia ajustado el borceguí negro, carcel de un pié diminuto. El rojo jubon pespunteado á manera de justillo con tirantes, dejaba lucir sobre el pecho un camisolin blanco guarnecido de picos bordados, cubriendo los hombros hasta la mitad del antebrazo sus mangas de fuelle, y prolongándose debajo hasta el puño, las azules del vestido enjutas y rectas Un delantal mas claro remataba el trage.

Saludóme graciosamente con una inclinacion de cabeza, y tomando la mano á mi guia imprimió en ella con sus lábios de rosa un beso de respetuoso cariño.

¡Ah! aquel hombre estropeado tenia el amor de una familia; tal vez gozaba de santa paz en su casa; acaso era feliz!

De súbito se iluminó el interior de su morada, habia allí otra persona: entramos.

Con efecto, era una muger como de treinta y ocho años, de rostro apacible y mirar tranquilo; debia ser la esposa del jorobado.

Penetramos en un cuadrilátero de siete por ocho metros, vestíbulo, sala, comedor y hogar para todo servicio. Una mesa de pino cuadrada, cuatro taburetes, dos sillones de cuero con alto respaldo y una lámpara velon de dos mechas colgada en la enorme campana de la chimenea, hé aquí todo el menaje del cuarto. Un nicho practicado en la pared con tablas atravesadas, hacia el oficio de aparador y de escaparate.

—Franchesca,—dijo el campesino á su esposa en italiano incorrecto—enciende el hogar que despues hará frio y sírvete prepararnos la cena.—

Y dirigiéndose á la jóven añadió:—Hija, hazme el favor de alumbrar al caballero que voy á enseñarle la casa, suya desde este momento.

Encendió la hermosa doncella una candileja y pasó delante.

II.

El feudo de un montañés.

La pobre vivienda tenia un pasillo con muro cortado en tres puertas pequeñas de entrada á los reducidos dormitorios iguales. Las camas eran limpias, cubiertas con colchas de percal francés enramado, y la del cuarto primero estaba colgada, costumbre casi desconocida entre nosotros, muy admitida en las alquerias de Francia y que no sé si ha llegado á introducirse entre los alpinos. Dos sillas de paja blanca, un ruedo de esparto á los piés de la cama, y una mesita pequeña, formaban el ajuar de cada uno de los tres dormitorios, con la sola diferencia, de que en el primero habia sobre la mesa una gran cofaina con jarro de porcelana ordinaria y delante, colgado en el muro, un espejo de vara y media de largo por tres cuartas de ancho, cerrando el marco dorado dos columnas estriadas y una cornisa greco-romana, circunstancia que revelaba su antigüedad como su alta progénie. ¿De dónde vino aquel mueble de lujo? Sin duda tenia su historia. ¿Quién puede saberla?

Se me olvidaba, el catre de esta habitacion era cama de matrimonio á juzgar por la anchura de su tablado.

Cada cuarto tenia ventana, y abriendo una de ellas me dijo mi huésped:

—Vea usted, compatriota,—era la primera vez que me daba este nombre—vea usted los anejos de esta pobre choza. Este cercado de la derecha es un huertecillo donde cultivo las hortalizas que me permite el terreno y el clima. Tengo hechos mis estudios sobre el modo de abrigarlas. Este departamento de mayor estension, cerrado por empalizada, es el corral de mi ganado y mis aves. Unas cuantas ovejas y cabras [allí están los rediles] gallinas y gansos, tres grullas, hé aquí todo. Esta torrecilla de la derecha es mi palomar. ¿Ve usted un punto blanco á tiro de carabina? Allí tengo cuatro colmenas.—

Y cerrando la ventana añadió con una sonrisa que parecia rúbrica de felicidad:

—Ha tomado usted posesion de mi feudo.

—Cuarteles limpios,—exclamé—sin marca visible de deshonor.

—Jamás he huido cobarde ante la mala fortuna—me contestó—ni tengo en mi escudo tampoco manchas de sangre. Sin embargo,—agregó entristecido—es hoy un dia de muy dolorosos recuerdos para mí.

¡Ya pareció la ponzoña de la vida! Aquel hombre tenia memoria de pasadas desgracias. ¿Dónde está la felicidad sobre la tierra?

Volvimos al comedor y allí á limpio mantel nos sirvió la cena con sus blanquísimas manos aquella niña, todavia feliz, porque aún no habia probado la cicuta del alevoso destino.

III.

A cena pobre, buen apetito.

Mis ocupaciones no me habian permitido apercibirme de mi apetito hasta que me ví sentado á la mesa. Cené bien

como en convite de príncipes. ¿Hay mejor ajenjo que una escursion ascendente ni mas escitante entremés que un mantel limpio? Vuelvo siempre á mi mania, no conozco nada ni mas salvaje ni mas desdichado que la suciedad.

La cena fué harto modesta; tortas de maiz, huevos escalfados, chorizo crudo, pollo á la parrilla, queso y miel, con un vinillo picante y ligero parecido á la Sidra.

Este vino me reanimó y sentí brotar en mi cerebro ideas mas seguras y menos sombrias.

No cabe duda, la debilidad de estómago enjendra malos pensamientos, tétricas alucinaciones. Y es que las bilis se desarrollan y estienden sin freno en las cavidades vacias de la membrana. El hombre necesita para mejorarse moral y físicamente estudiar mucha química orgánica.

La cena me pareció muy sabrosa, pero me faltó el café tan calumniado por la ignorancia, delicioso néctar del profeta.

Las dos mujeres se retiraron acabada la cena despues de alzar los manteles, recibiendo la esposa un beso en la frente y dando á mi huésped otro en la mano la doncella.

IV.

Doloroso aniversario.

—Buen hombre,—dije al montañés—no me hagais cumplimiento de hospitalidad. Necesitais reposo. Dejadme á solas con mis pensamientos.

—Hace usted mal en no recogerse;—me contestó—porque si ha de visitar algo de la montaña, le espera un ejercicio fuerte.

—Es cierto—repliqué,—pero estoy acostumbrado á pasar noches en vela y madrugar mucho me quebranta. Estaré mas ágil y vigoroso si no duermo.

—Cada cual tiene sus hábitos que se deben respetar. Esta noche me desvelan mis recuerdos. Si no le molesto permaneceré aquí en su compañía.

—Os lo agradezco,—dije al punto—porque no sé que secreta simpatía habeis llegado á inspirarme. Además, vuestras indicaciones y vuestro lenguaje han escitado en mí gran curiosidad, que por no pecar de impertinente no he querido indicaros.

Se pasó el campesino la mano por la frente y dijo con acento muy triste:

—Tengo clavados mis recuerdos aquí. Tal vez comunicándome logre desahogar mi corazon de penas. ¡Las llevo tantos años guardadas!—

Estábamos sentados mirando al hogar encendido, pues comenzaba á sentirse ya el frio de la noche. Al oir sus últimas palabras, volví el sillon y me encaré con el hombre, siendo mi mirada de frente la mas espresiva señal de que esperaba su relacion.

Casi me comprometo á reproducir textualmente lo que me dijo, que no puedo olvidar jamás.

LIBRO TERCERO.

UNA DE TANTAS HISTORIAS.

I.

La moribunda.

El montañés habló así:

Era sábado veintitres de mayo, lo mismo que hoy; hé aquí una coincidencia que aumenta la viveza de mi recuerdo. Estaba en Madrid y la noche era fria. Habia llovido mucho los dias anteriores. Se levantó aquella tarde un viento fuerte del lado de Guadarrama. Venia helado de aquellas cumbres siempre cubiertas de nieve. Yo vivia con mi madre en una bohardilla de la calle de la Palma mirando al norte. Tenia una ventana sobre el tejado con ventanillo sin puerta. Un vidrio la cerraba, pero se rompió aquella mañana. No habia en la mísera vivienda mas que una silla, un baul y un jergon en el suelo. En fin de mayo, aquel tiempo tan revuelto y crudo! A veces parece que la naturaleza se complace en atormentar á los séres desgraciados. Yo tenia nueve años, hace cuarenta y siete. No lloraba. Cuando las situaciones son formidables, los séres débiles no tienen lágrimas en los ojos, están en el corazon oprimido, sin atreverse á subir á las ventanas del sentimiento. Mi madre no podia estar horizontal.

Se hallaba sentada sobre el jergon apoyando la espalda en el muro. Su fatiga era incesante, su tos seca, su espectoracion repetida. Tenia los ojos cerrados, los abrió clavando en mí el rayo fatídico de su dilatada pupila con ese mirar helado, penetrante y siniestro del moribundo, y en intermitentes articulaciones quebradas por la creciente disnea me dijo:

—Escucha mis palabras.... Te interesan.... Serán las últimas.... Debo mi orígen á familia distinguida... Tu abuelo era un hombre de honor.... El duque de B.... es un caballero de ilustre cuna, de noble estirpe. Pone esmero en conservar las tradicciones de su casa por la nobleza de sus elevados sentimientos sin ostentacion de bondades.... Un dia, fabricando el Palacio en que vive cayó un obrero del andamio. Concedió una pension vitalicia á la viuda, dotando mas tarde á la hija.

—Madre mia—esclamé—si yo fuera rico me complaceria en socorrer á los desgraciados como ese buen caballero.

—Está bien—repuso con voz breve mi madre—escucha.... En otra ocasion fué el Duque de temporada de baños á una aldea de la costa del mar Cantábrico, su pais natal, radicacion de la casa Solariega. Era una tarde de gran marejada. Se habia prohibido bañarse á toda persona.... Una niña jugaba en la playa con un aro, que rodó hácia las aguas. La niña corrió detrás, y una óla la arrebató.... Acompañó al terrible accidente un grito de espanto. El Duque, despojándose rápidamente de su ropa esterior, se arrojó al agua.... Sin que lo notára, un perro de Terranova que con la niña jugaba, le habia precedido. El Duque puso en peligro su vida.... Y no se hubiera salvado sino le hubiesen arrojado una soga.... Pero el perro, mejor nadador y mas afortunado, sacó ilesa á la niña.

—Madre,—dije de pronto—yo quisiera un perro como aquel.

La moribunda con acento inesplicable, murmuró:

—Hay perros que hacen lo que no saben hacer los hombres.

Despues, cambiando de tono dijo mas alto:—

—Mi padre era muy amigo del Duque.... Un dia mi padre tuvo que salir rápidamente de Madrid por asuntos políticos y depositó en manos de su amigo, el Duque, las alhajas de su esposa difunta, que guardaba con religioso cariño.

—En verdad, el caballero debia merecer toda su confianza—me apresuré á decir, interrumpiendo á mi madre.

Ví en la pupila de la moribunda, como relámpago, un brillo estraño y fascinador, y con voz ronca y seca dijo:

—No faltó ninguna.

No sé porque me dejó petrificado aquella respuesta.

Despues de una pausa prosiguió:

—Yo era jóven y bien parecida. Mi padre dejó al Duque encargada la casa, bajo la guarda de su respeto, si bien tenia diez años ménos que tu abuelo.... Pero el Duque robó la joya mejor á su amigo.

—¡Cómo!—grité con asombro.—¿El Duque era un ladron?

—Robó á tu desventurado abuelo mi candorosa inocencia que era su mas preciado tesoro—dijo mi madre.

Quedé absorto, sin comprender por entónces, toda la intensidad de la revelacion. Dos lágrimas solitarias humedecieron los ojos secos de mi madre que así continuó:

—Al poco tiempo de haber regresado tu abuelo, la fuerza de las cosas me obligaron á fugarme de su casa, que ya no podia ser mia.... Necesitaba ocultar mi vergüenza. Pero la fuga no corrije jamás el error cometido, ni salva la honra.... Mi padre pidió cuentas severas al Duque de aquel agrávio y á causa de resistencia á batirse le ofendió en el rostro.... Se verificó el duelo y murió mi padre, que siempre sucumbe quien tiene razon.... No me volvió á ver mas ninguna persona

conocida.... Yo no sé como naciste. Perdí el conocimiento. La tierra te recibió de golpe.... Cuando recobré la posesion de mis sentidos llorabas desesperadamente.... Aquel llanto sin consuelo te duró tres dias. Cuando pude, te hice reconocer por un médico de beneficencia.

Un acceso de tos convulsiva y tenáz interrumpió á mi madre durante algunos segundos. Siguió un prolongado desmayo. Yo creí que habia muerto, y me hallaba helado de espanto.

El montañés inclinando su venerable cabeza lloró silenciosamente. Me encontraba muy conmovido y no me atreví á interrumpir aquel silencio solemne.

Al fin lo rompió con un suspiro, diciendo:

Mi madre volvió en sí pidiéndome agua. Era lo único que habia en casa. Humedecidos apénas los lábios, continuó.

—Creo haber dicho, que te reconoció un médico de beneficencia. Tenias una costilla rota.... Hice esfuerzos inauditos para curarte pero no te pude evitar la imperfeccion.

—Sí, madre—esclamé con rábia inocente—y desde entónces no tengo nombre mas que para tí, porque la gente que me tiene lástima me llama el jorobadito,—y los que me ódian—¡maldito jorobado!

Mi madre me dirigió una mirada tan estraña que me dejó hecho una piedra.

—Caballero!—me preguntó con rapidez el campesino—¿Ha observado usted alguna vez los ojos de una moribunda?

Bajé la vista y no supe que contestarle.

—Cierto; es una pregunta rara la mia—murmuró, volviendo á guardar silencio.

II.

Testamento de una madre.

En esta ocasion me aventuré á decirle despues de un rato,

—Servios continuar, amigo.

—Volvió á pedir agua mi madre, y como la vez anterior no hizo mas que humedecerse los lábios. Luchaba con la muerte y defendia la vida, porque sin duda tenia que decirme alguna cosa importante. Aquel esfuerzo sobrehumano que hacia, era su testamento. Procuraba asegurar mi suerte para morir tranquila. Propósito natural de todo el que deja sobre la tierra un ser amado. Hé aquí la postrera ilusion, el último engaño al borde de la tumba. El testamento se hace, pero ¿se cumple? Este es el punto difícil de la cuestion.

—Hablais como un libro, buen hombre—esclamé interrumpiéndole; primero y único imprudente movimiento de impaciencia que tuve durante aquella interesante y muy triste relacion.

—La tutela—añadí—está sábiamente introducida en derecho, pero el beneficio de la restitucion no subsana los perjuicios de la menor edad.

—Comprendo bien—dijo el montañés—que me habla usted en parábola. Yo era niño, inesperto, pobre, desamparado ¿se cumpliria en estas condiciones la voluntad de mi madre? Su testamento, como muchos, fué letra muerta. Mas ella lo formuló disputando minutos á la muerte y creyendo al espirar, que me habia dejado á cubierto de los rigores de la miseria.

Su voz era gutural, puro sonido de garganta, pues ya no tenia pulmones, y dando á su palabra seca el acento de mayor ternura que pudo, dijo:

—Hijo mio, te he mantenido con mi trabajo y aunque no he podido proporcionarte comodidades, he logrado que vivas limpio.... Cerca de cinco meses inutilizada, y en postracion hace quince dias, suman tiempo bastante para haber liquidado toda cuenta de ingresos, obligándome á mal vender los pocos muebles y ropas que tenia.... Nada nos queda,

y mañana estarás solo.... ¡Solo, no puede ser!.... El señor Duque de B., es un caballero de buenos sentimientos, así aceptado por la opinion. Yo no he vuelto á verle jamás.... Sé que no ha hecho diligencia ninguna en busca mia. Todo era inútil, porque para siempre me separaba de él un lago de sangre.... Pero te repito, que la opinion le reconoce bueno, justo y honrado.... Además está rico. Lo era ya, y hace cinco años que se casó con una prima suya de grande fortuna, habiendo obtenidó, como es consiguiente dispensa de parentesco.... Sin duda vive feliz.... lleno de consideraciones sociales.... y limpio de culpa; está perdonado.

La moribunda hizo al llegar aquí un esfuerzo inaudito y prosiguió apagándose su voz por instantes.

En aquel.... baul.... hay un pliego cerrado.... El sobre contiene la direccion ... Mañana.... tú mismo.... lleva.... el pliego.... á la casa.... de tu.... padre!

Cerró los ojos y quedó inmóvil. Yo estaba estremecido. Siguieron algunos minutos de pavoroso silencio, no se sentia ni la respiracion de mi madre.

De repente se incorporó, y abriendo con viveza los ojos clavó en mí una mirada profunda y dijo con voz clara y entera.

—Nos hemos salvado. Acaba de hacer crísis favorable la enfermedad. Me siento perfectamente. Mañana saldré de casa y volveré á trabajar. Durante este pícaro catarro, porque no ha sido mas que un catarro, ahora lo conozco, no he podido darte leccion de francés. Es preciso estudiar. Yo quiero que aprendas á la perfeccion esa lengua tan necesaria. Estoy buena; te repito, que me siento perfectamente.

Cayó de espaldas sobre el muro. El golpe me llenó de espanto. Dí un grito y me arrojé sobre mi madre. Tomé su mano. ¡Estaba muerta!

El hombre se arrojó al suelo, y abrazado á mis rodillas rompió en llanto como un niño.

Yo tambien lloré.

III.

Enemigos de la moral, son los errores.

La muerte de aquella desgraciada era natural. Su esperanza de vivir en el momento de espirar, es un fenómeno de sencilla esplicacion, que ahora no hace al caso. Esa reaccion de favorable apariencia es muy comun en la agonia de los tísicos, y alguna, aunque rara vez, se observa en los moribundos por angina de pecho.

Es necesario ser muy experto para que este fenómeno deje de causar terrible sorpresa. ¡Cuán profunda y cruel no seria la de un niño de nueve años! Aquel tremendo detalle, era el tornillo que clavaba á perpetuidad toda la escena en la memoria del superviviente. Solo así, podia reproducirla palabra por palabra á los cuarenta y siete años de ocurrido el triste suceso.

—Perdone usted, caballero,—me dijo el anciano entre ahogados sollozos,—hoy es aniversario de la muerte de mi madre y me parece que la tengo delante.—Y dicho esto, recobró el asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

Así permaneció largo rato y escuso decir, que volvió á dominarme mi tenáz aficion á las meditaciones entablando conmigo un nuevo diálogo.—

Si el Duque hubiera sustraido una sola de aquellas alhajas de la esposa difunta que le fueron confiadas en depósito, estaria deshonrado. La sociedad no perdona este abuso de confianza. Pero la felonía que el Duque cometió, acaso constituye á los ojos de la opinion una gloria del hombre de mundo. La deshonra cae por entero con severidad impla-

cable sobre la inesperta y débil mujer, que se acaba la vida por mantener á su hijo. Y sin embargo, la moral no es más que una; no tiene expediente para aplaudir, ni aún para tolerar lo vituperable. Los principios están en la ley que reconoce delito la seduccion y tambien el dûelo, pero la opinion indulta generosamente. Hé aquí un problema. ¿Se engañará la moral? ¿Se equivocará la ley? El raciocinio de la opinion no puede ser éste—cuando por violacion de depósito ó por abuso de confianza se hurtáre una alhaja, caiga la sancion penal sobre la joya robada.—Y si no cabe este raciocinio, ¿por qué la sociedad rechaza á la mujer burlada y honra como á cumplido caballero al matador de su padre? ¿Qué perturbacion moral hay aquí? ¿De qué manera podríamos salvar á la mujer de este fallo inapelable?—Casándola, porque entónces sus aventuras revelan sus grandes méritos que la colocan al nivel del hombre de mundo.—

La opinion se satisface con hallar un culpable y este es el marido que responde, el cual queda deshonrado.—Ahora entiendo ménos el criterio de la opinion. Las fórmulas del doble problema, á mi pobre juicio son absurdas. En el primer caso resulta culpable la joya robada; en el segundo la persona ofendida. Segun este criterio, el herido de una puñalada en el corazon debe ir á espirar á la cárcel.—Sin embargo, asi se piensa. Y pasaron los tiempos oscuros y bárbaros, las edades de hierro! Vivimos en un siglo que calza guante blanco. ¡Parece imposible!—Yo entiendo, que los enemigos de la moral son los errores, porque si las nociones fueran claras y profundas, la opinion no podria disparatar de esa manera. ¿Quién iluminará ese caos de la conciencia pública reemplazando sus arraigadas preocupaciones con lo que es naturalmente razonable?—¡Solo la ciencia!

—Decidme, buen hombre—esclamé repentinamente interrumpiendo su prolongado silencio—¿Creeis muy complica-

do y difícil de entender el mecanismo de un telégrafo electrico?

Sorprendido el interpelado me contestó balbuciente.

—No conozco ese mecanismo, pero me parece que debe de ser muy sencillo, porque lo veo manejado por ignorantes; por los últimos y más humildes dependientes de la administracion de un ferro-carril.—

Henchido de alegria me apresuré á continuar.

—Sabed, amigo mio, que la electricidad es lo más misterioso que la naturaleza puede ofrecer á la investigacion del hombre. Para dirigir todas esas maniobras á que me refiero, se necesitan grandes estudios, pero lo rudimentario y puramente mecánico del asunto está al alcance de cualquiera. Lo mismo sucede con todo. Las máquinas de vapor, hasta con aplicaciones de centrífuga, las manejan simples practicones, dos pulgadas más altos que los obreros comunes.

—No comprendo adónde van á parar vuestras ideas—se aventuró á indicar el asombrado huésped.

—Si, amigo mio,—contesté súbitamente haciendo poco caso de la observacion—la ciencia tiene procedimientos muy complicados que se traducen en resultados muy sencillos al alcance de todos. Para construir un segundo independiente se necesita un gran relojero, pero las piezas, ajustadas á proporciones matemáticas exactísimas, se hacen por obreros mecánicos. Luego, no hay mano que no sepa dar cuerda á la delicadísima máquina, ni ojos que no aprendan á conocer la hora que las agujas señalan.

En el mundo siempre serán pocos los sábios, pero la ciencia concluirá por educar á todos los hombres. Entonces, habrémos curado los dolores que como puñales llevamos todavia clavados en el corazon!

El jorobado me miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Tal vez no comprendia nada de lo que le iba di-

ciendo. Me levanté y poniéndole la mano sobre el hombro añadí:

—Quiero decir, que tengo el mas profundo convencimiento de que la ciencia, generalizándose, vulgarizándose en sus multiplicadas aplicaciones, creando relaciones estrechas de intereses, atendidos sus rápidos y poderosos desarrollos en nuestros dias, pronto habrá educado á la humanidad, descargándola de los errores que nos producen acerbo dolor; quiero decir, en una palabra, que entónces no habrá caballeros, que sin dejar de serlo ante la opinion, puedan hacer lo que ha hecho el Duque!

—Ah!—dijo el desgraciado como despertando de un letargo profundo.—Yo fuí á su casa con el pliego cerrado y no le encontré.

IV.

La letra muerta.

Proseguid vuestra relacion interesante.

—No sé lo que por mi pasó; omito detalles. Solo recuerdo que tomé el pliego del baul, y cumpliendo fielmente el encargo de mi madre, fuí á casa del Duque. Allí habia un portero grueso de grandes patillas á quien entregué el sobre cerrado, y viendo que no se movia, me atreví á decirle pasado un rato.—Buen señor, sírvase usted entregar desde luego esa carta al señor Duque.—Nada te importa. Yo sé lo que tengo que hacer, dijo con tono indijesto.—Espero la contestacion, repliqué turbado.—¿Qué contestacion?—añadió. ¿Pues no sabes que el señor Duque hace dos meses que está en Paris?—Entonces devuélvame usted ese pliego, esclamé compungido.—Ea! vete de aquí. El sobre es para el señor Duque y no te lo puedo devolver. El contestará si tiene respuesta.—Yo rompí en llanto insistiendo en la

devolucion de mi carta, pero aquel hombre resistiéndose, hasta llegó á amenazarme. Por fin salió un criado que debia ser el mayordomo, y mas compasivo, enterándose de mi cuestion, obligó al hombre á que me devolviera el tan suspirado pliego.

Tomé maquinalmente el camino de mi bohardilla sin saber que seria de mi. El desamparo en que estaba era absoluto. Yo no tenia edad para comprender todo lo enorme de mi situacion. ¿Qué pensaba? No lo sé. Confusamente creia llevar un tesoro en el pliego.

Al atravesar una calle ví dos perros grandes que estaban jugando. En esto vinieron á carrera tendida hácia mí y me derribaron, causándome el gólpe una herida en la cabeza. Me levanté lleno de sangre y de espanto y corrí desatentado á mi casa.

Cuando llegué no tenia el pliego.

LIBRO CUARTO.

ESTE Y AQUEL.

I.

El patrimonio á la espalda.

Ignoro si perdí aquel precioso pliego en la caida que me dieron los perros ó durante la fuga que me produjo el terror. Rompí en lágrimas y suspiros, y salió una vecina, la cual, cogiéndome bruscamente del brazo, me obligó á subir á su habitacion y me dijo:—Ven á curarte, maldito jorobado. Tu madre ha muerto esta mañana y sales á picardear. ¿Quién te ha roto la cabeza? Sin duda otro pillo con alguna pedrada. Dios te ha castigado.

Eran tan fuertes los tirones que me daba del brazo, que guardé silencio temblando de miedo. La buena mujer me lavó la herida con sal y vinagre colocándome luego un cabezal apretado. No dejó de refunfuñar durante la cura, y aguanté el escozor, mudo como una piedra Pero aquella mujer de esterioridades tan bruscas, tenia un corazon de oro. Noté que se la humedecieron los ojos y apercibí que murmuraba entre dientes:—¡Pobre criatura completamente desamparada!

Aquella honrada mujer tenia casa de huéspedes en el pi-

so segundo. Ella barria, lavaba, guisaba y hacia el servicio de toda la casa, sin mas auxiliar que una sobrina de doce años de edad y huérfana de padre y madre.

A la sazon entró en el aposento un francés de veintidos años que se hallaba á pupilo en la casa y preguntó con acento de lástima en muy mal castellano, si era yo el hijo de la vecina difunta, significando á continuacion de la respuesta afirmativa, que desde aquel momento se hacia cargo de mí.

No hay palabras para espresar la satisfaccion de la bondadosa mujer y los elogios que hizo al improvisado protector, del jorobado maldito á quien con tanta injusticia minutos antes denostaba. Ella manifestó, que se habia propuesto recogerme en su casa apesar de sus escasos recursos. Es lo cierto, que me sirvió en seguida una sopa caliente, diciendo al francés, que nada le cobraria por mi hospedaje durante el novenario.

Despues supe, que mis pobres vecinos habian vestido á mi madre desprendiéndose cada cual de una pieza de ropa.

El francés era el payaso que trabajaba en el circo de Polentinos. Adquirió celebridad en mi compañia vistiéndome con los trajes mas raros. Corríamos, saltábamos, alborotábamos. De nuestros ejercicios tomaron orígen los juegos icarios. Muy ágil y dotado de grandísima facilidad para hacer gestos estraños, era yo el protagonista principal de las pantomimas.

Me robustecí poderosamente, y puedo asegurar, que debo mi suerte, en primer lugar al cariño del francés que ha sido mi padre, y en segundo á mi joroba, prenda estimable para divertir al público.

II.

Un padre improvisado.

Mi protector habia nacido en Chambery y tenia un tio

establecido en Aix les bains, propietario de un Hotel donde pudo hacer ahorros con la ganancia que le dejaban los reumáticos que van á las termas. Mi amigo venia con frecuencia á ver á su tio, y la última vez, éste le dijo:

—Déjate ya de esa vida aventurera y cansada. Yo estoy viejo y cuanto poseo ha de ser para la hija de tu hermano que me acompaña y para tí, pues que no tengo mas familia. Con efecto, al poco tiempo compró el Hotel donde usted ha pasado la noche, encargando de su administracion al sobrino. El tio murió y mi amigo es hoy propietario.

Nunca me abandonó, ni yo me he separado de su compañia hasta hace tres años. Llevamos siete de residencia en estos lugares, y ha cuatro poco mas, que vinieron unos ingleses á visitar la montaña: Cayó en un barranco uno de ellos con peligro de muerte perdiendo la cartera de viaje donde llevaba dinero. Yo la encontré y se la devolví. Pesaba mucho. Sin duda contenia gran cantidad en monedas de oro. Lo que sentia profundamente el inglés, era haber perdido un dije que en ella llevaba, guarnecido de perlas con el retrato de su madre. Generosamente me dió por el hallazgo cincuenta libras. Yo las deposité en poder de mi amigo.

III.

Joroba que interesa.

Un dia, en mis escursiones por la montaña, ví una mujer, cuya presencia me causó una impresion profunda por su parecido á mi madre. La miré de hito en hito procurando desde entonces renovar los encuentros, mirándola con interés creciente y siguiéndola de léjos alguna vez. En una ocasion, volviéndose de repente, me dijo:—¿Por qué me mirais con tal espresion de cariño? ¿Quereis hacer boda?

Esta interpelacion inesperada me produjo el efecto de un

disparo de fusil á boca de jarro. Mas como no la dí respuesta ninguna, pues nada mas léjos de mi propósito que la idea de un matrimonio, ella añadió:—Os hablo con formalidad; sé que sois un hombre de bien. Mi difunto marido era muy bueno; desde que me falta no sé donde estoy. Por mi pobre hija temo á la muerte; zozobra que antes no me atormentaba.

—La verdad—contesté balbuciente—os amo, no sé como. Me gusta veros. Quisiera gozar de este placer inocente todos los dias. No llevaba mas allá mis aspiraciones. Tenia el mas firme convencimiento de que nunca podria agradar á ninguna mujer. Estoy acostumbrado á servir de diversion al público.—Y soltando una carcajada estridente, añadí:—¿No es cierto que mi estropeada figura es burlesca?

—La fisonomía es noble—dijo ella con seriedad—y los sentimientos honrados.

Aquella mujer es mi piamontesa Franchesca, procedente de una familia emigrante que vino á buscar asilo contra la persecucion en la montaña. Su hija es alpina. Con las cincuenta libras del inglés reparé la casa, construí el palomar y el anejo de las cuatro colmenas. Tengo maiz, hortaliza, huevos y leche casi para el consumo del año. Fabricamos queso, imitacion del que se hace en Neufchatél; hé aquí nuestra industria. Vivo tranquilo, solo me atormentan mis dolorosas memorias. Pero cuando veo á mi mujer, me parece que ha resucitado mi madre.

IV.

Cantidades halladas que valen dos mundos.

En este momento Franchesca, que acababa de levantarse, nos sirvió un jarro de leche. Observé á la muger aquella en

quien apénas habia reparado á mi entrada en la casa. Su tierno mirar, su dulce sonrisa, sus blanquísimos dientes, la daban no sé que particular encanto á mis ojos. Es positivo que no era una muger vulgar: amaba entrañablemente á un jorobado!

Mi huésped gritó desde la puerta.

—¡Caballero! venga usted acá. ¡Mire qué grandioso y magnífico espectáculo!—Y poniéndose la mano sobre el corazon dijo:—Acaba usted de registrar las muy tristes páginas de ESTE. Lea usted la alegria en AQUEL,—añadió señalando á la montaña.

Con efecto, el Sol, lleno de espléndida magestad, dominaba las cumbres como una águila de oro que se remonta al firmamento con plumage de fuego. Sus rayos, estendidos á la manera de legiones flamígeras, ahuyentaban las sombras, fantasmas de la noche que corrian precipitados y despavoridos por el rápido plano de las vertientes, cobijándose como siniestros traidores en lo profundo de los barrancos. Las fajas de luz, parecian multiplicados torrentes ígneos, quebrados en las nubes como en el prisma, matizando de todos colores aquel sorprendente panorama. Los chorros de agua, violados en el centro como caños de hierro fundido, aparecian orlados de innumerables voladoras gotas, chispeantes cual estrellas de los más altos espacios desprendidas. Todo tomaba movimiento y vida al presentarse el astro luminoso presidiendo tanta magnificencia. Las aves, revoloteando, saludaban con sus gorgeos la esperada aparicion del dia; los árboles, con el susurro de sus hojas; las áuras con su delicadísimo y suave murmurio; y hasta la nieve, despojándose del antifáz ceniciento con que se enmascara de noche, parecia lavarse el rostro sirviéndose de la tohalla de Vénus para ostentar ánte el soberano de estos mundos su incomparable blancura. Solo temblaban el error y el miedo, que no pue-

den cruzar sin embozo, sino á través de las tinieblas, los caminos abiertos á la vida.

A la montaña! á la montaña!—esclamé frenético de entusiasmo.—Ahí nos aguarda otro mundo. Allí está la region de los grandes mónstruos, de los pavorosos reptiles, de los estupendos cuadrúpedos. Allí está el tremendo archivo de los pterodáctylos, del ciervo gigante, del Mammulth y el oso en estado fósil. Allí la historia cruenta del hombre primitivo luchando en su desnudez con las fieras. Vivís tranquilo, aunque volviendo los ojos á un amargo pasado, libro abierto de elocuente experiencia. Teneis hogar, familia, reposo, seguridades y garantías. Debeis la paz á la imperfeccion de vuestra hechura. Venid conmigo, que quiero mostraros la joroba de la humanidad. Vereis la sucesion del dolor en la prosecucion de los siglos. Teneis un pasado triste como los hombres y un presente seguro como la civilizacion. Hé aquí la página mas sublime del libro de la naturaleza; todo en la montaña está contenido: el hacha de piedra arriba; abajo la locomotora. Mont-Cenis es el resúmen lacónico de la historia que abraza dos mundos.—ESTE y AQUEL.

CUARTA PARTE.

REVOLUCIONES GEOLÓGICAS.

LIBRO PRIMERO.

EL FUEGO ES ORO.

I.

Parthénope.

Salud, antigua Parthénope, manantial inagotable de inspiracion, privilegio de naturaleza, concentracion de toda su galanura, cubierta con un velo mágico! No vengo á contemplar absorto el purpurino color de tu atmósfera; á bañarme en el vapor transparente que te circunda; ni á beber el *acqua ferrata*, reconstituyente de la sangre, aspirando además los aromas embriagadores de tus playas, rival victoriosa de Constantinopla.

Ha tiempo que conozco tus lugares, que estoy en trato familiar contigo, que tengo entabladas relaciõnes de amistad con tus monumentos, que sostengo comunicacion con ese faro gigante, cuyo rojo penacho ilumina tres botones de rosa que brotaron sobre ruinas, la Torre, Resina y Portici.

Tampoco vengo esta vez á reposar en la cumbre del monte Polisipo, *descanso de la tristeza*, entre los venerandos sepulcros de Virgilio y el Tasso, recordando las fiestas bulliciosas de Tiberio y de Lúculo.

¡Ah! bellísima Nápoles, digna por cierto de mejor fortu-

na. Eres única en la tierra, y sin embargo, nunca has sido tuya. Siempre regida por gentes estrañas; los romanos, los godos, los lombardos, los carlovingios, los sarracénos te dominaron, hasta que el normando Tancredo los derrotó. Todavia salta palpitante sobre tus arenas la cabeza del jóven Coradino y huméa en tus plazas la sangre á torrentes vertida durante las "Vísperas Sicilianas," donde tomaron orígen los hechos terribles de la casa de Anjou y el trono aragonés.

¡Oh Nápoles! campo de los heróicos hechos y teatro de los grandes hombres!

¡Ay! en tus esmaltados valles tiene lugar la épica contienda de la familia latina con la germánica; preparada por la dominacion de los francos, que supo castigar Gonzalo de Córdoba; vencida despues por el conde de Montemar en la memorable jornada de Bitonto; sostenida mas tarde por las águilas austriacas, que las legiones de la República francesa humillaron, dando el triunfo á Napoleon y luego el cetro á Joaquin Murat.

Hoy vives con los tuyos, en familia, Nápoles única, pero eres tributaria del Piamonte.

¿Por qué siendo rica en ganado, en pieles de búfalo, arroz, aceites, cáñamo, lino, azafran, algodon, almendras, frutas y escelentes vinos, con aquel néctar incomparable que llamas "lacrima Christi," ¡oh tu! pátria de los linces, por qué se vé decaida tu agricultura bajo la pesadumbre de la mano muerta?

¿Por qué á tus fértiles campos, que riegan el Garagliano, el Volturno, el Basianto, el Piscara y el O'Fano, envenenan las emanaciones pútridas que de los pantanos levantan los vientos reinantes en el mes de las flores?

¡Desgraciada! nunca has tenido administracion propia que en tu prosperidad se interese, gimiendo siempre bajo el yugo estranjero, atento solo á sustentar las guerras civiles.

No vengo ahora, no, antigua Parthénope, á cantar tus grandezas, ni á llorar tus infortunios, ni á entregarme al "dolce farniente," renovando las delicias de Cápua.

Necesito evacuar una consulta, conocer un antecedente, recabar un dato, reunir un *miembro* para completar el *análisis* de esta mi *ecuacion indeterminada.*

¿Por qué, Nápoles, vives serena, por tantos enemigos en tu circuito combatida? Te amenaza el Vesubio y te envidian los hombres de orígenes propios y de procedencias estrañas. ¿Cuál es la razon de tu destino? ¿Qué página ocupas en el magestuoso libro de la naturaleza? ¿La fuerza no te causa pavura? El sacudimiento de la tierra y los torrentes de fuego no te conturban ni espantan? ¿Por qué, cómo el amianto, sales purificada y limpia de las llamas?

II.

El hombre no duerme.

No necesito decir, que estoy en Nápoles; que he descansado en *Torino* de mi escursion á Mont-Cenis; que he atravesado la Italia deteniéndome dos dias en Florencia, y por último, que no tengo obligacion de referir los accidentes de mi viage, dejándolos dormir en mi memoria con el profundo sueño de mi amigo Don Lorenzo.

Me propongo visitar á Pompeya, bajar á Herculano y subir á Portici; y cuento con la compañía del amigo de Brochefranco, para quien traigo la carta de recomendacion ofrecida.

Pero en este momento me encuentro solo, en el Hotel, de noche, desvelado, meditando sobre aquella tristísima historia del habitante de Mont-Cenis, á cuyo hermano, el hijo legítimo del Duque de B... voy á ver en esa pátria universal, hoy asolada, incendiada, despedazada, antigua Villa de No-

tre Dame. Y muy hondamente me entristece la idea de trasladarme en estos dias tan críticos á ese Paris, á esa fábrica de ideas, unas propias y otras manufacturadas, en terrible desolacion bajo el imperio de un sacudimiento volcánico. Porque tanto es mi amor á la Villa francesa como á la Villa española, olvidándome á veces en cual de las dos he nacido, y pareciéndome en ocasiones que he visto la luz en ámbos lugares. Y no me equivoco en el segundo concepto, porque ví el sol de la primera mañana en las orillas del Manzanares y la aurora de la inteligencia en las márgenes del Sena.

Mas de repente oigo una respiracion agitada en la habitacion inmediata, seguida de un grito desgarrador y amontonados sollozos. Me lanzo desatentado á la estancia; llego á la cama, y digo con voz fuerte y llena de susto:

—¿Qué te sucede? qué tienes, muchacho? te sientes enfermo?

El jóven á quien me dirigia, sentado en el lecho, abrió desmesuradamente los ojos y esclamó con espanto:

—¿Dónde estoy? ¡Ah, Señor! perdóneme usted. Era una pesadilla horrorosa. Soñé que han fusilado á mi madre y que ha muerto de dolor mi anciano abuelito.

Hay impresiones dobles en el corazon humano, de sensibilidad contradictoria, inconcebibles, indefinidas, que rayan en lo absurdo, porque en ciertas y determinadas crísis, absurda parece la naturaleza. Las palabras de aquel jóven debian tranquilizarme, pues no se trataba de una enfermedad, sino simplemente de un sueño, y aunque, en efecto, me tranquilizaron, á la vez me estremecieron. ¿Qué visiones son estas, qué fenómenos espasmódicos del pensamiento, qué divagaciones involuntarias, dulces en ocasiones, terríficas por lo general, fantásticas siempre, y en determinados casos proféticas? ¿Qué impulsos secretos, que convulsiones intérnas, se manifiestan y desarrollan en los séres sin determinacion

de la voluntad, que han dado motivo á que se introduzca en el lenguaje la palabra presentimiento? ¿Qué es esta "sensacion "interna en virtud de la cual se teme ó espera algun suceso "que se prevee confusamente," segun define aquella palabra la Academia de la lengua? ¿Constituye este fenómeno adivinacion verdadera?

No es admisible esta hipótesis, porque el fenómeno tiene una esplicacion racional.

Los perros y los caballos y por punto general todos los animales sueñan, pero nunca presienten, de donde se deduce que el simple soñar no es el efecto de una idea fija sino simplemente la determinacion de un impulso instintivo reminiscente. El ser racional es el solo que puede discurrir acerca de lo venidero ó de sucesos presentes que ocurren á larga distancia formando juicios de relacion sobre antecedentes conocidos, y estas ideas son las fijas, las que preocupan, porque vivamente interesan. Ellas se apoderan del pensamiento confusamente, pero con tenacidad mortificante, y la imaginacion las traza, las dibuja, las colorea y las viste con todos los atributos de la realidad. Por eso se presentan bajo todas las formas, durante el sueño, cuando la razon y la voluntad no imperan.

Ah! no es cierto que el hombre duerme; reposan simplemente los órganos del fatigoso egercicio de su accion. Reposa la vista, el oido, el olfato, el tacto y el paladar; el resto del organismo vela.

Sí, hacen centinela á la vida, la circulacion de la sangre, el pulmon y los nervios y hasta el sistema muscular. Cuanto mas tranquilo es el sueño, mas pesado es el reposo de los órganos, y mas ligero y repetido el movimiento. Tal es el dormir de un niño. La pasion, el abatimiento, la preocupacion del trabajo y el miedo, son otros tantos enemigos del reposo.

Aquel jóven estaba preocupado, abatido, tenia miedo á

su orfandad, y hé aquí la determinacion lógica de su terrible pesadilla.

III.

Lenguage zonzo.

—¡Pobre jóven! tranquilízate y repara en que nunca se hacen esperar las malas noticias—le dije haciéndome eco de esta vulgaridad.

Pero ¿hay cosa mas difícil para la razon que hallar oportunamente una palabra de consuelo? Ademas, el dolor humano no se halla dispuesto á escuchar razones y le molestan los argumentos, por eso se aplaca solamente con frases vacías de sentido. Pudieran acumularse muchas consideraciones para persuadir al jóven cuanta inverosimilitud habia en que se hubiese fusilado á su madre, pero le hubieran producido un efecto contrario de pena y disgusto, como era positivo que no se me ocurrieron.

En cambio le dije una tonteria, porque no es cierto que las malas noticias corren con mas rapidez que las buenas, sino que, siempre llegan pronto, porque no quisiéramos recibirlas jamás.

Es la verdad, que el angustiado mancebo se tranquilizó con mi zonzo lenguage. Positivamente la humanidad en ciertos casos solo puede digerir alimentos insípidos.

—Reconozo, balbuceó el jóven, que no ha podido suceder nada de cuanto acabo de soñar. Siento muchísimo haber molestado á usted sin intencion de mi parte. Pero le aseguro que el sueño ha sido terrible; me duele todo el cuerpo como si me hubieran molido á palos.

El muchacho estaba nervioso, casi febril, y le hice tomar una perla de éter para que por completo recobrase su tranquilidad.

—No seas niño,—añadí;—no pienses en cosas horribles. Muy en breve estarémos en Paris y podrás abrazar á tu madre.

Saqué una almohada de mi cama para elevarle la cabeza á fin de evitar la repeticion de la pesadilla por aglomeracion de sangre al cerebro, corrigiendo la posicion horizontal, y le dije pasándole la mano por la frente con cariño:

—Duerme.

A los seis minutos roncaba. Era un niño de catorce años.

IV.

Pardon, si vous plais.

La juventud tiene muchos atractivos, muchos encantos, y no hay nada que satisfaga tanto el ánimo como ampararla en su desgracia. Cuando el hombre se vé solo, quiere con facilidad á lo que tiene cerca, y yo habia tomado cariño al jóven desde el momento en que le conocí.

Mi encuentro con este muchacho fué muy singular. Pertenecia al servicio del Hotel á donde fuí á parar en Florencia. Apénas llegué me puse á escribir una carta, y á mis espaldas desde la puerta, oí una voz que decia con un acento que me impresionó:

—Pardon, si vous plais.

—Entrez—repuse súbitamente volviendo la cara.

El timbre de la voz me habia impresionado, pero la presencia del desconocido me causó profunda sorpresa. Me parecia haber oido la voz de aquel desgraciado que se suicidó en Zaragoza, y me parecia tambien dibujarse su imágen delante de mí.

Era como un retrato copiado de una fotografía sin conocer el original, donde el colorista se habia permitido pintar rubio el negro cabello, azules los ojos pardos, blanco y ro-

sado el tinte cetrino de la megilla, rebajando por complemento de licencia cinco años de edad al modelo. Pero la exactitud del contorno, el movimiento y espresion de la figura, la triste profunda mirada y la dulce sonrisa, sostenian la semejanza perfecta. Todo esto era una razon determinante de mi simpatía instantánea.

La simpatía es motivo de curiosidad, y desde luego interpelé al aparecido sometiéndole al interrogatorio siguiente:

—¿Cómo te llamas?

—Germán.

—¿Donde has nacido?

—En Paris.

—¿Cómo te encuentras aquí?

—Soy el hijo menor de un artista. Mi padre era lapidario y yo su aprendiz. Me amaba mucho y nunca me separó de su lado. A muy poco de haber comenzado la guerra, vino á Florencia á comprar ciertos materiales para una contrata, con propósito de hacer á la par algunos estudios. Murió de repente á los cinco dias, de una perniciosa, segun han dicho los médicos. Tenia algunas relaciones de amistad con el dueño de esta casa donde conmigo paraba. Quedé en el Hotel hasta que mi familia dispusiera de mí. Pero los sucesos de Francia tomaron de pronto muy mal aspecto. Mi madre, atenta al cuidado de mi abuelito y preocupada con la suerte de mis dos hermanos, el uno en campaña y el otro de la guardia municipal de Paris, me ordenó que aguardase sus órdenes. El dueño del Hotel me colocó en el servicio del establecimiento. Faltaron despues los recursos á mi familia y hace mas de tres meses que no tengo la menor noticia de ninguno de mis parientes. No sé si estoy solo en el mundo.

Estas últimas frases las pronunció con acento del mas acerbo dolor.

—Tienes deseos de regresar á tu pátria, de volver al seno de tu familia?—le pregunté.

—¡Ah, señor!—me contestó—si pudiera pagar el viage no estaria una hora mas aquí.

—Arreglaremos ese negocio—le dije—Voy á Paris dentro de muy pocos dias. Ahora déjame solo.

Aquella noche satisfice mi cuenta al dueño del Hotel con una gratificacion, que me valió tres escelencias, veinte genuflexiones y esta locucion agradable.—Contento val meglio di ricchezza; siamo dunque sempre contenti.—

Con tanta alegria, escuso decir, que sin dificultades quedó á mi servicio el jóven Germán.

V.

El occéano de lava.

La noche pasó sin más accidentes. Al otro dia 29 de Mayo quise hacer uso de la recomendacion que me habia dado mi amigo Brochefranco. Tenia curiosidad por conocer aquella familia, que segun la direccion de la carta, habitaba un albergue caprichoso en la misma falda del Vesubio más allá de Resina. Tomé una calesa para trasladarme en carruage hasta donde fuera posible, llevando en mi compañía á Germán.

Hé aquí otro gigante que no se parece al Himalaya, ni tampoco á Mont-Cenis; el Vesubio. ¡Torre de observacion de distinto género, página dramática del gran libro de la naturaleza! Formidable coloso, X de aquel tremendo problema así formulado:—"¿Preside el bien los fenómenos de la "tierra ó hay en ella algun principio oculto que impele á la "naturaleza á ser feroz como los hombres?"—Cuando no rujen las materias hirvientes en el seno de la profunda cal-

dera volcánica, un silencio pavoroso reina siniestro en aquellos contornos. Cubiertas sus vertientes de lavas negruzcas, parecen las olas rizadas de un occéano calcinado, carbonizado, muerto. No se ven animales, insectos, ni plantas en aquel vasto desierto de cenizas petrificadas. Solo se oye á lo léjos el rumor de la vida y se estiende la vista en el mas bello panorama de la tierra. El coloso amenaza terrible, y á dos pasos la naturaleza sonrie al tirano. ¿Qué tremebundo problema es este? ¿Por qué desde la frente del déspota, mirando al oriente, se ostentan galanas las islas de Capri, Ischia, Prócida, y se levanta mas bello que el Parthenon sobre la colina, última sublime espresion de la estética, el promontorio de Sorrento orlado de azul por las fajas del cielo y la línea del mar que mas léjos sosegada se dilata?

¿Por qué al mediodia se dibujan el cabo Micenas, Pozuola y la costa de Polisipo con sus cumbres inclinadas bajo el manto imperial de una atmósfera cristalina, que adornan transparentes nubecillas como borlas de armiño al capricho colocadas?

¿Por qué, en fin, en las treinta millas á que estiende sus faldas el gigante amenazador hay mas número de pueblos y de habitantes que en otro lugar alguno de Europa de igual estension, segun cálculo estadístico del ingles Halmilton?

¿La fuerza espanta? ¿El fuego causa pavura? ¿Qué clase de devastacion produce el volcan? ¡Ay! solo las secas arenas del Sahara agostan la vegetacion. Preguntad á los naturales, muy aficionados al uso de la metáfora, y os dirán con alegria:—El Vesubio vomita oro.—

Por eso en aquel páramo de lava se multiplican los oásis como caprichosos jardines en medio del desierto.

LIBRO SEGUNDO.

ORIENTE Y OCCIDENTE.

I.

El oásis.

Una de aquellas residencias fantásticas ocupaba el amigo de Brochefranco; ámbito reducido, esmaltado por la cepa de Lacrima Christi. Conducia á la entrada principal del edificio una alameda de acacias interrumpida por naranjos y mirtos, que juntamente con aquellas embalsamaban el aire. Adornaba la fachada del encantador edificio un vestíbulo dórico de intercolumnio y escalinata. Era el primer aposento una rotonda pintada al fresco con alegorias mitológicas: los demás, perfectamente distribuidos, estaban escayolados. Reinaban en aquel recinto la limpieza, el órden y la paz. En los rostros de las personas que componian aquel hogar, resplandecia la benevolencia. Cinco constituian la familia, tres hijos, dos varones y una hembra, con los esposos, y despues varios criados.

El padre, jefe de aquel pequeño Estado familiar, ocupaba cuatro estancias; un laboratorio, una biblioteca, un aposento

de estudio, y otro mas reducido, que llamaba "cuarto de reflexiones."

Esta última habitacion era muy singular. Solo habia en ella dos sillas, una mesa, un libro abultado, y varios cuadros de marco negro con cristales. Parecian á primera vista una coleccion de diplomas porque estaban orlados, pero eran notas, estados y balances en copia. El libro, por su volúmen, asemejaba un diccionario, y lo era en efecto, de documentos pegados á las hojas por índice doble, alfabético y cronológico. Aquel libro era un álbum interesante de apuntes, letras de cambio, pagarés, recibos y correspondencia mercantil, todo, en copia tambien, trazado por una mano.

Este cuarto de reflexiones tenia un apellido, un mote, un apodo, como se quiera, que no merece disputarse el concepto; alguna vez el dueño de la casa le llamaba "el cuarto de mi tesoro."

Es lo cierto, que aquí como en Mont-Cenis hallábame con dos libros, uno el Vesubio, que enseña bastante, y otro el álbum de mi huésped, que aún no sabia lo que pudiera enseñar.

Se comunicaba el interior de la casa con un jardin enverjado, de reducido circuito, pero muy bien dispuesto. Nada faltaba, acuario, pajarera, invernadero con algunas plantas tropicales. En una jaula grande habia dos linces, macho y hembra, cazados sin duda con lazo en los bosques de Nápoles, donde tanto estos animales abundan. Lo que acababa la belleza de este jardin, era un estanque en el centro, rodeado de plantas ulótricas, surcando la superficie cristalina del agua algunas sarcelas de patas coloradas y tornasolado plumaje.

Se podia decir de esta casa lo que Cornelio Nepote de aquella otra de Pomponio Atico.—"Ha puesto aquí su due-
"ño mas sabiduría que lujo."—

II.

Hogar pacífico.

Llamábase mi huésped Pio Faliero, precedido del Don, que jamás escusan los caballeros napolitanos, como si fueran porteros de la Habana: de consiguiente, yo ponia mucho cuidado en decirle D. Pio. Por lo demás, está muy acreditada en el mundo la cariñosa hospitalidad del napolitano.

Recibido con la misma delicada franqueza que si nos hubiéramos conocido toda la vida, me presentó desde luego á la familia, invitándome despues con Germán á tomar un baño.

Es de advertir, que Germán era un parisien demasiado fino para que me resolviera á tratarle como sirviente. Estaba en desgracia y tenia necesidad de mi apoyo. Además, no sé que particular simpatía me inspiraba aquel jóven. Habia reflexionado que el desabrimiento social determinó el suicidio del huérfano aragonés, y llevaba impreso en la mente aquel doloroso recuerdo. Para la familia de D. Pio, era Germán mi pupilo.

Agradecí á la costumbre del pais, y por consecuencia á D. Pio, su primera invitacion, por que es de mi mayor agrado cuanto atañe á la limpieza del cuerpo, y tambien le agradecí el vaso obligado del *acqua ferrata* antes del almuerzo, por lo bien que el apetito prepara.

Tenia razon Brochefranco, ofrecia la familia de D. Pio mucho campo al estudio, sobre todo su jefe.

—Yo soy feliz,— me dijo,—he logrado organizar mi pequeña república doméstica. Amos y sirvientes, aquí todos somos hermanos, y el secreto de nuestra armonia consiste, en que cada cual ocupa su puesto. Amigo mio, la Francia ha introducido una fórmula inmejorable de trato,—"si vous plais."— Esta cortesía para con los criados, hace de los franceses los mejores sirvientes del mundo.—Yo no puedo ver una cara in-

digesta á mi y para que todos sean rostros apacibles, es preciso combinar la franqueza con el cumplimiento. La mano con nobleza tendida y afectuosamente apretada, pero calzada de guante. Así de este modo no se siente el sudor frio ni pegajoso y no hay peligro de que se inocule la sarna.

Es de notar, que Don Pio hablaba como buen napolitano, siempre en metáfora.

—En España tenemos un adajio,—le dije:—"la confianza es causá de menosprecio."

—Es verdad,—me replicó,—pero tampoco hay nadie que abuse tanto de la franqueza como los españoles.

—Nuestro trato es muy demócrata,—contesté.

A lo que repuso súbitamente.

—Eso no es democracia, es anarquía. La ruda franqueza es causa en último término de que se falten al respeto los hombres.

Don Pio tenia sobrada razon y así le dije:

—Estamos completamente de acuerdo.

Esta manifestacion de mi asentimiento le animó á proseguir.

—Cuatro personas constituyen mi familia y cada uno tiene distintas inclinaciones. He comenzado por estudiarme y despues he estudiado á los demás. He procurado que entre mi muger y yo haya una perfecta comunion de ideas: luego he tratado de sacar partido de los defectos de mis hijos. La niña es en estremo envidiosa, el mayor muy soberbio, y el mediano profundamente sensible. Nada de contradiccion. El médico que suprima la bílis, suprime la existencia. Mi primogénito, soberbio, seria un criminal, contrariado. Mi hija, envidiosa, se moriria de desesperacion. No hay defecto sin radical; es preciso buscarle la radical al defecto. Yo he fomentado poderosamente la envidia de mi hija y la soberbia de mi primogénito. Jamás establezco la menor diferencia en el

trato, ni en la satisfaccion de sus gustos y caprichos. He dicho á la niña;—tienes mucho entendimiento y es preciso que adelantes á tus hermanos en cuanto puede constituir el ornamento intelectual y social de una muger. Acostúmbrate á ser muy celosa de tu propio decoro, para que tus hermanos te consideren y respeten, sirviendo ellos de ejemplo á los demas.—Así he logrado desarrollar la emulacion de la niña por todo lo moral, por todo lo intelectual, por todo lo grande, inspirándola el mas alto desprecio de la frivolidad, con lo que he arrancado de su corazon todas las malas tendencias que hacen de la envidia un vicio abominable.

El mismo sistema he usado con el hijo.—¿Tienes orgullo? —Pues es preciso que lleves hasta el último estremo tu soberbia.—¿Pretendes imponerte á los hombres?—Pues domínalos por el sentimiento; hazte adorar, hazte respetar, hazte considerar bajo todas las formas de la esperanza.—Inspiré á mi hijo la soberbia por todo lo generoso, por todo lo noble, por todo lo grande.

Mucho mas difícil me ha sido la educacion de mi hijo sensible, porque falta en él la radical. No tuve otro recurso que lanzarlo fuera de la casa, á los azares de los viages, á los peligros de los naufragios, á la lucha ruda con el desabrimiento y repetida defeccion de los hombres, en separacion absoluta de la familia. Lo he tenido en constante movimiento, y hace año y medio que ha regresado de Australia. He fortificado su naturaleza moral.

El primogénito, respondo que es todo un hombre, es una perfecta organizacion; su temperamento bilioso, le hace fuerte y saludable; su altivez indómita, audaz y resuelto. Hé aquí las dos condiciones indispensables que determinan un carácter. Solo de esta madera se hacen los grandes hombres.

Pero debo advertir, que me he ocupado muy detenidamente del desarrollo físico de mis hijos, porque para mi la salud

es la base de toda virilidad y nada encuentro mas pernicioso que anticipar el alimento intelectual á los niños. No he conocido ninguna precocidad saludable que logre frutos maduros.

Comprendí desde luego, por esta conversacion que á solas precedió á nuestro almuerzo, que Don Pio era un verdadero talento práctico.

El jóven Germán le habia escuchado absorto.

III.

Unidad en la variedad.

Y tambien comprendí, que en aquella casa era todo órden con protesta de las viejas rutinas. Una rápida mirada sobre el servicio de la mesa, me bastó para reconocer, que allí se acreditaba la personalidad inviolable de cada concurrente, rompiendo los usos de la histórica centralizacion; pues á cada cubierto acompañaban sus copas correspondientes de agua y de vinos, detalle que me causó satisfaccion íntima, porque no es de mi agrado la costumbre inmemorial entre los napolitanos introducida, de dar de beber á muchas personas en un solo vaso.

Era este un detalle de estimable valor, por lo que significaba, pues cuando así se abandonan las tradiciones vicios as no cabe duda de que la civilizacion ha entrado por las puertas de la casa.

Tampoco ví la pierna de carnero ni el obligado jamon en una pieza sobre los manteles, ni el timbal de macarrones ocupando el centro de la mesa. En cambio, ví una graciosa cestilla de flores naturales con dos platos de cristal á los costados, rellenos de dulces. La centralizacion de los man-

jares en la mesa, es una costumbre que pertenece á los tiempos bárbaros de la historia, y seria necesario egercitarse en transportar la coraza de hierro, para no perder el apetito á su vista. Todo cubierto tenia su lista ó programa de los manjares que se servian á cada cual por los criados, sin insistir en invitaciones que molestan y obligan y son cáusa luego de indigestion.

La iniciativa individual se afirmaba. Como no habia fuerza ni oposicion, no se daba lugar al esceso. Estaba natural y sencillamente suprimida la resistencia y la disputa.

La conversacion fué muy viva, muy interesante, porque habia absoluta espontaneidad en la emision del pensamiento y era el concurso ilustrado.

Así se esplicaba la niña envidiosa, y debo declarar que no he visto en cuanto he rodado por el mundo diez y siete años dotados de más chispa y gracia.

—Caballero, siento muy curioso afán de visitar á España. Sobre todo Andalucía. Por lo que he podido leer, las costumbres del medio dia de ese bello pais se parecen mucho á las sicilianas. ¿Hay exactitud en esto, amigo mio?

Confieso que la pregunta me embarazó por el recuerdo de la dominacion española, y me parecia inconveniente apuntar la razon á mi entender de la semejanza. Aumentó mi embarazo que se fijase mi pensamiento en una circunstancia rara, porque á la verdad, tengo observado que en todas partes adonde España llevó sus conquistas, dejó impreso el sello de Andalucía, como sucede en América. Pero en las Sicilias es todavía mas singular el fenómeno, porque sobre ellas triunfaron durante largo tiempo los tercios catalanes y aragoneses.

La vivaracha niña me sacó de aquel impertinente estupor que me embargaba, diciendo con sonrisa encantadora:

—Adivino su respuesta: hay semejanza y no quiere usted advertirme que estuvieron aquí varias veces los españoles.

En esta desventurada tierra han dominado todos los extranjeros posibles, pero es lo cierto, que nosotras en Nápoles, solo hemos adoptado la mantilla española, mejor dicho, la mantilla andaluza, sin duda porque los hijos de esas fértiles riberas que baña el Guadalquivir, son los mas festivos, los mas graciosos, los mas enamorados del mundo.—

Esta oportuna salida me reanimó y me apresuré á decir:

—Y por si algo les faltaba de la última condicion, vinieron los moros á dárselo.

—Cierto que los moros de aquella edad, replicó, eran hombres de grandísima ternura y que contribuyeron mucho al desarrollo de la galantería, á las cortes de amor y á la ciencia gaya; pero como esta circunstancia no se esplica con la institucion ominosa del serrallo, preciso es reconocer, que deben estar las mujeres andaluzas dotadas de muchísima gracia, para cautivar á los hombres, cuando tal revolucion de sensibilidad se operó en el corazon de los moros.

—Señorita, acaba usted de resolver un problema que me parecia de dificultad insuperable. Ahora comprendo, porque los andaluces, con ventaja sobre todas las naciones, dejan su rastro por donde pasan.

—Ah!—esclamó,—es imposible borrar el recuerdo de aquellos que ustedes llaman por modismo gráfico (y esto lo dijo en castellano mal pronunciado) *de sangre ligera.*

Aquel defecto de pronunciacion constituia una nueva gracia.

Era encantador oir á una niña de diez y siete años producirse con esta sencilla inocente franqueza. Todo el aroma de aquella flor brotaba espontáneo de su purísima boca.

La madre, la contemplaba con rostro apacible y benévolo, sin ese gesto obligado, cifra de este lenguaje mudo.—Niña, no te descompongas, que te tengo educada en el disimulo y quebrantas la costumbre de cifrar tu decoro en la hipocresía.

—Tiene razon Julia,—dijo el hermano mayor.—Los andaluces dominarán siempre á donde quiera que vayan. Son alegres, son vivos, son inteligentes y son valerosos. En la cátedra, en la tribuna, en la escena brillarán entre los demás, y sobre todo, se impondrán por las simpatías. El público será siempre suyo. Es un pueblo llamado en lo porvenir á dar un grande impulso á la industria por la riqueza de su imaginacion. No sirven para obreros, porque en cuatro semanas se hacen maestros. Pero todavia padecen la misma enfermedad que los napolitanos en mucho menor escala; necesitan simbolizar demasiado las ideas. Cuando completen su educacion y adquieran el sentimiento de la realidad, serán los primeros industriales del mundo.—

Germán escuchaba atento con esa mirada triste que le hacia tan interesante, sin desfigurar aquel rasgo de viveza que distingue al parisien de todos los hombres.

Durante la conversacion, el hijo menor de D. Pio le observaba con toda la benevolencia de la sensibilidad siempre dispuesta en favor de la desgracia, y dirigiéndose á él rompió el silencio preguntando:

—¿En qué piensa el jóven Germán?

—Pienso,—contestó el interpelado,—en las terribles desgracias que abruman á mi pais.

—Consolaos, jóven,—dijo D. Pio:—el resultado final de la tremenda lucha no puede ser dudoso. Tanta calamidad, solo determina un gólpe de adversa fortuna, lamentable sí, pero nada mas.—¿Qué debe la humanidad á la vieja Alemania?—La presencia constante de Cárlo Magno en la historia.—¿Qué es una yunta de labor en ese pais?—El tiro de una cureña.—¿Qué es el agricultor?—Un soldado. Todo está sujeto á registro. La herrumbre oxidada es la piel del soberano Este lo es todo, el hombre no es nada. Alemania con sus Confesiones, con sus Universidades, con sus metafísicos,

con sus fanáticos, con sus demagogos, es un vasto cuartel. El pueblo se asfixia bajo la pesada coraza de la feudalidad.

Francia ha perdido, en América, el Canadá con la Lusiana y cuanto poseía en los golfos de Méjico y de San Lorenzo; en Africa, á Magadascar y la isla á que puso su propio nombre; en la India, todo lo que tuvo desde el cabo Comorin hasta Surate y el Gánges; en Europa, la isla de Menorca y aquellas cuatro plazas con que Luis XIV fortificó la frontera. Francia por el tratado de paz, pierde, con la Alsacia y la Lorena, 12 ciudades, 94 villas, 1.760 aldeas, 12 fortalezas, una universidad, 560.000 hectáreas de monte, 370 kilómetros de rios navegables, 308 de canales, 735 de vias férreas, 88.500,000 francos por rentas de propiedad rural, 62.000,000 por contribuciones directas y una casa de moneda; pero ¿qué importa, si guiada por el sentimiento y no por cálculos egoistas, es suya la iniciativa de todo el movimiento humano que pertenece de derecho á los hombres de corazon? Los místicos de Alemania han copiado á Santo Tomás; Kant arranca de Descartes; á Tiberghien precede Montesquieu, y el mismo Göethe declara, que "el mayor "gozo que tuvo en su vida fué el de haber visto traducido "su Fausto á la lengua de Voltaire." Francia tiene una cabeza, Paris; y ese es el cerebro del mundo moderno, laboratorio infatigable de nuestras ideas, taller de nuestros ensayos, escuela de nuestras enseñanzas, libro de nuestras consultas. Todo hombre tiene dos pátrias; aquella donde ha nacido y Paris. Todo hombre habla dos lenguas; la suya y el francés, que se estiende desde el Africa Septentrional á las Marquesas y llega á las islas de Sandwich. Francia es universal por su ciencia, por su literatura, por su movimiento, por su lengua, por su deseo de agradar, por sus modas y hasta por sus perfumes. Es universal sobre todo, por su espíritu de igualdad y el sentimiento que la guia á favor de la libertad

del mundo. Alemania, importantísima y grande, es un pueblo mortal. Paris es el laurel imperecedero de la civilizacion. Reducido á escombros, renacerá como el Fénix de sus propias cenizas.

La mirada de Germán durante el discurso de D. Pio, fué tomando el color vivo de la llama, y movido como por un resorte, se puso en pié con una copa de vino gritando:

—¡Viva la Francia!

No podia negar sus orígenes, era impresionable.

Es de advertir, que la esposa de D. Pio se levantó de la mesa para dar un abrazo al orador, con los ojos llenos de lágrimas.

IV.

Complemento de armonía.

Yo tambien tenia ganas de llorar. Nunca me he visto en el seno de una familia donde las corrientes de los afectos fueran mas íntimas. Allí todo era amor, todo era consideracion, todo era inefable respeto; inefable sí, porque el respeto que implica temor tiene mucho de humillante.

¡Oh amor! ideal de la vida, tantas veces viciado por el miedo y tantísimas otras corrompido por el interés!

Acababa de hacer un descubrimiento muy importante; ya no podia tener duda de que la felicidad es posible en la tierra. Y sin embargo, no sé por qué este descubrimiento me causaba dolor.

Ah! los goces sublimes solo existen en la region de la tristeza. Aquel transporte de amor, aquella esplosion de felicidad que arrebató á la santa esposa, no pudo hallar otro lenguaje que el de las lágrimas!

Y faltaba aún otro accidente de ternura en aquel interesante drama de familia, y es que la naturaleza en su expresion mas espléndida tomase parte tambien en tanta ventura.

Se habia servido el almuerzo en el bello jardin á la sombra de los naranjos. Los aromas de las flores embalsamaban el aire. Una bóveda cristalina de límpido azul formaba el majestuoso dosél de aquel trono de suprema felicidad. Las aves componian la orquesta del convite delicioso.

Levantados los manteles se puso sobre la mesa á disposicion de la señora el servicio del café para que hiciera los honores al néctar del Profeta. Los criados abrieron las jaulas y todos los alegres prisioneros salieron volando. Era encantador verlos en su movilidad rápida saltar de las copas de los árboles á la mesa, á los hombros de mis comensales y venir á comer á la mano llamados por sus nombres. Parecia aquel recinto un paraiso civilizado.

¿Será, por ventura, el secreto de la felicidad la ausencia del miedo?

Y si se puede inspirar cariño y confianza á los pájaros ¿por qué se derraman los recelos y las envidias entre los hombres?

¿Quién es el pérfido que vino á sembrar la zizaña?

Ah! preciso es aquí doblar la hoja.

Estábamos sobre la falda de un volcan en dulce reposo. Impotentes contra el formidable enemigo, bañaba nuestros rostros la sonrisa apacible de la aurora. Lo pequeño resiste á lo grande. Todo lo puede destruir la lava devoradora, menos la inocente semilla. ¿Quién fecundó aquella cepa de Lacrima Christi, cuyos jugos sabrosos bebíamos? ¿No fueron las cenizas calcinadas del Vesubio?

V.

Mucha era la curiosidad que sentia por conocer aquello que D. Pio llamaba su tesoro. Era sin duda de valor estimable, cuando en tanto lo apreciaba un hombre de talento. Pero no me atreví á hacerle ninguna indicacion sobre el particular.

Mas sea que D. Pio adivinase mi deseo ó que lo tuviera mayor de mostrarme el tesoro, es lo cierto, que despues de reposar el almuerzo, me condujo con sus dos hijos y Germán al misterioso aposento.

La recomendacion de Brochefranco,—me dijo—es muy espresiva y me obliga á tratar á usted como amigo. Brochefranco lo es de toda mi predileccion; le debo señalados favores, y sobre todo, muy sábios consejos. Además, no soy avaro, y quiero, que las personas de mi estimacion, se aprovechen, en cuanto les convenga, de mi tesoro. Es el resorte de mi felicidad y deseo que todos los hombres sean dichosos empezando por mis amigos.

Tengo el mas profundo convencimiento de que las desgracias humanas surjen de los defectos de educacion, por lo ménos ellos determinan las desdichas comunes. Este pequeño archivo se reduce á una coleccion de antecedentes de familia que constituyen otras tantas lecciones de experiencia.

Este álbum, índice ó registro de esos datos, comienza con una estravagancia á manera de prólogo; una fábula que me he permitido escribir. No estrañe á usted la rareza. Los italianos todos somos muy aficionados á los apólogos y á las metáforas, en particular los naturales de esta zona. En la pátria de los Virgilios y de los Metastasios, todos tenemos humos de poetas. Permitidme la lectura de esta ligera introduccion.

La albahaca.

Junto á jarales de espinas
que cercan á tristes ruinas,
en rota bóveda opaca,
tus manos alabastrinas
cultivaron una albahaca.
Con donaire peregrino,

por caprichoso destino
allí la planta brotó
sin arroyo cristalino,
y allí tu amparo encontró.

Su tierno tallo infantil
entre dos piedras nacido
con donosura gentil,
tan solo hubiera vivido
los treinta dias de abril.

Con maternal sentimiento
le diste á su filamento
entre las piedras holgura,
y en ley de agradecimiento
tomó la planta su anchura.

Pasó abril, y pasó mayo,
el mes de las flores gayo,
sin vendabal ni tormenta,
trueno, pedrisco, ni rayo,
y mas nutrida se ostenta.

Sin que la agoste el estío
ni el invierno la destruya,
resiste el calor y el frio,
para brotar con mas brio,
como diciendo—soy tuya.—

Y en prueba de gratitud,
paga con ricos perfumes
tu amante solicitud,
para que restes y sumes
de las plantas la virtud.

Correspondiendo á tu trato,
sin corazon ni cabeza,
cumple la ley del contrato:

"¡que solo el hombre es ingrato!
"mas nó la naturaleza."

—Comprendo bien la intencion del apólogo,—dije á Don Pio,—y tambien la calidad del registro á que sirve de introduccion. Sin duda, amigo mio, ha sido usted educado por la dureza social.

—Mi buen padre,—añadió Don Pio,—amaba mucho, mas nunca supo esteriorizar su sentimiento. Era un señor modestísimo, pero tenia vanidad estremada por una sola condicion, la severidad. Decir:—Don Cosme nunca se rie,—era el elogio verdaderamente satisfactorio que podia hacerse de su persona. Estaba rico, tenia la primera casa de banca en Nápoles en los tiempos ya mas felices en que comenzaba á ponerse en práctica la teoría del crédito. Mas aún que los negocios mercantiles, los que hacia con la corte, proporcionaban á mi buen padre en la localidad grandes influencias. Tenia muchos favorecidos, pues aunque siempre decia que nó, jamás dejó de servir á cuantos se le acercaban. Muy mal sistema, porque la sociedad traga suavemente un veneno administrado en almíbar y no soporta un beneficio hecho con malas formas. Mas lo que perdia en simpatías lo ganaba en respetabilidad, mientras era necesario.

El mismo procedimiento seguia mi padre en los asuntos de la vida íntima. Me adoraba, deseando satisfacer todos los caprichos de su hijo único. Pero siempre se negaba á mis indicaciones, dando lugar á que se interpusiera mi madre, con lo cual fomentaba mis reservas y retraimiento. Algunas veces decia á su esposa:—Ese niño nada pide, sin duda necesita mucho; indaga, esplora, averigua su deseo.—Por otra parte exigia que ante su respetabilidad se produgera toda solicitud. Mi madre me comunicaba la confidencia, y yo tenia que acudir á él ¿para qué? para que me digera con rostro severo:—Nó.

Confieso, que no he querido á mi padre hasta despues que se ha muerto, porque, falto de experiencia, no he sabido estimarle en su verdadero valor.

El hombre, que fácilmente se alucina por el brillo de un falso esmalte, nunca sabe apreciar un corazon en bruto.

De todas maneras, mi padre era una respetabilidad.

Hasta que, arruinado por la quiebra de una casa de Lóndres, se vió en la precision de suspender pagos.

¿Quiénes fueron los que le persiguieron y menospreciaron? Sus mayores protegidos, aquellos mismos que hacian lenguas de su respetabilidad. Y no le salvó entregar á los acreedores honradamente sus bienes, y con esceso de generosidad los de su mujer.

—La pobreza, no es desgracia, ni es deshonra—dijo el jóven sensible.

A lo que replicó el primogénito:

—Pero son las mayores desdichas las humillaciones que acarrea.

—Allí dió fin—dijo Don Pio,—la respetabilidad de mi padre, y la preocupacion sombría durante un año le acabó!

Quedé huérfano, mi madre viuda, y los dos arruinados. Todos los protegidos honraron la memoria de mi padre con desdenes á su familia. Mi madre encontró amparo en una señora rica, con la que nunca habia tenido relaciones de amistad; y auxiliada por ella, que formó una asociacion de beneficencia, pudo mi madre encargarse de dirigir un colegio de niñas y atender á las necesidades de mi carrera profesional, hasta que logré el diploma de médico.

Esos cuadros que vé usted ahí, son las cuentas claras de mi padre, único testimonio fehaciente que resta de su respetabilidad: por eso las he orlado. Este libro es una recopilacion de todas las insolentes defecciones de que fué víctima un hombre honrado.—

Examiné el libro y dije á Don Pio Faliero:

—No es este un diccionario de curiosidades, es un repertorio de grosera educacion y muy mal entendido interés. Al deudor honrado es de interés bien entendido ayudarle, porque solo levantándole pueden sus acreedores por completo cobrar. En la naturaleza no hay nada contradictorio. Los intereses materiales se desarrollan paralelamente con la moral. Cuando aquellos se equivocan, la moral queda lastimada. Cuando la perfidia triunfa, aquellos resultan perjudicados. Solo la corrupcion puede acarrear la miseria á los pueblos. La persecucion del deudor de buena fé implica su ruina perpétua, y el acreedor obcecado, tiene que dividir las existencias con un tercero que no figura en los libros, la curia.

—Tiene usted razon,—dijo el primogénito de Don Pio.—El Estado no puede vivir sin impuestos, pero cuando quiere imperar triturando á los contribuyentes, solo realiza la fábula de la gallina de los huevos de oro.

Amigo Don Pio,—repuse á mi vez—encierra este aposento una gran curiosidad, un tesoro efectivo, pues si todos los hombres hicieran archivo de las lecciones de su experiencia, podrian como usted, establecer la paz y el órden en la familia. Confieso que salgo de esta casa enseñado, y en prueba de mi gratitud, quiero dejarle un pequeño recuerdo de mi visita para que le coloque en su escaparate de mineralogía. Hé aquí dos ejemplares notables, que con otros, he recogido en las cumbres de Mont-Cenis.

Y le regalé un Lucurius, que es la belemita moderna, y una Pectinita que tenia la particularidad de ser infundibuliforme.

Mucho me agradeció mi hospitalario amigo aquel insignificante obsequio.

LIBRO TERCERO.

LA RUEDA ETERNA.

I.

Pompeya.

Atolondrado de recorrer tantos espacios llenos de vida, es razonable dedicar un momento de consideracion á la muerte, misterio insondable de transformacion eterna!

¡Terrible teger y desteger de la naturaleza que arrebata á los seres en torbellino incesante!

No quiero acercarme á la mansion de los muertos preparada por la mano del hombre, donde la pueril vanidad consagra á la memoria, tal vez de los peores, un geroglífico adulador. No vengo á visitar los túmulos de los héroes; las sombrias pirámides, tumbas insolentes de los poderosos; ni los mausoleos, sepulcros irritantes de los Sátrapas y de los Magos, ostentoso contubernio del respeto á las miserias de la muerte y el orgullo por las riquezas de la vida.

Adelanto mis trémulos pasos en un vasto y dilatado cementerio de cadáveres innominados, que solitaria y silenciosamente duermen una prolongada noche de diez y siete siglos.

Estoy en una ciudad muerta.

En otro tiempo aquí vivió la alegria y la belleza derrama-

das á las orillas del Sarno en estension de mas de una legua. Municipio independiente regido por leyes propias bajo la dominacion de Augusto, segun testimonio de Vetrubio. Seguro puerto espacioso que podia recibir una armada, elogiado por Tito Libio y por Floro. Centro comercial de Nuceria de Nola y de Atella. Las ólas que besaban con sus blancas espumas los muros de la ciudad, han sido rechazadas una milla por la lava del Vesubio. Allí, desde las murallas, sus habitantes fueron testigos de aquellas bárbaras escenas de desolacion que consumó el feróz tirano Sila en la fértil Campania, pais el mas hermoso y privilegiado de la tierra. El tremendo dictador que entregó al inaudito saqueo el pueblo de Estabia, se detuvo temeroso ante las torres almenadas de Pompeya y trató con los decididos defensores de su independencia.

Sin embargo, Pompeya no ha dejado ningun recuerdo de celebridad. Su historia comienza siete siglos despues de su muerte. En vano la llaman célebre Séneca y Tácito, que acaso de ella no se hubieran ocupado sin la necesidad de hacer referencia al terremoto de 63 que destruyó parte del Foro y del Teatro.

¡Despues!.... ¡Todo desapareció por la catástrofe sepultadora del año 79!

Sumergida quedó Pompeya juntamente con Herculano en la noche de los siglos, hasta que tuvo lugar su descubrimiento á consecuencia de las escavaciones practicadas por el Príncipe Elbeuf de la casa de Lorena. ¡Tremendo sueño de 1627 años!

¡Página muda, pero página elocuente! Sepulcro vivo de enseñanza inmensa!

Quiero, Pompeya, evocar tus sombras, y penetro en tu recinto por el anfiteatro de figura oval estendida sobre cuatrocientos piés de diámetro en lo ancho y trescientos quince

en lo estrecho, desde cuyo pavimento de lava veo de frente el Vesubio tu implacable enemigo, y mas allá Estabia, la embocadura del Sarno y la magestuosa bahia de Nápoles. ¡Triste balcon desde el que, los espantados pompeyanos contemplaron el pavoroso cataclismo al dia siguiente de haber aplaudido en el propio lugar á Terencio y Eurípides!

Volviendo el rostro, descubro la vía Domiciana; á la derecha la casa de Pansa rodeada de tiendas; en frente una fuente; la casa de Fortunato, y á la izquierda una farmacia. Detrás de la fuente, alcanzo á ver un *ternopolium*, llamado "Taverna Fortunata," segun su inscripcion, donde se servian bebidas calientes. Veo mas lejos dos arcos de triunfo en la calle Consular, uno con el nombre—Q. Salustio y el otro de Cuspio Pansa. Allí se abre la espaciosa calle de Mercurio con treinta piés de anchura, estension de considerable tráfico, cuajada de tiendas, con aquellas inscripciones por las que, los mercaderes imploraban la proteccion de los Ediles y Duunviros. Allá está el vasto almacen de artículos para el servicio y consumo de la marina, titulado "El Navío," con la entrada principal por la calle del Arco y otras dos por la de Mercurio. Acullá el templo de Vénus, con un pórtico imponente por sus multiplicadas estátuas y un peristilo de seis columnas de frente y once de costado. Y luego las termas, cuyo uso consideraba Séneca indispensable para la conservacion de la salud, única medicina conocida, segun Plinio, durante seiscientos años. Y la plaza Fulónica, rodeada de tiendas, habitaciones y almacenes. Y los molinos movidos por hombres miserables con estas inscripciones SILIGO GRANII y en otros E CICERA, que á juicio de Barthelemi designaban la clase de harina de que los panaderos hacian uso. Y la casa de Salustio, mas elegante que la de Pansa; y la de C. Julio Polibio que habitó bajo el nombre de Fedro, huyendo de las persecuciones de Tiberio. Y despues la del *poeta*

dramático, llamada Homérica; y sobre la vertiente de una colina, el Odeum, distribuido con capacidad para mil y quinientos espectadores.

Pero ¿dónde están los habitantes de la ciudad populosa? Por todas partes les busco y no los encuentro. Llamo y no me responden. Huyeron de la catástrofe, mas no pudieron salvarse. La lava encendida les atajó sobre la superficie oscilante del mar, poniendo en fuga á las olas. Algunos pedazos de cráneos, rotos por las piedras que hasta mas de una libra de peso el volcan vomitó, me atestiguan la presencia del hombre. Todo quedó sepultado bajo un diluvio de calientes cenizas. Las materias volcánicas cerrando las puertas á la humedad, han conservado este vasto sepulcro. Los edificios se muestran intactos; las pinturas al fresco, ostentan sus vivos colores; el mosáico luce su brillo primitivo; las estátuas de bronce representando á Hércules, Júpiter, Pálas y Mercurio, profusamente distribuidas en el dintel de las puertas, en las entradas de los jardines ó sirviendo de linderos á las heredades, aparecen sin mutilacion. ¿Qué revolucion es esta conservadora de las cosas, fecundante de la tierra, que solo hace pedazos á los hombres ó les arrebata para sepultarlos en el silencioso y profundo seno de los mares? ¿Qué tempestad incandescente es aquella que rompe en occéano de fuego para producir tan horripilante naufragio? ¿Qué mónstruo es ese Vesubio, que, con muestras de hipócrita reposo, no deja de sus estragos mas que la vaga memoria que ligera y confusamente traza Diodoro de Sicilia, treinta y ocho años antes del terremoto y cincuenta y cuatro de la catástrofe con el intermedio de diez y seis años de tranquilidad engañosa? ¿Qué borrasca inaudita es aquella que se derrama en cenizas hasta el Africa, Siria y Egipto, con alarma y sorpresa de Constantinopla y profundo terror de Roma cubriendo la luz del sol como en un prolongado

eclipse y que sostiene las mas pavorosas impenetrables tinieblas por un dia entero? ¿Qué vertiginosos espásmos son esos que reproduce el gigante, uno por cada cual de los siglos III, V, VI, VII y X, dos por el XI y otros tantos por el XII, uno por el XIV, y otro á fines del XV, cuatro por el XVII, veintitrés por el XVIII y trece por el actual que alcanzan al año 1834?

¡Oh Pompeya, víctima de la fuerza, testimonio vivo de muerte, que hablas con tanta elocuencia al pensamiento sin pompa religiosa ni vestigio tampoco de vanidad profana!

II.

Acervatim interire, occumbere.

Héme aqui, en medio de este vasto sepulcro; héme aqui acompañado de Don Pio y su hijo el sensible, de Germán y dos criados portadores de algunos fiambres para reparar nuestras fuerzas. Héme aquí registrando el interior de aquellos edificios desamparados, dónde no se encuentran vestigios de hogar, circunstancia que acredita la costumbre romana de servirse de braseros. Héme aquí contemplando los nichos practicados en la pared para reposo del cuerpo, con las huellas de los piés en el muro; la fuente seca, rozada su piedra por el apoyo del brazo; los frescos que han hecho famosa á la casa llamada de las Bacantes; las columnas acanaladas del Forum, revestidas de estuco, pintadas de amarillo y encarnado y dos en cada galeria de azul; el cuadro célebre que representa á Perseo, quien para satisfacer sin peligro la curiosidad de Andrómedes le enseña el horrible rostro de Medusa reflejado por el agua de una fuente; las pinturas de los enanos en lucha ó en juego con enormes cocodrilos; allí la figura de Héctor atado al carro de Aquiles; aquí la de Aqui-

les en plática con Agamenon; mas allá la de Baco con un tirso y un vaso en la mano y la de Sileno enseñándole á tocar la lira; adelante la ninfa que pesca un amor con otras tres á su lado y en el gabinete de la taberna los dos carros de cuatro ruedas cargados de vino, uno en actitud de descarga y el otro tirado por un par de bueyes; todo esto en la mas perfecta conservacion. Solo del hombre no quedan mas que osamentas, con profanacion artística trasladadas en su mayor parte al museo.

En la casa de las Vestales se encontraron dos esqueletos de un hombre y un perro, junto á varios de mugeres, y luego diez mas con pendientes, brazaletes, collares y sortijas, y despues una linterna de bronce. En una sala del pequeño teatro, se halló otro esqueleto de un hombre apoyado sobre una mesa de mármol, y delante un plato lleno de espinas de peces.

Eran muy hondas las impresiones que sentia á la vista de tantos objetos tristes, mudos anales de una historia verdaderamente escible, para que hiciera reparo de la sensacion que se dibujaba en los rostros de mis acompañantes.

Habíamos recorrido casi todas las calles de Pompeya, penetrando en la mayor parte de los edificios, cuya descripcion aqui no hace al caso porque no es objeto de estas leyendas, y nos hallábamos en la calle de los Sepulcros, á la entrada de Herculano, en el arrabal llamado Augustus Félix, cuajado de tumbas. Allí se presentó á nuestros ojos un espectáculo desgarrador; la osamenta de un hombre con lanza y casco, soldado fiel que supo morir en su puesto, sin que el terrible diluvio de abrasadas cenizas determinara su fuga, y mas allá, junto á unos removidos escombros, los esqueletos de una madre á quien el furor formidable del sacudimiento volcánico no pudo arrancar de su pecho al pequeñuelo de sus entrañas, ni separar de sus brazos dos hijos mayores.

Un sudor frio heló todo mi cuerpo al tiempo mismo que oí un grito agudo detrás, y volviendo la cara, ví á Germán desplomado en el suelo. No quise prestarle auxilio para que recobrase el conocimiento dentro de la ciudad desolada, y dispuse que los criados le trasladasen fuera del recinto donde otros quedaron con las calesas, y de allí le trasportáran á casa. El hijo de Don Pio le acompañó. No sé que vertiginoso aturdimiento me causó aquel aturdimiento, pues bien comprendia la razon determinante del efecto terrible que la presencia de los cadáveres produjo en el jóven, bajo el influjo de la preocupacion por la suerte de su madre que hasta en sueños le dominaba.

Con inciertos y precipitados pasos me aparté del funesto espectáculo, no sé cuanto, ni hácia donde, pero de repente me ví detenido por un cuadro doloroso y tiernísimo que presentaban los esqueletos de dos amantes estrechamente abrazados.

Lancé un suspiro profundo; tal vez mis piés vacilaron, pero Don Pio, sin articular una sola palabra, me presentó el apoyo de su brazo, y precipitadamente nos internamos en la tenebrosa mansion de Herculano.

III.

Meditacion en la tumba.

Rogando á Don Pio que no encendiera la linterna, allí me senté envuelto en las sombras. Hay momentos en que hace daño la luz. Los ojos estaban mas adoloridos de mirar que los piés de moverse.

Yo sabia, que me hallaba sumergido en una tumba, no como la que acababa de recorrer profanada por los rayos del sol,

sino protegida por la magestad de las tinieblas. Yo sabia, que aquel pavoroso sepulcro encerraba mayores bellezas artísticas que Pompeya y particularidades mas apreciables que rompian las tradiciones romanas, como por ejemplo los fogones con chimeneas para dar salida al humo, hoy completamente cegadas. Yo sabia, que sus calles eran anchas, espaciosas, tiradas á cordel, con altas aceras, en una de las cuales me hallaba sentado. Yo sabia, que una de aquellas vias, ornamentada de columnatas, conducia á dos templos suntuosos. Yo sabia, que la ciudad muerta, era rica en mármoles de varios colores y en profusion de estátuas, entre ellas las nueve musas de bronce que adornaban el proscenio del teatro, revestidas sus paredes de mármol de Paros. Yo sabia, que en el Foro se ostentaban las marmóreas estátuas de Vespasiano y sus hijos, y tambien las de Neron y Germánico, como la de Arístides hallada con ochocientos Pápirus en la casa que tomó este nombre; y en otro lugar las dos ecuestres en bronce de los Balbos. Yo sabia, que aquel tenebroso sepulcro, era abundante en pinturas, vidrios, medallas y bustos, y que, en el registro de sus rincones, pueden estudiarse las costumbres de su vecindario, hasta por los utensilios de tocador de las damas.

Pero no fuí á Herculano con intencion de practicar un nuevo registro, sino de entregarme á profundas meditaciones de cierto género.

En esta ocasion, buscaba la oscuridad impenetrable de la ciudad tenebrosa; queria respirar con trabajo su atmósfera cargada; era mi deseo, sentir la pesadumbre de su bóveda. Es necesario alguna vez, abrumar el ánimo y atrofiar el corazon para engrandecer el pensamiento. Pensar con los muertos, ver en las tinieblas, comunicarse en la soledad, equivale á penetrar el misterio. La imaginacion rasga los velos de la muerte, anima los cadáveres y hace hablar á las

piedras. Con la linterna, veo las calles desiertas; pero en la oscuridad, me siento rodeado de aquellos millares de habitantes sepultados por tan prolongada sucesion de generaciones.

Hé aquí un pueblo, que lleno de risueñas esperanzas se divierte, estendiendo sus miradas sobre valles cubiertos de verdura, protegido por un cielo límpido y sereno que preside un sol radiante de luz y de vida; un pueblo que se entrega confiado á los placeres, que asiste á un espectáculo de gladiadores derramando torrentes de gozo.

Hay, sin embargo, algun triste, pues no falta jamás un testimonio de dolor en la tierra, pero cuyos gemidos ahogan las carcajadas de la muchedumbre.

Cayo Régulo tiene un hijo, Julio Flabio. Cayo Régulo es un ciudadano que fué rico, que está arruinado y que nunca dejará de ser ostentoso. El botin de la guerra lo ha disipado en el juego, mas, por contrato de usura con prenda pretoria, dá todavia convites á los amigos. Por esta razon ha entregado en *noxa* su hijo menor Julio Flabio al poderoso Tito Marcelo, abusando en postrimerias de aquel *jus quiritium* del antiguo derecho. Tito Marcelo tiene una hija, la hermosa Lépida, mas bella aún de corazon que de rostro.

Tito Marcelo persigue una dote porque es ambicioso y soberbio, y se ha declarado enemigo de los amores de Lépida con el mísero Flabio, sujeto á su cruel servidumbre por desórdenes de Régulo corrompido.

Lépida llorosa es conducida á la fiesta, mientras Julio queda amarrado á una columna en el interior de la casa de Tito.

El pueblo se agolpa, se apiña, arrempuja y codea para tomar puesto en el espectáculo, y entre aullidos y gritos y aplausos y risas, comienza la lucha.

La antigua ciudad confederada, colonia despues de la guerra mársica, segun acredita la inscripcion consagrada á L.

Munacio Concesano que se halló en la Torre del Greco, se entrega sin reserva á la mas descompuesta alegría.

De repente se oyen precipitados mugidos como si un tremendo gigante sufriera tortura en las entrañas de la tierra, á los que siguen pavorosos relámpagos y truenos, rompiendo la cumbre de la montaña en un torrente de vapor que por instantes se hace luminoso. Sigue una llúvia de fuego lanzando peñascos ardientes y corren mares de lava en olas turbulentas que llenan los valles. Una inmensa columna de humo invade la region de los vientos tomando la forma de un pino, y muy pronto el gólfo se cubre de espesas tinieblas. Rompe un diluvio de ceniza y arena que se estiende á muy larga distancia, acompañado de rugidos terribles, y la tenebrosa oscuridad no se rasga mas que por los rayos y globos de fuego que lanza el abismo.

La popular alegría se trueca en espanto y la muchedumbre fugitiva, como la lava se precipita en oleage de carne. Dislocados, magullados, despachurrados, hombres, mujeres y niños forman la masa de aquella confusa corriente, que tiene tambien su rugido en los gritos de dolor y de miedo, remplazo terrible de las risas y aplausos. Los mas fuertes llegan al puerto y se apoderan de los botes; otros se arrojan á nado; alguno flota en la oscuridad sobre un pedazo de tabla. El mar silencioso y sombrío parece participar del terror de los hombres, que despavoridos encuentran en su seno la muerte alcanzados por las olas de fuego.

—¿Dónde está Lépida?—

Hechas pedazos las ropas y desgarradas las carnes corre como fantasma en medio de las tinieblas. Llega á la casa paterna, y un globo de fuego ilumina el recinto. Descubre á su amante, desata los nudos que amarrado le tienen y se arroja en sus brazos. Aquellos dos tiernos corazones, se juntan, se comunican y se confunden. ¡Oh seres oprimidos que

la catástrofe hizo libres para morir enlazados! Lo que la feroz arbitrariedad de los hombres puso empeño en separar, lo junta naturaleza en hora solemne. ¡Tremenda noche de boda que ofrece la tumba por lecho nupcial!

Aquella historia de interesante y conmovedora ternura, no tiene mas que una página, un latido, un transporte feliz, el momento fugaz de la muerte!!

IV.

Abajo y arriba

Yo sentí correr mis lágrimas.

La ley del universo es el amor; oprimido, perseguido, castigado por los hombres. Así la naturaleza se vé corregida, enmendada y remplazada por la sempiterna ficcion de derecho, que bajo todas las formas traza la mano del déspota inspirado solo en la vanidad, á impulso del instinto siempre salvage de dominacion!

Y no reflexiona jamás, que en su cobarde fuga, le ataja la ola de fuego hasta sobre la superficie misma de las aguas.

Mientras dura su triunfo pasagero, rie y alborota.

—¿Qué ruido conmueve la bóveda de esta silenciosa y veneranda mansion de los muertos? Ah! arriba está Portici; allí la luz y la vida; allí se rebullen las gentes y ruedan los coches; allí está el alcázar y tambien el parque y el pequeño puerto Granatello; aquí los sepulcros vacíos.

Debajo de Pompeya hay una ciudad sepultada; sobre Herculano se levanta Portici. Los sacudimientos volcánicos no causan terror definitivo á los hombres.—

Estas últimas meditaciones las traduje en palabras articuladas, y cuando absorvido en mi propio pensamiento me

creia solo, oí una voz clara que me daba respuesta. Era la voz de Don Pio.

—Reside aquí en toda su fuerza el reino mineral que es un principio de nutricion, ley suprema de vida.

Envuelto estaba en la sombra y sin embargo cerré los ojos para oir mejor. Me parecia escuchar á los muertos.

Don Pio reposadamente dijo:

—Por nutricion de moléculas se construyen las nebulosas; primera forma que toman los cuerpos. Allí están los gases y los ácidos, que son la materia esplosiva. Allí por nutricion se reproducen los fenómenos de condensacion, dilatacion y enrarecimiento. Allí tambien se amontonan los vapores, liquidándose y solidificándose por ese eterno teger y desteger de la naturaleza. De este modo se forma el reino mineral, base ya sólida de todo movimiento y orgánica vida, nutriéndose por igneas corrientes. Despues se derrama en rios de fuego, fecundantes de vejetacion. Brota el reino vejetal nutrido de jugos que chupan las raices, nutrido de gases que absorve de la atmósfera. El tiene un sistema venoso por donde corre la sangre; tal es la *sávia*, secreto resorte de vida que sostiene el paso constante del estado líquido al sólido y á la inversa. Aparece el reino animal dotado de fibras cilíndricas por donde se verifica el riego de la sávia; tal es la *sangre*, que sostiene el incesante movimiento de los estados sólido y líquido. Torbellino de moléculas en proporciones dinámicas, y cambio reciproco de gases en transformaciones químicas: hé aquí la nutricion. El equilibrio determina el perfecto estado de sanidad en el ser, cubierto de tegidos VEGETATIVOS, y dotado de movimiento por contractibilidad de los músculos, y de sensibilidad por la delicadeza nerviosa. Así la salud solo puede pertubarse por corrupcion ó fermentacion de materias orgánicas. La corrupcion es absorvente, y destruye; la fermentacion es escitante de vida, y transforma.

El viento corruptor Simoun agosta la vegetacion y derrama la muerte. El Volcan es un hervidero que fecundiza y renueva la vida. Por eso no es esta comarca un sitio de soledad y abandono, sino de insistente renovacion.

Guardó silencio Don Pio y sin abrir los ojos murmuré:

—¡Ah! Debajo de Pompeya, otra ciudad muerta; encima de Herculano, Portici viva. Pero esta sucesion de generaciones ¿deja algo?

Don Pio con voz breve contestó á mi pregunta:

—Cuatro fechas que determinan el progreso de la libertad: primero los Samnitas, luego los Romanos, despues los Carlovingios, ahora los Piamonteses.—

Me levanté enagenado diciendo:

—Me reconquista la vida; abandonemos el seno de la muerte; aún hay mucho que hacer por la humanidad!

Y gritando:

—¡Quiero luz!—me lancé fuera de Herculano.

V.

Lazo de amistad.

Durante la cena de aquella noche, en el jardin de mi huésped, que para obsequiarme hizo iluminar con farolillos de colores, tuve una verdadera compensacion de placer. No he conocido una familia mas apreciable ni mejor ordenada.

Antes de servirme la cena, tocó la niña el piano con admirable inteligencia. Era una perfecta organizacion dispuesta y preparada para el arte.

Ella, estaba en la sala; nosotros, en el jardin.

Es inesplicable la impresion nerviosa de sensibilidad esquisita, de dulce tristeza y de ternura indefinible, que produ-

cen las notas del sublime Chopin, oidas á distancia, en la noche callada, debajo de los árboles.

Tenia razon Brochefranco, aquella familia era digna de estudio.

Aficionado Don Pio á reducir sus ideas á fórmulas muy sencillas, en recuerdo de buena amistad que he sostenido y conservo por correspondencia cariñosa, me hizo aquella noche el siguiente

Apólogo.

El rojo sol tocaba
las cumbres de occidente
y el árabe caballo relinchaba
libre, vagando por sendero incierto,
batiendo con su casco reluciente
las tostadas arenas del desierto.
Mas de repente mira, vé delante
su sombra, y endereza
su cuello, y su cabeza
descarnada levanta, sopla, tiende
su blonda cola y sus rizadas crines
al raudo viento, y su carrera emprende
dejando atrás confines y confines.
¿Adonde vá? Ya pasa
el desierto, y las calles
de la ciudad golpea, y de los valles
pisa la verde alfombra
corriendo en pos de la creciente sombra.
—¡Un abismo!—La tierra se oscurece;
el bruto sigue su carrera ciega;
la sombra crece y crece;
muere la tarde en plácido reposo;
él se acerca al abismo, avanza, llega

y cae, y el seno de la sima abierto
recibe silencioso
al rápido caballo del desierto.
. . . . . .
Allá en un pueblo que la historia nombra,
lo que he contado me contaba un viejo
y añadia despues este consejo:
Corre en pos de la luz, no de la sombra.

Con un abrazo y algunas lágrimas me despedí de Don Pio, embarcándome al dia siguiente en compañía de Germán para Marsella.

QUINTA PARTE.

CEREBRO Y MUNDO.

LIBRO PRIMERO.

CANTIDADES VARIABLES.

I.

El volcan.

—¡Les voyageurs pour Paris! A la voiture!!—

Este grito de tantos recuerdos agradables para mí, repetido esta vez en la estacion de Marsella, profundamente me impresionó. ¿Es posible que un tren de vapor, sobre cadáveres, triturando la locomotora los huesos de los héroes, sin descarrilamiento nos lleve á la villa incendiada? ¿Acaso el volcan no ha estallado con un doble cráter en Berlin y en Paris? ¿Sin duda los tumultuosos torrentes de lava inundando los campos de Francia, no sacudieron con sus calientes cenizas los muros de la Villa inviolable? ¿Por ventura, su estruendo pavoroso no ha derramado el terror en Europa? ¿Es solo un sueño agitado tanto desastre?

Sin embargo, el grito ha resonado bien claro y vuelve á decir

—¡Les voyageurs pour Paris! A la voiture!!

¿Tenemos seguridad completa? ¿estamos en perfecta normalidad?

Ni siquiera como los habitantes de Roma, necesitamos paraguas, porque ya no llueven cenizas.

Mas todavia se siente á lo lejos el rujido estridente de las ametralladoras y los ayes punzantes de algun moribundo, postrimeras señales del gran cataclismo.

¡Ah! por desgracia, no es un sueño tanto dolor!

¿Habremos de cegar y morir como Plinio sofocados por el humo de tan bárbaro incendio?

Casas derruidas; rotos fusiles y cascos; hechos pedazos los carros; aquí en monton los caballos muertos; allí los hombres mutilados; sobre una grieta, en horrible apiñamiento, todavia de pié, un grupo de cadáveres (1); tal es el vivo vestigio de la tremenda calamidad!

Mas no cubren el sol torbellinos de ceniza y de polvo, sino que ilumina este cuadro desgarrador la riente primavera donde mayo galano esmalta los campos de lilas y rosas y llena los valles de fresca verdura. Los hielos de la muerte se disuelven en gotas que absorven los rios y la naturaleza renace á vida más pura.

Los chorros de fuego fecundizan la tierra, depositando en sus capas superficiales materias regeneradoras. Como las inundaciones del Nilo con los detritus que arrastran sus aguas, las inundaciones del Vesubio y del Etna fertilizan los terrenos que invaden sus ólas. Saturados los manantiales de hierro y *sulfuro* (2) brotan en fuentes de salud y de vida. Crece la cepa y estiende el sarmiento al pié del naranjo en dulce armonia, y las plantas aromáticas levantando sus perfumes en alas de los vientos, remiten besos de gratitud al sombrío volcán. El romero y tomillo ofrecen delicado alimento á la abeja industriosa; las flores abren su cáliz para

(1) Detalle observado en la batalla del dia 18 de Agosto librada sobre la línea de Daucourt á Mars-la-Tour.

(2) Mezcla de carbono.

que libe su jugo esquisito la mariposa inocente; y las ramas pobladas de hoja y de frutos regalados, prestan asilo seguro y delicioso banquete á los pájaros. El buey, la oveja y el perro, el caballo y el asno, todo bajo la sombra protectora de los árboles, sonrie á la naturaleza sin protestas de rencores ni ódios.

¿Qué suprema sabiduría se derrama en el código del universo, tachonado, como el firmamento de estrellas, de leyes tan puras?

¿Por qué el hombre falsifica el derecho?

¿Es acaso, en su cruel destino, aquel nuevo Prometeo de Chateaubriand, que rodeado de máquinas y aparatos, solo puede producir la muerte?

¿Es tal vez un desgraciado, enjendro fatal del error, que escupe la armonia del universo?

¿Sin duda es la protesta de la vida que la naturaleza repudia?

¿O es en su razon menguada el escarnio escandaloso de la suprema razon?

Ah! qué hondas, y qué pavorosas preguntas!

Hiela y estremece poner el pensamiento en estos motivos.

¿Ha sido preciso crear una fuerza para contener á esta bípeda fiera? ¿Ha sido necesario llenar pomposamente los abismos de su ignorancia con sombras fantásticas de terror y de espanto?

¡Oh! qué idea tan pobre del humano linaje han concebido los hombres!

¡Escepticismo cruel derramado en todas sus manifestaciones, hijo vergonzoso del miedo, que ha llenado el lugar de los principios con aforismos, el de las leyes con fórmulas, el de las ideas con fábulas, el de los sentimientos con ídolos, el de las lecciones de la experiencia con adagios. Gime el Indio en su idiotismo, el Persa en su imbecilidad, el Chino en

su estacionamiento grosero, el Arabe y el Turco en su barbárie. Sobre toda esta dilatada estension de la tierra, el hombre no es hombre, es una bestia reglamentada. ¡Comarcas estériles de ideas sin penetrar todavia en los rincones salvajes!

Solo en Europa hay renovacion de instituciones, cambio y desarrollo de ideas, transformacion de costumbres, dignidad y adelanto. Solo en Europa hay luz, hay ciencia, hay vida, hay movimiento, hasta para lanzar el rayo y derramar sus hijos inteligentes y civilizados sobre las regiones de América!

¿Porqué?

Porque solo en Europa fermenta el cerebro humano, porque solo en Europa existe el volcan.

II.

El doble cráter.

El volcan humano tiene un doble cráter, Paris y Berlin. Estalló el fuego en las entrañas del mundo germánico, y respondió al sacudimiento en el corazon del mundo latino. La esplosion fué tremenda.

Considerada la historia frivolamente, la ciencia ha quedado burlada en sus protestas de paz, porque á pesar de haber sostenido que son imposibles las guerras, se ha visto que dos poderosos pudieron precipitar á los pueblos á una lucha formidable.

La ciencia no se ha equivocado mas que en la fórmula, anticipando un ideal de no muy lejano cumplimiento. La sangre purifica las ideas, como la lava fecundiza los valles. Ninguna transformacion moral se ha verificado en el curso

de los tiempos sin lágrimas y mártires. El mundo histórico, entrando en su edad jurídica, no puede renovar el derecho de valde.

Existía el fuego subterráneo por combustion de amontonados materiales.

Acusar las causas determinantes del choque terrible á la política personal de Napoleon y á las ambiciones de Guillermo que solo son motivos de órden muy secundario, equivale á reproducir aquellos insulsos razonamientos de Mariana, cuando dice:—Vencimos á los moros, porque Dios peleaba con nosotros.—Lo mismo repetia Guillermo á la reina augusta cuando tuvo lugar la sangrienta derrota de Bazaine.—Dios dirige nuestro ejército; hemos hecho una gran carnicería en los enemigos. ¡Alabado sea Dios!—Tal era el lenguage de ese rey imbécil.

Berlin es profundamente pensador; Paris ardientemente propagandista. Todo el calor cerebral de nuestros tiempos se reconcentra en ambas naciones. Alemania es muy grande y Francia es inmensa. Arranca de los dos pueblos el movimiento intelectual que ha de transformar nuestro mundo. Francia estaba muy engreida y Alemania muy potente. El choque era inevitable.

Las ideas y los intereses humanos en ebullicion tienen grandísima fuerza esplosiva. Francia ha realizado la igualdad contra la política de Gabio, no cortando las adormideras mas altas, sino elevando á las clases inferiores. Alemania ha desarrollado poderosamente la instruccion popular, y tiende á unificarse, porque aspira á ser libre. Como las irrupciones volcánicas, la guerra será fecunda en consecuencias. Entre otras, el derecho internacional se ajustará á mejores bases; Francia ganará en sensatez, lo que ha perdido en territorio; y la diplomacia no podrá ya ser el arte de engañar y comprometer á los pueblos por sutilezas de los gobiernos.

III.

El humano dolor.

Germán se estremecia en el coche y me apretaba las manos.

—Tiemblo, me dijo, por mi familia; tiemblo por mi madre.

—¿Dónde está Lépida?—murmuré para mi.—Hé aquí la victima. Esto es lo doloroso en los grandes sucesos, el detalle. Bajo este punto de vista considerada la guerra es una brutalidad; y la guerra civil entre hermanos, el esceso de la barbárie. ¡Aquellos que vivian juntos, se sentaban á una mesa y al calor de un mismo hogar, armados de puñal ó de espada homicida, rasgándose las venas y ulcerándose las carnes!

El contagio moral es mas frecuente que cualquiera otro contagio, y conforme nos acercábamos á Paris tuve ocasion de observar que Germán me habia pegado sus preocupaciones. Hacia calor y sentia frio, sobre todo en las estremidades, y noté que la piel se me habia puesto como carne de gallina.

—Estás muy nervioso,—dije á Germán.—Bueno seria que tomases una perla de éter.—

Y se la ofrecí desde luego. Pero quien tenia necesidad de administrarse el anti-espasmódico era yo. Germán no estaba en disposicion de apercibirse de mi secreto.

En la estacion de Valençe vimos una bellísima jóven loca, conducida por sus parientes, no sabemos á donde, la cual á los tres meses de casada habia perdido el juicio, buscando en vano el cadáver de su marido, oficial á las órdenes de Failly, muerto en las orillas del Mosa.

Por esa tendencia misteriosa de la imaginacion á enlazar las ideas menos relacionadas entre sí, me asaltó el pensamiento en forma de duda, de si iria Germán en vano, como

aquella desgraciada, buscando el cadáver de su madre. Hasta entonces habia combatido en mi pensamiento por inverosimil la preocupacion de Germán, y aunque no tenia un dato nuevo ni noticia ninguna de la familia, su funesta preocupacion comenzaba tambien á fatigarme. Hay no sé qué de pesado en la atmósfera de los tristes sucesos que abruma al cerebro.

Miré con dolor á Germán, y vi que dos lágrimas furtivas se desprendian de sus ojos, y como si fueran señales de acusacion y de ofensa, le dije enfadado:

—¿Por qué lloras? qué motivo tienes para estar aflijido, hombre ingrato? no te llevo á Paris á ver á tu madre?

Entónces fué cuando Germán rompió á llorar como un niño, y yo no me pude contener. Hé aquí la sucesion de dos ACTOS PRIMOS.

El corazon de Germán rebosaba en llanto, el mio tambien; pero mi presencia le habia contenido, como á mí me embarazaba la suya. Aquel chispazo de mi mal humor hizo reventar la mina, y el volcan del sentimiento estalló con doble cráter, porque nuestras recíprocas impresiones habian acumulado mucho combustible.

Son muy difíciles de esplicar estos fenómenos del corazon humano; pero es positivo que cuando las corrientes del sentimiento nos hacen participar del miedo ó de la tristeza de otro, nos incomoda que se manifieste, porque nos obliga á descubrirnos.

No queria que Germán comprendiera los recelos que me asaltaban, y cuando debia guardar el mas prudente silencio para conseguirlo, involuntariamente, por impulso irresistible del ánimo le acusé de ingrato.

¿En qué consistía la ingratitud?

Hé aquí un juicio humano incomprensible, donde condena el juez á la víctima querida, con pleno conocimiento de su

inocencia. Y sin embargo, la razon concibe bien que la lógica del sentimiento no se ha truncado.

Obligado Germán por la injusticia mia sacó del bolsillo un diario impreso, y ahogándose en sollozos me lo entregó por única respuesta. Era *Le Journal des Debats*, que en un suelto cercado con una línea de lápiz decia:

"Desde la mañana del domingo 28 un cordon espeso de "tropa forma delante del teatro del Chatelet. Allí se ha "constituido un consejo de guerra. De tiempo en tiempo se "vé salir un grupo de quince á veinte individuos, compuesto "de guardias nacionales, de paisanos, mujeres, y niños de "quince á diez y seis años cogidos con las armas en la mano, "ó cuya participacion en la insurreccion armada, estaba cla- "ramente demostrada por señales inequívocas. Estos indiví- "duos eran condenados á muerte. Marchaban de dos en dos "escoltados por un batallon de cazadores. Un escuadron di- "vidido en dos mitades, abria y cerraba la marcha. Este cor- "tejo seguia el cuartel de Gesons y penetraba en el de la "plaza Lobau. Un minuto despues se oia dentro retumbar "el fuego del peloton y las descargas sucesivas. Era la sen- "tencia del Consejo que acababa de cumplirse."

Atónito me dejó la lectura del suelto, pero pude decir balbuciente á Germán:

—Se trata de personas cogidas con las armas en la mano ¿qué tiene que ver todo esto con tu madre?

—Mi hermano era de la guardia nacional— dijo el muchacho con voz ahogada, y siguió llorando.

LIBRO SEGUNDO.

RIQUEZA NO ES FELICIDAD.

I.

La casa del Duque.

Estoy alojado con Germán en un pabellon de la casa del Duque de B..., gracioso y elegante Chalet de su propiedad, sito en los Campos Elíseos, desde donde veo á lo léjos los destrozos de las Tullerias, hace muy poco tiempo régia mansion.

Germán ha llegado enfermo á Paris y he podido, aunque con mucha dificultad, obligarle á recogerse. Procuro á toda costa evitarle una impresion violenta, y llego, para lograr mi propósito, hasta el abuso del grandísimo respeto personal que me tiene.

Por consideraciones de familia y vínculos de antigua amistad, contra todo mi deseo, resido en casa del Duque, donde se respira una atmósfera que me asfixia. Convidan el lujo y las comodidades materiales de pura esterioridad, pero aquel paraiso aparente es un suntuoso sepulcro.

La riqueza no resuelve la felicidad; á veces es su enemigo declarado. A muy elevada cifra monta la fortuna que mi amigo el Duque reune. Con la herencia de su padre, la hi-

juela de madre y la dote de su mujer, suma una renta anual de 1.825,000 francos, de los cuales se consume una parte en pagar intereses de acreedores. Los gastos personales de la señora Duquesa no bajan cada año de 490,000 francos, cantidad que casi duplica los productos de sus bienes dotales; y como no es muy versada en partida doble, dice en el seno de la familia, cuando se incomoda, sin reservarse de los criados, que ha desempeñado el capital de su marido y cuanto hay en la casa es suyo.

Aparte de estas pequeñeces domésticas, reina el reposo en aquel hogar, porque no hay lucha de afectos á virtud de que todo lo llena el hastío.

La señora Duquesa tiene distribuidas sus horas con una regularidad inquebrantable. Se levanta á las diez y á las doce la sirven el almuerzo en sus habitaciones. A las dos recibe un momento á sus hijos, una niña de nueve años y un pequeñuelo de siete. Despues emplea tres horas en el tocador y á las cinco pide el carruage. A su regreso, mientras se prepara el servicio de la mesa, dá audiencia á su marido, el cual, con toda ceremonia, siempre la saca del brazo para saludar á los convidados que esperan en los salones. Otro la conduce al comedor llegado el momento de anunciarse el banquete. Cuando comen fuera de casa, van juntos los dos felices esposos.

Este admirable sistema preventivo sostiene la paz interna, porque apénas hay momentos para reñir, y mucho menos tiempo para prolongar el debate, pues escusado es decir, que la noche la pasa la señora en el teatro ó en alguna reunion, donde luce sus galas y desempeña su papel oficial el marido.

No cabe duda, de que el gobierno de este reducido estado familiar es esplendoroso, y tiene, segun los buenos esposos se figuran, encantada á la muchedumbre, creyendo cándidamen-

te, que hay en el mundo estómagos agradecidos. Suprimir la discusion es cosa posible, pero es perfectamente ilusorio contener la murmuracion aún entre gentes que se estiman honradas. Por ejemplo yo, que despues de haber estado á mesa y mantel en casa del Duque, me permito criticar su conducta. Otros lo hacen con menos mesura, creyéndose en su perfecto derecho, pues jamás falta un título para pagar con desdenes la merced recibida.

Y no constituye esta defeccion inmoralidad manifiesta, porque tiene el corazon su instintivo criterio para valorar el sentimiento. Yo quedé muy agradecido al jorobado de Mont Cenis por la modesta cena con que me obsequió en su pobre morada, y no me causaba este efecto la espléndida mesa del Duque. Y es, que veia aquí el lujo, la ostentacion, el orgullo social; y allí la buena voluntad y el humilde deseo. Es necesario ser muy perverso para no estimar la sencillez y ternura de los afectos, para dar al olvido una familia como la de Don Pio Faliero; y es preciso ser muy santo para agradecer al Duque ningun obsequio de tamaña pomposidad.

Un gobierno de tan elevado presupuesto necesita sujetarse á grandes exigencias.

—Este Duque tiene desmedidas pretensiones y debia poner mas esmero en el servicio de su casa.

—Y tomar muy en consideracion la calidad de las personas que recibe á su mesa.

—El Jerez era deplorable; estaba encabezado.

—Algun resto de pipa que se echó á perder. Estos cosecheros lo aprovechan todo.

—Y compran lo mas barato, porque aquel Rhin no tenia nada de bueno.

—El pastel de Faisan estaba bien desprovisto de Trufas.

—Este buen hombre es un aristócrata que se deja esplotar por su mayordomo.—

Tal era la clase de diálogos que se repetian con mucha frecuencia por los convidados. Yo no me meto en cosas tan hondas, porque tengo suficiente con un filete de carne.

Así el ostentoso gobierno que arruinaba la hacienda del Duque, apesar de ser tan barato para los consumidores, era discutido de un modo implacable.

Los niños jamás se presentaban en el comedor, pues entraba en aquel sistema preventivo evitar que cometieran alguna inconveniencia, como tenian de costumbre, allá en las habitaciones interiores dirigidos por sirvientes.

II.

Periodo económico.

A la sazon se habia inaugurado en aquella casa una nueva era de economía disimulada.

Un suceso preparó la reforma y otro la determinó.

En la primavera de 1870 atacó al Duque una enfermedad eruptiva que la señora Duquesa consideró contagiosa. Solícita esposa diariamente se cuidaba de recibir noticias acerca del estado de su marido, y en prueba de acendrado cariño, le remitió una vez un vaso de horchata hecha por sus blanquísimas manos. Pero durante la convalecencia le obligó á comer con guantes casi toda la cuarentena.

Aburrido el Duque en su prolongada soledad, dedicó algunas horas al exámen de las cuentas de su casa y parece que no quedó muy satisfecho del resultado, porque se le vió suprimir algunos gastos supérfluos, como por ejemplo el sueldo de 25 francos mensuales que tenia asignados á un viejo portero que fué de su padre, entonces con cataratas; mandó que no se encendiera un farol colocado en el pasillo que conducia al cuarto de los lacayos; y regaló á un amigo suyo

un perro de Terranova, con lo cual ya no volvió á figurar en las cuentas la cabeza de carnero que todos los dias se compraba en la plaza para su alimento.

A veces es oportuna una enfermedad y este caso lo prueba, pues el desagradable suceso, determinó al Duque á tomar las espresadas medidas preventivas reservándose meditar una reforma económica.

Vino el sitio de Paris, otro suceso lamentable, pero muy oportuno, y se trasladó á Burdeos, y cuando regresó á la villa por el justo motivo de la calamidad pública, con protestas de su amor á la Francia, suprimió los convites.

III.

Antinomia fraternal.

Mucho se prestaba á mis meditaciones en la casa del Duque el recuerdo de su hermano, el jorobado de Mont-Cenis.

Hé aquí un secreto que el Duque ignoraba, sin que yo estuviera dispuesto á revelárselo jamás.—¿Para qué?—

Pero es lo cierto, que yo conocia á los dos hijos de un mismo padre. El uno, feliz en cuanto es posible serlo en la tierra. El otro, horriblemente desgraciado.

Ser rico y tener acreedores: vivir en su casa desnudo de afectos; hé aquí la suma total de la desventura

El jorobado en su pobreza, tiene el cariño y la solicitud de su esposa. Al Duque en su opulencia, le obliga su mujer á comer con guantes cuarenta dias.

Aún me acuerdo y nunca se borrará de mi memoria aquel vaso de leche servido de madrugada por la amable Franchesca.

El primogénito del viejo Duque es un pobre jorobado que ha servido de diversion al público durante su juventud, y sin embargo una mujer le adora y una niña le respeta.

Andar descalzo es signo cruel de miseria; pero aún es mas miserable que sentir el frio en el cuerpo, tener helado el corazon. El pobre puede ser redimido por el trabajo; la desnudez puede vestirse hasta por obra de caridad; mas es de todo punto imposible restituir el calor de la vida al cadáver. ¿Qué fuerza misteriosa logra la renovacion del manantial del sentimiento agotado?

Ved ahí dos hijos de un mismo padre:

El primogénito, ignorado, abandonado, estropeado, socorrido por infelices, objeto de diversion para la muchedumbre, y que, por la dureza social educado, aprende sin rencores ni odios á deletrear esas magestuosas páginas del libro de la naturaleza.

El segundo, envuelto en batistas festoneadas de encaje, mimado, adulado, engreido, disponiendo de grandes riquezas, sin que pueda jamás distinguir la virtud generosa del hipócrita interés, la amistad del egoismo, el amor de la vanidad, las simpatias espontáneas de los servicios comprados, resplandeciente por fuera y seco y despedazado por dentro.

El primogénito, despojado de orígen, de nombre, de familia y hasta de salud por los azares de su nacimiento, reconstituyendo su naturaleza merced al trabajo, conserva purísima la fuente del sentimiento alimentada y sostenida por el recuerdo de su madre, cuya querida imágen contempla reflejada en el rostro apacible de su mujer.

El segundo, heredero absoluto del nombre, de los títulos, de las riquezas y hasta de los retratos de sus antepasados, en medio de tantos servidores; solitario en su dormitorio, sin sonrisa en los lábios, ni lágrimas en los ojos!

¿Qué diferencia hay entre ámbos hermanos? ¿Por qué no es Duque el primer nacido? ¿No son hijos de un mismo padre por derecho de naturaleza?

Es verdad, pero hay una ley positiva que los separa.

¿Sin duda al nacer consintieron en un pacto diferente?

El nacimiento no es un acto voluntario, ni tenian capacidad de derecho.

¿Cuál es el fundamento de tanta injusticia?

Una razon muy poderosa de conveniencia social.

Pero la naturaleza, superior á los caprichos humanos, se burla de la vanidad de los hombres, y recompensa al jorobado infeliz con una vida tranquila en hogar pacífico, sin el aguijon de los remordimientos, ni la pavorosa soledad del hastío.

IV.

El caño de la fuente.

En este momento vino á visitarme el Duque.

Tenia mi amigo una figura distinguida, poco tiempo atrás arrogante. Aún no habia cumplido cuarenta años. La tersura de su cutis contrastaba con su media melena como la plata. Parecia el retrato de un jóven del siglo XVIII con peluca empolvada. Su aspecto era severo, su andar mesurado, su lenguaje lacónico, sus maneras elegantes, su carácter reservado, su trato aristocrático.

—Toma—me dijo con tono breve—los documentos que me has pedido para tu amigo Jacinto. En lugar de una cárcel, que tiene muy merecida, le daremos un título de Marqués; es igual.

—Jacinto es un aturdido y agradezco tu generosidad—respondí.—Así podrá salvar tambien el legado de su tia que tiene vendido en pacto de retro.

—No soy generoso—replicó haciendo un gesto con el lábio inferior—soy orgulloso. No me permito deshonrar á un hombre por un puñado de pesetas, aunque sea muy claro mi

derecho. Ese necio ha hecho una mala operacion, sin noticia mia, sin guardar conmigo ninguna forma social. Mas debo á todas horas ser caballero. Para no colocarme á su nivel, prefiero sacrificar mis intereses á darle á conocer que ha podido causarme un solo minuto de despecho.

—Amigo Duque, tu eres rico y él pobre. Me aseguró que habia hecho su fortuna en Méjico y que la perdió naufragando á la vista de la Martinica. ¿Quién sabe los apuros que le habrán precipitado á levantar fondos sobre esos bienes que no son suyos?

—De todas maneras valen bien poca cosa. Con la renuncia de mis derechos puede formalizar su titulacion y conservarlos para su hijo, al que de seguro habrá educado malísimamente.

—Creo—añadí—que no tiene mas que diez y siete años. Aún puede dirigirle bien si obra con acierto.

El Duque, con aquellas formas distinguidas que no abandonaba jamás, se sentó en el sillon, colocándose sin estudio de manera que parecia un soberano, y dijo:

—He querido bien á Jacinto, como á otras varias personas; pero el mundo está lleno de majaderos. Es difícil pasar de los treinta años conservando un amigo. ¡Cómo se seca el corazon con el tiempo! El único recuerdo cariñoso que guardo es el tuyo. Y siento la necesidad de comunicarme. Hace mucho que no nos hemos visto. Vivo completamente fastidiado. De buen grado fijaria mi residencia en una aldea. Con un sombrero de anchas alas y unas botas de caza tiene el hombre suficiente para evitar en gran parte el aburrimiento de la vida.

Demostraba el Duque su deseo de comunicarse, pues nunca habia pronunciado tantas palabras seguidas. Yo pregunté:

—¿Por qué no te trasladas á tu casa solariega que tan bien situada está á orillas del mar Cantábrico?

Con tono breve me replicó:

—¡Imposible! creerían los necios que me hallaba arruinado.

—A mi entender—dije—la peor esclavitud que conozco es la que nos impone la vanidad.

Con acento entre altivo y despechado, me contestó:

—No he concurrido voluntariamente á la constitucion de este mundo social, y aunque mucho me importunan sus exigencias, por necesidad debo aceptarlo con sus defectos. El noble de mi calidad no tiene mas remedio que aburrirse poderosamente entre sus tapices. Antes, podia salir á la guerra, de su propia cuenta ó como aliado. Hoy solo se le ofrece, un escaño en el parlamento para igualarse con los diputados oficinistas, ó un salario en campaña como General.

Guardé silencio, considerando toda discusion inútil.

El Duque se puso á hojear un libro que habia sobre el velador: era un tomo de la historia de César escrita por Napoleon III. Despues de un rato, dijo desdeñosamente:

—Este pobre hombre se ha erigido en comentarista de la corrupcion romana.

—¿Consideras qué ha corrompido á la Francia?—me atreví á preguntar.

—Pienso—replicó—que estamos en plenos tiempos de farsa, para triunfo de los advenedizos. Siento haber nacido lo que soy: quisiera ser hijo de un herrero. Francia necesita volver sobre sus pasos y restituir el primitivo color á su bandera.

Yo me sonreí y él me miró sin añadir una palabra.

—Malos dias se habrán pasado aquí—dije despues de algunos minutos de silencio.

—Yo no—murmuró displicente el Duque.—Con oportunidad, poco antes de comenzar el sitio, me trasladé á Burdeos. Luego vinieron los repugnantes escesos del popula-

cho. Mas ¿qué importa todo eso? Sin necesidad de accidentes desastrosos, en todas partes la vida es insoportable.

El gesto del Duque era un discurso mas espresivo que sus palabras.

—Tienes razon—esclamé—es insoportable la vida sin afectos.

—Es verdad, porque el corazon vacío no se llena con nada.

—Pero si tal es tu situacion y tu punto de vista además ¿por qué vives en Paris, el pueblo de las revoluciones y de los advenedizos, segun dices?—esclamé asombrado.

—Por que solo en Paris se satisfacen todos los caprichos —contestó el Duque sencillamente.

—Entonces—repliqué—eres víctima de tus muchas necesidades.

—No tengo mas que una necesidad—dijo con tono indiferente.—La de vivir con la ostentacion que requiere mi clase.

A esto no habia nada que replicar.

El Duque se levantó pausadamente y abrió la llave del grifo del tocador, del cual brotó un chorro de agua, que detuvo con la palma de la mano y que retiró luego y volvió á salir el chorro, repitiendo otra vez la operacion: cerró despues la llave y me hizo esta pregunta:

—¿Qué hay aquí?

—Un fenómeno de gravitacion—contesté.

Y dijo el Duque precisando mas el pensamiento:

—Una ley fatal de movimiento insensible ¿no es eso? Pues este es mi estado.

—¡Es posible!—esclamé.—¿Ha podido en tu pecho secarse toda fuente de ternura hasta ese punto? ¿Te comparas al caño de una fuente teniendo dos criaturas en cuyo rostro resplandece el cielo de la infancia?

—¡Ah! sí;—balbuceó el Duque con una sonrisa indescriptible—los niños de la Duquesa!

Hay sonrisas que parecen puñales.

Aquel desgraciado acababa de descubrirse: era un escéptico incapaz de creer en nada ni querer á nadie.

—En este mundo todo es mentira—añadió despues de un breve silencio —El que conserva las ilusiones, vive; el que las ha perdido, dura. Ni aún los placeres de la mesa me son permitidos. Cuanto veo sobre los manteles me repugna. Padezco una gastritis crónica que no sabe curarme ningun médico. Concluirá por la perforacion de la membrana. Es lo que espero.

—¡Y tienes casa, mujer, hijos, capellan, mayordomo, cocineros y lacayos!—murmuré.

—Sí, tengo todo eso—dijo el Duque.—Este mundo es un teatro. Si se rompe el aparato de los telones, toda ilusion desaparece, y no queda mas que la realidad del estado salvaje. Un hombre de mi calidad no puede escusarse de cubrir con esmero las formas.

—Ah! desgraciado amigo! La gastralgia no es tu enfermedad: un cáncer te ha devorado el corazon.

El Duque se sentó de nuevo, hizo un gesto singular con los lábios, y volvió á hojear el tomo de la historia de César escrita por Napoleon III.

—Este hombrecillo—dijo luego—no ha sido un Robespierre á caballo como lo fué *Buonaparte;* pero queriendo remedar á su tio, cual nuevo Temístocles, tambien ha ido á sentarse al hogar Británico.

A poco rato se puso de pié y me dijo con tono afectuoso:

—Eres mas jóven que yo, pero no tanto que puedan esplicar los pocos años tu mucha candidez. No quiero perturbar tu dicha llevando á tu corazon el hielo de mis manifestaciones. Los hombres desengañados no podemos ser comu-

nicativos, porque derramamos nuestra amargura por todas partes. Debo librarte de mi conversacion enojosa. Sabes que esta casa es tuya.

—Eres el hombre mas desventurado que he conocido en el mundo—esclamé traspasado de dolor.

El duque se encogió de hombros y salió de la habitacion reposadamente despues de tenderme con hidalguía la mano.

LIBRO TERCERO.

FIEBRES VOLCÁNICAS.

I.

Absurdo nervioso.

El Duque me dejó profundamente impresionado. No podia respirar, y me asomé al balcon.

Era de noche. Paris estaba iluminado como siempre. La gente transitaba con tranquilidad por todas partes. A lo léjos los coches cruzaban en distintas direcciones. Algunos árboles tronchados y las paredes carbonizadas de varios edificios eran las únicas señales que dejó la sangrienta tragedia. Parecia como por encanto restituido todo á la vida.

No cabe duda, reinaba ya la paz, pero mi corazon violentamente latia como queriendo salirse del pecho. Algo importante esperaba y mi cruel impaciencia crecia conforme la noche iba cerrando.

A pretesto de hallarse enfermo Germán encargué á los criados del Duque la mayor vigilancia para que no le dejaran salir á la calle durante aquel dia, á fin de evitar que de sorpresa recibiese una desagradable noticia, y procuré diligente la averiguacion de todo particular relativo á su fami-

lia. El Duque puso á mi disposicion un ajente de policía que le debia grandes favores. Encargado éste de la investigacion que tanto me interesaba, no habia parecido desde las dos de la tarde y eran muy cerca de las ocho de la noche.

La humana ansiedad tiene sus preocupaciones, y cuando las horas se cuentan por minutos y los segundos parecen siglos, es instintivo asomarse á una ventana, creyendo que así se apresuran los pasos de quien se espera.

Desde el balcon de mi cuarto en un costado del edificio era imposible ver la puerta de entrada. Sin embargo, yo miraba acaso en direccion opuesta al camino por donde hubiera de venir el dependiente de policía, y me figuraba, que abriendo mucho los ojos, llegaria con mas prontitud. Preocupacion absurda que denuncia el buen sentido, pero la razon no domina las alteraciones profundas del sistema nervioso. Los nervios, este aparato de sensibilidad orgánica, caprichoso hasta en sus dolencias, con tal fortaleza impone lo absurdo, que la razon enmudece acobardada y calla la voluntad como llena de espanto. Dá saltos el corazon agitado por la tirantez convulsiva de esos hilos, misteriosos conductores de toda vibracion sensible; tiemblan tambien las mandíbulas; y el organismo entero se mueve, menos los ojos, que ávidos de mirar, solo desengaños amontonan, imaginando ver en cada bulto que pasa el objeto esperado Crece la fatigosa ansiedad, con relacion y laxitud de los músculos bajo la influencia de accesos vertiginosos que producen desvanecimientos de cabeza y vacilaciones de piés. Yo sentí uno de esos accesos y tuve necesidad de agarrarme á la barandilla del balcon.

II.

Material combustible.

Estos estravios de la imaginacion, loca eterna de la casa,

nos apartan de la resolucion de todo problema. Más ¿quién puede oponerse á tales luchas del SER que tienen su ley misteriosa? Sin divagaciones involuntarias movidas por secretos resortes, no pueden esplicarse ciertos fenómenos que llenan la historia. ¿Cómo se conciben de otro modo los inspirados, los agoreros, los místicos y los nigromantes? Y es un hecho incontestable la presencia de los alucinados en todos los períodos de la vida humana. Ahí están los Yoguis, los Anacoretas y los Espiritistas. Todos son alucinados, sujetos al mismo género de fenómenos con ideales distintos, segun las épocas y antecedentes de educacion. Con harta elocuencia hablan en este punto al pensamiento los interrogatorios de Pico de la Mirándola, precioso tesoro de los archivos de Roma. ¿Por qué se espontanean los reos de delitos, que no han cometido, que no pudieron cometer, cuando á su declaracion sigue la muerte?

Pico de la Mirándola era un magistrado severo, un hombre verídico, un sacerdote honrado; el secretario de mas peso, así reconocido sin contradiccion, que tuvieron jamás los tribunales de la curia eclesiástica. El dá testimonio fiel de los hechos; él se abisma ante aquello que oye y estima imposible; le parece inconcebible que una mujer pueda volar por los aires en comunicacion con el diablo. El delito se confiesa espontáneamente por su perpetrador y en aquella época aún no se habia practicado ningun estudio sério sobre enagenaciones mentales. Por eso en materia de procedimiento antiguo nada importa que el hecho sea absurdo; el reo es confeso y debe morir. Ha resistido el dolor del tormento y ratificado su dicho: allí está la verdad jurídica, y no puede ponerse en duda entonces ni en ningun tiempo. Existe, pues, la verdad incontestable de hecho, pero no la verdad *realizada*, sino la verdad *sentida*.

Mas esta diferencia solo puede ser apreciada por análisis,

pero el análisis es conquista de otros tiempos de mayores adelantos. Hoy bastaria un reconocimiento facultativo para conducir á un hospital á ese reo confeso.

Luego el grave asunto de las alucinaciones mentales, bajo todas sus formas, es un problema muy sério de educacion.

De educacion física y tambien moral.

Alguna vez los vicios solitarios y casi siempre los malos alimentos producen la *anemia*, y con ella el predominio excitante del sistema nervioso, causa eficiente de esas tempestades cerebrales; verdaderas alucinaciones. Los intermediarios de que se valen los Espiritistas, son muchas veces imbéciles y siempre débiles y enfermizos. En estas condiciones fisiológicas, aunque sean accidentales y momentáneas, solo falta un motivo, una idea pertinaz y el fenómeno en seguida se presenta. Pero la idea pertinaz no surje sino estrechamente relacionada con la situacion de momento ó con los antecedentes de la educacion recibida.

Mi perturbacion era momentánea, producida por la idea pertinaz que me dominaba y el desfallecimiento de no haber comido. Podia, pues, haber reconstituido mi estado con una copa de Jerez y aún mas eficazmente agregando una posta de carne.

La razon es viril y solo formula juicios; pero la imaginacion, de naturaleza femenina, crea fantasmas, brujas, diablos, gigantes, enanos, mónstruos, aparecidos, espíritus flotantes que obedecen á un conjuro, á un llamamiento, ó ya falsas atracciones contra toda ley física, contra toda ley moral, contra toda ley racional, como las que yo creia ejercer desde el balcon, para acelerar el paso de la persona que impaciente esperaba.

Y no la veia venir y me sentia caer anonadado.

III.

Desarreglos en el pensar y obrar.

Los fenómenos indicados son naturales y reproducen sus multiplicadas manifestaciones en todos los sugetos y en todos los tiempos. Testigos son de esta gran verdad los caprichos ridículos y terribles en abigarrada mezcla que brotan de los celos y arrastran en tantas ocasiones al crimen, cuyos ejemplos llenan los anales del humano corazon. Materia es esta por cierto bien fecunda en alucinaciones.

Para evitar en absoluto todos estos fenómenos de fiebre cerebral, seria preciso suprimir las ideas y tambien los nervios.

Pero la educacion modifica sus efectos, y este es el problema moral.

La esplosion de un tiro inesperado, ocasiona un sacudimiento nervioso hasta en los animales. Aquí está la naturaleza orgánica obrando por sí misma. Tal es la ley.

Mas el espanto, la convulsion nerviosa de la tímida niña al penetrar en un cuarto á oscuras, no es determinacion de la naturaleza moral, porque no reconoce otra ley que la de un miedo imaginario, alimentado por una educacion viciosa.

El problema es mas grave de lo que parece á primera vista, porque tiene una estension muy dilatada.

Abraza todas las ideas falsas, en todos los conceptos, recibidas por la educacion.

De aquí el militar valeroso que tiembla bajo el influjo de la preocupacion de un sueño ó retrocede acobardado á la vista de un reptil inofensivo. De aquí el sábio que se previene contra el título de un libro, el nombre de un autor, ó la exposicion de una teoría que rechaza sin estudiarla. De aquí el

hombre de mundo que crée en el destino y se considera instrumento de la sucesion fatal de los hechos. De aquí los caprichos de la vida, las estravagancias de las costumbres, la aprension de las enfermedades.

Y elevándose á otro órden de ideas, de aquí el ser religioso que perturba y corrompe su sentido moral con éxtasis que dañan á la conservacion de su vida y al cumplimiento de sus deberes sociales, precipitándole á veces á grandes escesos de egoismo cruel; el atéo profundo que cree en la aparicion nocturna del espíritu de su madre; el ideólogo racionalista, que se persuade, como Platon, de sus relaciones íntimas con el demonio casero; el estudioso y reflexivo matemático, que estima el número 13 enigmático agüero de inmediata desventura; el materialista grosero, en fin, que considera el ópalo una piedra misteriosa signo fatídico de desgracia.

Ah! cuantas veces decimos:—Parece imposible que persona tan ilustrada y tan seria haya podido cometer este error, esa ligereza, aquella injusticia, la otra ridiculéz. Todo esto solo significa, puntos de vista puramente sugetivos, que revelan otros tantos antecedentes viciosos de educacion. Hé aquí las *extravagancias* humanas, verdaderos *desarreglos en el pensar y obrar*, segun definicion de la palabra.

Debe insistirse en que el problema es grave, acaso el mas grave entre todos los problemas de educacion, porque muchas veces, esas estravagancias, esos desarreglos en el pensar y el obrar, convertidos en preocupaciones comunes, llevan su pernicioso influjo, testigo la historia, á la constitucion de los pueblos, á la determinacion de los Estados, al cuerpo del derecho, á la vida pública, al hogar doméstico, en una palabra, al organismo social.

El problema es de medicina moral.

La educacion debe ser la higiene del pensamiento.

IV.

Ojos que no ven y oidos que no oyen.

Y por falta de esa higiene intelectual, tambien yo llevé la perturbacion á mi estado, porque esperaba impaciente, asomado á un balcon desde donde no podia ver al dependiente de policía por cualquier direccion que viniese; y habia llegado llamándome en vano; y hacia doce minutos que se hallaba á dos metros de distancia detrás de mí.

Y asi hubieramos permanecido toda la noche, sin las reacciones favorables de la naturaleza.

Pero á la laxitud muscular sucedió el prurito del movimiento por impulso de la misma impaciencia. De repente me volví, adelantándome en el interior del aposento con pasos descompuestos y precipitados, como si de lejos quisiera dar ejemplo de carrera á quien tan perezoso en venir se mostraba.

Y no ví de momento al dependiente de policía, que con el sombrero en la mano, de pié en humilde actitud en medio del cuarto se hallaba esperando mis órdenes, hasta que dos veces atravesé á lo largo la estancia.

—¿Está usted aquí?—dije súbitamente dando un salto hácia atrás apenas me apercibí de su presencia.

El hombre, señalando un relój de sobre-mesa, contestó:

—Si señor, hace catorce minutos.

—¿Y por qué no me ha llamado?—interrogué con tono desabrido.

—Señor, he llamado, usted no me ha oido, y era de mi deber respetar su situacion abstraida.

—Está bien, pero le aguardaba con tanta impaciencia que llegué á preocuparme. En fin ¿qué ha conseguido usted averiguar?

—Todo, señor, menos un particular importante.

—Tóme usted asiento—dije.—Espóngame usted con claridad las noticias que haya podido adquirir;—y me arrojé en un sillon con ánimo resuelto de escucharle sin interrumpirle.

Tenia agotadas mis fuerzas; no podia más.

LIBRO CUARTO.

EXPLOSION CEREBRAL.

I.

Narracion intermitente.

Me devoraba la ansiedad creciente, y no me atrevia, sin embargo, á aventurar una pregunta.

El hombre que tenia delante era de humilde condicion y no poseia el don de la palabra, que hubiera necesitado para salir menos mal de aquella situacion embarazosa. Comenzó por cruzar y descruzar las piernas, dando vueltas entre las manos á su sombrero, cuyo fieltro trataba de alisar con la manga de la levita. Intentó dos ó tres veces hablar, pero no acertó á interrumpir su lenguage inarticulado. Era el hombre que tenia delante un organismo intermitente. Aquellos minutos de interrupcion parecian siglos de cruel tortura.

Por fin, dijo lanzando un gemido:

—¡Pobre Francia! ¡pobre Francia!

Y se pasó la mano por la frente y rodaron de sus ojos dos lágrimas.

Y siguió una pausa prolongada de silencio abrumador.

Deplorable sentimiento y maldita metafísica en los hombres apénas iniciados; jamás encuentran la palabra precisa

con menos razon que aquel otro que no hallaba árbol donde ahorcarse.

Es insoportable esta clase de séres tan tardos en concebir y aún mas rezagados en espresar. Pero toda esta torpeza es hasta romper, pues cuando toman la embocadura al discurso, prorumpen en un borboton de palabras. Luego viene la intermitencia. Así sucedió, dando tregua entretanto á mi martirio con esta relacion inconexa:

—¡Ah, señor! los dos mancebos eran buenos franceses y han perecido como tantos otros. Yo creo que el infierno existe sobre la tierra, porque no es otra cosa que la guerra civil. Si señor, yo conocí al escultor, Mr. Blanchi, de orígen corcegano, que era un hombre de bien y educó á sus hijos honradamente. Imperialista acérrimo, enemigo de la república hasta por sentimiento de paisanage con Napoleon primero. El pobre artista murió en Florencia, y mas vale así, porque no ha llegado á ver tanta desgracia. Muchas veces, muriendo á tiempo se libra el hombre de dolores inesperados. Su hijo mediano era un soldado valiente, que hizo toda la campaña con gloria, desde el principio hasta el fin de la guerra. Fué herido el dia 1º de Setiembre en los campos de Sedan. Se le dió de alta en Versalles, destinándole á un regimiento de cazadores para cubrir una baja. El hijo mayor formaba en la guardia nacional, donde prestó señalados servicios durante la defensa de Paris. Es un horror, sin ejemplo, cuanto ha pasado en este desdichado suelo.

Y volvió á enmudecer aquel hombre intolerable.

Cerré los ojos para no verle, y prorumpió de nuevo en un torbellino de frases incoherentes:

—¡Ah, señor! no se duerma, porque tengo mucho que decir.

Las alturas de Montmartre son un baluarte formidable. Artillado estaba por doscientas piezas de grueso calibre, las

cuales cerraban los desfiladeros de las calles estrechas y tortuosas que conducen á su cumbre. Defender aquella posicion era elemental, segun decia un periódico. Pero el polaco Dumbrowski cayó mortalmente herido en la calle de Mirrha al principio del ataque. Dos brigadas cercaron la montaña. Ladmirault, la circunvaló por la parte exterior de las fortificaciones. Clinchant, la atacó por un costado. Era imposible la defensa contra tropas escalonadas y distribuidas en guerrillas. ¿Para qué podian servir los cañones á tan corta distancia y contra líneas sin profundidad? Los guardias nacionales huyeron, buscando seguridades en las plazas de la Concordia y de Vendome, las Tullerias y el Hotel de Ville. Otros cayeron prisioneros; muchos murieron despedazados. El combate se hizo personal; el bárbaro fusilamiento de los rehenes, comunicó al choque un carácter de verdadera ferocidad; la lucha fué desde entonces de terribles represalias; Francia ha perdido mucha gente útil.

Y el hombre enmudeció, precipitando las vueltas que daba á su sombrero.

II.

Tragedia humana.

No hay paciencia humana que resista á un narrador de estas condiciones. La insoportable pesadez del ajente de policía, agotó mi sufrimiento. Aquella especie de terror inesplicable que me sobrecogia amordazándome para preguntar lo que tanta ansiedad tenia por saber, se trocó en ira, que tal es la ley inflexible de la lógica, sucesion del sentimiento, y con arranque grosero, dije al hombre que causaba mi tortura:

—Repare usted, que le he dado encargo de averiguar hechos cuyo conocimiento necesito, y no me interesan ni en poco ni en mucho sus comentarios. Si me propusiera fijar conceptos, consultaria la opinion de un estadista, pero como trato únicamente de precisar la exactitud de los sucesos, ocupo á un dependiente de policía. Sírvase usted hablar sin digresiones.

Toda condicion humilde merece mucha tolerancia y grandísima benevolencia; mas es preciso atajar á los impertinentes en su vanidosa divagacion con algun ataque brusco, para impedir que nos lleven á la desesperacion. Esta vez, cual otras muchas, mi falta de urbanidad produjo su buen efecto. En determinadas ocasiones, el hombre necesita ser intolerante, á fin de no verse sacrificado por los necios.

Porque es inaguantable la necedad en el trastorno de los juicios humanos, y yo estoy en desacuerdo respecto de ciertos puntos con la opinion pública. Viene un hombre, y á título de amistad pide dinero, que se le dá sin garantía ni otra obligacion que las consideraciones de la pueril vergüenza. No lo paga jamás, y este grosero abuso de confianza es moneda corriente. Pero se halla uno necesitado, y cuando reclama lo suyo, dá muestra evidente de haber perdido todo pudor social. Ridículo papel hace el marido villanamente burlado, pero el amante insidioso, que cobarde huye y se esconde, es á los ojos de la sociedad un gracioso aventurero. Viene la insolente ignorancia atropellando la razon y el buen sentido, y exije la cortesía que se aguante en prudente silencio aquel chaparron de brutalidades, porque de otra manera, se rompen las leyes de la urbanidad. Con este modo de discurrir jamás estaré conforme.

No me arrepiento, pues, de haber sido grosero con el dependiente de policía.

—Perdone usted—dijo por fin aquel importuno, renun-

ciando á bordarme sus interminables discursos—reconozco la razon de las observaciones de quien me paga un servicio: debo desempeñarlo á su gusto.

Con un signo afirmativo de cabeza le decidí á continuar.

—En la sangrienta defensa de Montmartre murió el guardia nacional primogénito del escultor. Es cosa grave en esta clase de encuentros no morir del primer golpe. El infeliz cayó atravesado el pecho por una bala, y en las agonías de la muerte pudo incorporarse y disparar su fusil sobre un comandante á quien mató. Instantáneamente, los soldados hicieron pedazos al herido moribundo.

Durante la horrible noche, tres mujeres se disputaban á brazo partido una linterna para reconocer los cadáveres en medio de la oscuridad, y entre montones de palpitantes despojos. Una jóven florista, que once meses antes habia contraido matrimonio con el guardia nacional, se apoderó por fin de aquel reverbero tan disputado y pudo reconocer la cabeza de su marido separada del resto del cuerpo. Mas allá, encontró la mano izquierda con una sortija, prenda de amor que tenia grabado su nombre. Arrojó la linterna y lanzando gritos de locura desapareció con aquella mano querida.

Aquí el interlocutor hizo una pausa que le perdonó de buen grado mi terrible ansiedad.

A poco rato dijo:

—Esta escena tuvo lugar en la noche del dia 23 de Mayo. Al dia siguiente una jóven interesante vestida de gró negro y con un rewolver que agitaba en la mano, aparecia y desaparecia como sombra fugitiva en todos los lugares donde la lucha era mas encarnizada. En alas de su frenesí, cruzaba bajo los fuegos de la fusilería y de la metralla como si fuera invulnerable. En la terrible noche del 25, aterradora por los gemidos pavorosos de los moribundos que se enterraban vivos en una inmensa fosa junto á la esquina del Boulevard

Rochechouart cerca del café Delta, apareciendo la misma mujer, disparó el rewolver sobre uno de los enterradores á quien la bala atravesó el cráneo. El ataque inesperado y la desaparicion inconcebible de la agresora derramó la preocupacion y el espanto en aquellas masas agitadas, produciendo carreras tumultuosas en distintas direcciones. A esta misma mujer vestida de negro, con agitacion vertiginosa se la vió recorrer las barricadas del Faubourg Saint Antoine durante la jornada del dia 27, y es casi seguro que pereció en aquella sucesion de choques desesperados, sostenida en las Buttes de Chaumont, donde asombró á los combatientes con actos de verdadera demencia. Esta mujer vestida de negro era la viuda del guardia nacional.

Calló el dependiente de policía y yo le pregunté aterrado:

—Y bien ¿es eso todo lo que usted ha logrado averiguar?

—No señor—contestó—hay algo mas doloroso todavia. El escultor tenia su taller y vivienda en una casa de la Rue Vaugirard entre la de Cassete y de Assas muy cerca del Luxembourg. La fachada de este edificio fué destrozada por el incendio y la metralla, quedando en pié algunas habitaciones del interior. Al dia siguiente del sangriento combate sostenido en la estacion de Mont Parnasse, un destacamento de línea, desembocando por la calle de Rennes, dobló á la de Vaugirard con direccion al Luxembourg. En aquel momento crítico apareció sobre los escómbros de la casa de Mr. Blanchi una figura negra, la cual, disparando un rewólver, mató á un sargento y desapareció como por encanto. Penetró el oficial con algunos soldados en el interior de aquellos muros derruidos, sin que pudiera encontrar arma ninguna. Solo en un cuarto del fondo, sentada en el suelo, sobre un pedazo de alfombra, se hallaba una mujer, como de cincuenta años, vestida de luto. No contestó á ninguna pregunta sino con miradas estúpidas y se la llevaron prisio-

nera. El Consejo de guerra la condenó á muerte el dia 28, y con otras quince personas salió para ser ejecutada junto á las verjas del Luxembourg. Cuando formó delante de las víctimas el piquete encargado de la ejecucion, un cazador, arrojando el fusil y rompiendo la línea, se precipitó en los brazos de aquella mujer que parecia insensible y gritó:

—¡Perdon! perdon! no puede ser, es mi madre!!—El oficial dió la voz de fuego y cayeron aquellos dos infelices abrazados.

Miré con espanto al dependiente de policía. Mis ojos le preguntaban lo que no podia articular mi lengua. El hombre me comprendió y dijo temblando.

Si, señor, aquella muger era la madre de Germán, pero no he logrado saber que ha sido del anciano.

Arrojé sobre la mesa unos luises de oro al dependiente de policía y me cubrí el rostro con las manos.

No puedo decir cuando aquel hombre salió del aposento y me dejó solo.

III.

Temblor de tierra.

Ya no fuí dueño de mi voluntad ni de mi pensamiento.

Las ideas, amontonadas tumultuosamente en mi agitado cerebro, pasaban fugaces y aterradoras como en la linterna mágica, alumbradas por un resplandor siniestro. Es muy difícil dar su verdadero colorido á lo que ví con los ojos de la imaginacion espantada.

Lucia un dia del mes de Julio, tranquilo, sereno, caliente. El rojo sol brillaba en el cénit estendiendo sus rayos de luz sobre la bóveda atmosférica del primer pueblo del mundo civilizado, límpida entonces de toda neblina. Parecia aquel

cielo con traidora sonrisa protejer la vanidad de la Francia ofreciendo nuevos triunfos á su embriaguez insaciable de gloria. La vida y el movimiento se habian derramado en las calles de Paris como en los antiguos tiempos de Roma. Un profeta de la guerra, "La Liberté" pronosticaba, que las águilas invencibles del imperio, estenderian sus álas victoriosas sobre todo el reino de Prusia. Bajo las ondas movibles de la bandera tricolor, lábaro nacional de tantas hazañas prodigiosas, hombres, mujeres y niños gritaban enagenados:—¡A Berlin! á Berlin!

Tambien á este sacudimiento volcánico precedia una fiesta popular, como si fuera recuerdo del júbilo de Pompeya que sorprendió el furor del Vesubio.

No ha quedado memoria de si hubo en la colonia romana prudentes y sábios que presintieran la terrible catástrofe. No se registra en los anales históricos ninguna protesta. Era inútil protestar contra el Vesubio.

Aquí las cosas pasan de distinta manera.

Un hombre cubierto de púrpura quiere decididamente la guerra, y es el único francés que tiembla de miedo.

En Prusia no tiembla nadie.

El rey Guillermo, hace un llamamiento á la pátria comun invocando la libertad y unidad de Alemania (1). No hay materia para protestar.

El imperio francés habla solo del afianzamiento de la paz por la guerra. Esto envuelve una cuestion dinástica.

Aquí hay materia para protestar. Protestan los prudentes y los pacíficos; protestan los obreros de Francia y los trabajadores de Alemania, esto es, aquellos cuyo agrupamiento constituye la carne de cañon, segun el decir Napoleónico; protestan; el Consejo General Belga, el Congreso de libres pensadores, Thiers, Pyat, Luis Blanc y Víctor Hugo; pro-

(1) Proclama del 25 de Julio de 1870.

testan, en fin, la ciencia, la justicia, la razon y la humanidad. Pero triunfa y se impone la ley inflexible de la historia, que determina el rigor lógico por consecuencia precisa del interés sujetivo del gobierno personal.

Toda la razon está aquí de parte de Guillermo; es decir, de Alemania; es decir, de Europa que acepta el reto del imperio, dejando hacer á Prusia.

En este lugar hace una pausa mi pensamiento extraviado.

Un rumor sordo y siniestro se estiende sobre una parte dilatada de la superficie territorial europea. Aprestos militares; máquinas de guerra; ejércitos allá de 1.500,000 hombres; masas aquí de 250,000 soldados sin provisiones; bocas de fuego allí de un alcance formidable; ametralladoras acá, que solo sirven para fusilar franceses; rigor de táctica, matemática precision, inquebrantable disciplina de aquel lado; valor indómito en el mas perfecto desórden de esta parte, todo se pone en actividad y vertiginoso movimiento. El choque de las espadas, el crugir de las corazas, el piafar de los caballos, asemeja un prolongado mujido, que se dilata por sotos y valles y repite el eco de las montañas. Entre nubes de polvo, amontonados guerreros estienden su enorme silueta á orillas del rio, perdiendo el contorno en las sombrías profundidades de los barrancos.

Cubren de momento la frontera 670,000 alemanes divididos en tres grandes ejércitos, el del ála derecha á las órdenes del valeroso Príncipe Cárlos; el segundo, bajo la direccion inteligente de Von Steinmetz que acampa en el valle de Saure; y el último, al mando del heredero de la corona, que opera por la parte del Palatinado.

Pretenden cubrir la línea francesa, estendidos en las orillas del Rhin 48,000 combatientes, mandados por Mac-Mahon ; en Forbach, á las órdenes de Frossard 30,000; en

Courcelles 32,000 bajo el mando de Bazaine; 29,000 con Ladmirault en Boulay; y 26,000 dirigidos por Failly en Saarguemines. Completan este ejército de 165,000 hombres otros 81,000 soldados mas, distribuidos en puntos estratégicos; 33,000, á las órdenes de Douai por las cercanias de Belfort; 28,000 á las de Canrobert en Chalons; y 20,000 guardias imperiales con Bourbaki en el polígono de Metz.

Y todas estas gentes, ya en confusos montones, ya desenvolviéndose en líneas dilatadas, se mueven, se agitan, vivaquean, exhalando siempre el aliento fétido de la guerra, y su respiracion se confunde con las emanaciones pútridas del suelo que anuncian las terribles tempestades.

La diplomácia faláz, disimulando su miedo y encerrándose en su egoismo cruel, aconseja la neutralidad absoluta. Inglaterra se apresta con pérfido sosiego á estudiar desde su observatorio seguro el estupendo fenómeno. Europa estremecida, siente el retemblar pavoroso precursor de la tremenda catástrofe.

IV.

Estalla la tempestad.

Retumba el cañon en Sarebruck y responde la engañosa alegria de la victoria en Paris. Un niño, esperanza de la pátria, saluda con el képis á las bombas que cruzan silvando sobre su tierna cabeza, y hace llorar de gozo á todo un regimiento de veteranos. Frossard es el héroe de aquel movimiento atrevido, y Mme. Gueymard, en la plaza de la Bolsa cantando la Marsellesa, el rápsoda obligado de aquella homérica batalla.

Pero son muy fugaces las humanas alegrias.

La irrupcion volcánica crece derramando sus fuegos avasalladores por todas partes. Nada hay tan cruel ni aterrador

como el desengaño, ni tan tornadizo como la pasion popular. Con la misma facilidad pasa del entusiasmo bélico al miedo, que del júbilo á la cólera sangrienta.

Se revuelven las olas candentes sobre Sarebruck como si quisieran vengarse de la picadura de una avispa, y todo lo invaden y arrollan. Empiezan á precipitarse los torrentes de lava y siembran por dó quier, con la desolacion la pavura. La zozobra, el desaliento y el pánico, por misteriosa circulacion se difunden. El bronce, el hierro y el azufre, formando masas hirvientes, corren en arroyos ígneos mezclados con sangre por toda la Francia. Aquella avalancha de fuego, se precipita abrasadora por los campos de Visembourg, de Wœrth, de Freischwizller, de Reischoffen y penetra en el territorio imperial con enorme derrota y extrago.

Sobre montones de cadáveres hay un General muerto en el primer choque, y otro viene á refugiarse con los restos de su ejército destrozado al pié de la fortaleza de Phalsburg abandonando las cordilleras de los Vosgos.

En Paris comienza á rugir el volcan, y solo un fanfarron se aventura insensato á amenazar á la tormenta con el plomo y la metralla, pero los vientos momentáneamente se calman bajo la cortesana sonrisa del Conde de Palikao.

El cráter que ha reventado en Berlin no tiene ninguna intermitencia.

Masas confusas de hombres, caballos, bagajes y provisiones atraviesan el Mosela, mientras el grueso del ejército queda amenazado frente á los matorrales de Borny. Rompe la artillería en fuego mortífero, retumbando el estampido del cañon en los bosques y sigue Bazaine su movimiento de retirada sobre Verdun; pero cuando la vanguardia mandada por Frossard llega á Vionwille, aparece la lava enemiga vertiendo sus olas flamígeras sobre el flanco derecho, y haciéndose general la inundacion desde Daucourt á Gravelote,

donde combatia Bourbaki con la guardia imperial; quedan en el campo 40,000 inocentes, muertos, heridos, amontonados.

Sigue la lava volcánica su movimiento desolador impulsada por las titánicas manos de Federico Cárlos y Steimetz, invade los bosques de Monseuvre, estiende su línea desde Dancourt á Mars-la-Tour, arroja á Bazaine sobre Metz, y le corta toda comunicacion con Paris.

¡Tremendo dia de lucha y horrible noche de espanto!

En charcas de sangre, se revuelcan sin socorro innumerables heridos sobre montañas de muertos que las tinieblas pavorosas envuelven.

Aumenta el rugido de la tempestad y crece la inundacion arrollando al imprudente Failly á las orillas del Mosa, y puestas en desordenada fuga las divisiones que acuden á proteger la retirada del ejército, prepara y resuelve el destrozo de Sedan con espantosa carnicería.

V.

Doble cráter.

El choque retiembla en Paris y el cráter aquel comienza á lanzar bocanadas de humo inflamado. El sol brilla puro como anunciando una aurora feliz, y se prepara, sin embargo, á iluminar escenas horribles. Comienzan las ondulaciones de la multitud inquieta y amenazante con ese murmullo creciente precursor de las grandes tormentas. El oleage popular llena la estensa plaza de la Concordia. Grupos acalorados rodean la estátua de Strasburgo. Invaden las gentes los salones de la Asamblea. El imperio se desploma y queda el Alcázar vacío en triste desórden.

Nada hay de aspecto mas tétrico que un lugar de riquezas abandonado. Y es que tiene algo de formidable todo cámbio

brusco de loca fortuna. Fugitivos con tiempo los altos empleados que tanta merced recibieron, solo los marmitones son los ultimos fieles aliados del poderoso.

En mi fiebre cerebral yo me figuraba los detalles de aquel abandono, con el vivo color de la realidad que tienen los hechos. Pero habia sobre la mesa un apunte del Duque relativo al asunto que aún no habia visto durante mi estancia en todo aquel dia. Por respeto á la verdad histórica, suprimo lo que imaginé, transcribiendo en sustitucion la nota del Duque, que á la letra decia:

"Las habitaciones de Tullerías estaban en un gran des-
"órden; aquí un baul entre-abierto, allí una cartera vacía;
"mas allá prendas de vestir arrojadas al suelo formando
"monton; en otro lugar un mueble roto y caido por algun
"movimiento atropellado; sobre un velador un paquete hecho
"á la carrera y olvidado á la última hora; la cama de la fu-
"gitiva Emperatriz enteramente revuelta.

"En los aposentos del Emperador se veian esparcidos va-
"rios números de los periódicos *La Opinion Nacional*, *El*
"*Gaulois*, *El Fígaro y La Liberté;* la funda de un revólver
"arrojada en el suelo junto al muro; vários sombreros sobre
"los sillones y la alfombra diseminados; encima de un vela-
"dor unas zapatillas usadas; vários cajones de tabaco vacíos;
"muchos frascos de fosfato de hierro; cartas relativas á Pru-
"sia, bultos, estátuas y diseños de militares prusianos.

"Sobre una mesa se encontraba un cuaderno de apuntes
"enigmáticos, que decia:

"En una de sus páginas;
"Luis XV.
"Borbon, Fleury (1723, 1741)
"Vuelta á la regencia.
"Borbon (1723, 1726).
"Borbon, Mme. de Prié.—Paris—Duvernay.

"En el interior:
"Inmoralidad, agiotage, frivolidad, intolerancia.
"En el exterior:
"Matrimonio del rey con María Leczinska.
"Ruptura con España que se aproxima al Austria."

Hé aquí un remedo en comienzo de la destruccion de Pompeya.

Existia un segundo cráter en Paris, y las materias combustibles hacinadas, habian dado la primera señal esplosiva de su rompimiento.

VI.

Borrasca desecha.

Los torrentes de lava que el cráter de Berlin vomitó, en olas tumultuosas, terribles, precipitadas, invaden toda la Francia y sacuden con sus candentes espumas los muros venerandos de la villa inmortal. Paris indomable, levanta su erguida cabeza como isla que brota en un mar de fuego. ¡Indómita Villa, retorta de las ideas! ¡Ella, inmensa caldera donde se funde la estátua de la libertad y el bronce está hirviendo, segun la estupenda metáfora de Danton, en cumplimiento de una ley inflexible que su destino la impone, tiene que pasar por una gran prueba, las angustias del hambre y el dolor de la vergüenza!

Una paz tan costosa no puede aceptarse sin obstinadas contradicciones, y todas las ideas, y todos los sentimientos, y todos los ódios, y todas las envidias, y todos los vicios, y todos los crímenes, en confuso amontonamiento construyen el material esplosivo. Se desatan las pasiones, chocan los intereses y estalla la lucha fratricida entre hermanos, sin

piedad, sin cuartel, sin formas de derecho, sin condiciones siquiera de decoro.

De cualquiera de ámbos lados es necesario vencer y para vencer es preciso esterminar, y el esterminio se anuncia y prepara por el salvaje fusilamiento de los rehenes. El imbécil Urbain, el contradictorio Rigaul y el sanguinario Ferré imprimen ese carácter brutal á la contienda, por momentos cada vez mas encarnizada. Ya no puede haber otro fin que la venganza, y la venganza nunca pone coto á la ferocidad. Pelean con furor los padres de familia, y es consiguiente, que las mujeres y los niños concluyan por tomar parte en la lucha. Todos los recursos de la ciencia se aplican á matar; y las bombas derriban los edificios, y las balas rasas tronchan los árboles, y el incendio devora los objetos de arte. Cuando ya no hay defensa en las barricadas, los combatientes ébrios de furor, confundidos, cuerpo á cuerpo y en tinieblas, se asesinan en los subterráneos de las casas y en las criptas de los templos. Prodigios de heroismo individual que sobrepuja al valor de la Numancia y de Sagunto, pero verdaderos vértigos salvages que la civilizacion rechaza. Paris ardiendo, solo ilumina en sus calles y en sus plazas cuerpos mutilados y entrañas palpitantes!

¡Escándalo cruel, que para mayor ignominia, tiene un espectador, mudo, estático, indiferente, sombrío: el ejército prusiano!

VII.

La fuerza de las cosas.

Pasó aquella noche inquieta, aquella horrenda vigilia.

Los primeros frescos albores de la mañana ahuyentaron con su tibio resplandor las sombras de mi aposento. Porque

es de advertir que se apagó la luz sin que lo echára de ver, y hasta me olvidé de dar cuerda á mi relój de bolsillo.

El viento de la madrugada, refrescándome, aplacó mi fiebre cerebral. Sentia congestionado el pulmon y no podia respirar libremente. Necesitaba aire oxigenado: solo habia respirado carbono.

El agolpamiento de las tristes ideas que asaltaron mi mente durante la noche, me parecia un sueño fatídico. Habia llegado por la mañana á Paris, y no salí de casa en todo el dia cuidándome de Germán. Desde el balcon de mi cuarto, apénas descubria vestigios de la lucha terrible.

Así, al romper la aurora, me lancé á la calle con intencion de subir á la loma conocida con el nombre de *Linterna de Diógenes*, para descubrir desde los escombros del pabellon y la torrecilla que coronaban la cumbre, los destrozos de Saint Cloud, Neuilly, Auteuil, Hôtel de Ville, Belleville, La Villete, Château d'eau, rue du Bac y Montparnase.

Atravesé los Campos Elíseos hácia la plaza de la Concordia, obligado campo de batalla por contraste de nombre, y descubrí al costado el Ministerio de Marina, á cuyo frente multitud de mujeres fueron fusiladas.

Aparté la vista de aquel lugar, y contemplé los restos carbonizados de la fachada de Tullerías que dá á los jardines. Mi profunda tristeza me hizo recordar á Calpurnia, repitiendo con ella la metáfora producto de un sueño.—"Ha llovido sangre en el Capitolio."—Era verdad que los funerales de César fueron sangrientos; y no sé porque estraña relacion de ideas, enlacé en mi pensamiento extraviado, tres datos, tres antecedentes, tres períodos históricos personificados en Luis XIV delante de Voltaire; el héroe del sistema continental enfrente del movimiento mercantil y del crédito; y el hijo del pueblo, usurpador del sufragio, vencido en buena y legítima lid por el Conde de Bismark.

Con ojos espantados y el corazon oprimido, me detuve un instante á contemplar acribillados á balazos los pedestales que sostienen las estátuas de las mas ricas y gloriosas ciudades de Francia; y al ver á Marsèlla con el corazon traspasado, á Lille sin cabeza, á Brest, Burdeos, Lion, Rouen y Nantes cubiertas de profundas heridas y solo á Strasburgo intacta, cerré los ojos como para contener los dolorosos pensamientos que á mi mente se agolpaban, murmurando entre dientes:

—Hé aqui las grandes ciudades de Francia; hé aquí Paris, que entre muertos, heridos y deportados, por ocasion de una lucha de siete dias, ha perdido mas de cien mil obreros, poco antes fuentes vivas de produccion y riqueza.

Una voz seca oí que en castellano decia:

—El Paris de los Césares ha muerto.

Volví el rostro de repente, y ví á un anciano de aspecto venerable y muy luenga barba. Maquinalmente hube de balbucear:

—Si Herculano se ha hundido, ¿se alzará aquí Portici?

Con ojos de fuego y tono de enojo, en correcto aleman contestó el desconocido:

—El Paris de la civilizacion es inmortal.

Y en seguida me volvió la espalda.

Una mujer del pueblo, que no entendió ni el aleman ni el castellano, señalando al anciano con el puño cerrado en actitud amenazante esclamó:

—Je l' ai vu plus de vingt fois, parbleau! est un Prusien.

Y dijo la verdad.

VIII.

Poder determinante de atraccion.

En esto hirió mi pupila vaga la sombra de un jóven que

me pareció reconocer. Era Germán, que con precipitados pasos se adelantaba hácia el *Quai* de Tullerías. Grité dos veces, y ni siquiera volvió la cara, y le seguí sin que pudiera alcanzarle.

No me cabia duda, esperó Germán á que rompiera el dia, para burlar en aquellas horas mi vigilancia, creyéndome en tranquilo reposo. Rápido como centella se adelantó en el *Quai* hasta *Pont Royal* por donde atravesó el Sena internándose en la *Rue du Bac*, y deslizándose á la izquierda por la *Dominique* fué á salir á la de *Turenne*.

En vano le llamé varias veces; no me oyó. Llevaba una idea fija que su direccion me habia revelado.

Con efecto; tomó la calle de *Rennes* el arrebatado jóven y dobló á la de *Cassette* hasta la esquina de la que se nombra *Vaugirard*.

En el primer trozo de esta última calle, entre la de *Assas* y la de *Cassette*, habia una casa con la fachada derruida. German saltó la barrera que oponian á su paso tantos materiales destrozados, y desapareció á mi vista, internándose en el edificio, cuyos muros amenazaban ruina.

IX.

Consumatum est.

Quise saltar como el jóven y me caí sobre los escombros. El insomnio y el ayuno me habian debilitado.

Aquel edificio era la casa paterna, mansion de ventura, lugar ahora de desolacion y de luto.

Astillas hincadas entre el cascote, que presentaban sus puntas imponentes como erizadas bayonetas; muros sombríos, que rajados se alzaban en actitud de desplomarse; mármoles calcinados y rotos; estátuas mutiladas; el busto de un Bacan-

te con el ojo izquierdo saltado; vigas ennegrecidas amontonadas en aspa y en cruz; sobre la cabecera de un catre de nogal el brazo de una muger, desgajado del tronco de alabastro; un capitel corintio, partidas en pedazos las hojas; paredes carcomidas, presentando grietas profundas; al descubierto y desnudo, embadurnado en algunos sitios de yeso, el cañon de una fuente con el grifo de bronce hecho un garabato; dos piés que descalzos se alzaban perpendiculares al suelo, como en el infierno del Dante, prolongacion de una estátua de cabeza sepultada en un monton de cenizas; y un madero, carbonizado, que amenazaba caer, movido por el viento como terrífico péndulo, prodigiosamente sostenido en lo alto por un solo clavo, tal era el cuadro que en espectáculo desgarrador se presentaba á mis ojos.

Ay! cuántos recuerdos de paz y cuántos vestigios de guerra! ¡Cuántas señales de trabajo y cuánto despojo de brutalidad!

¡Alli se albergó una familia! Allí hubo un lecho de amor; allí nacieron los hijos; allí se forjaron esperanzas risueñas trocadas en escenas de sangre!

¡Oh tú, higuera tronchada sobre el muro derrumbado, testigo protector de tantas ternuras, no me recuerdes los goces inefables que tu sombra acarició y supiste regalar con tu fruto azucarado, que no tengo lágrimas en los ojos para llorar tanto bien perdido, ni fuerza en el corazon para soportar tanta pena!

Cierto olor fétido me anuncia la presencia allí de un cadáver. ¿Acaso hay aquí un testimonio mas de la brutalidad de la guerra?

Ya lo veo! Entre los escombros asoma en principio de descomposicion la cabeza de una cabra, con la boca entreabierta como para lanzar todavia un balido de socorro. Hé aquí otra víctima inocente; hé aquí el animal doméstico enseñando amor y fidelidad á los hombres. Sin duda su leche era

aquel néctar dulcísimo que, cerrada la noche, la madre de Germán, con un beso en la frente, servia á su hijo en la cama.

. . . . . .

Germán daba gritos horribles en el interior de la casa llamando á su madre. Yo me precipité en busca del jóven y lo ví desencajado. En aquel momento se presentó como sombra fantástica una mujer vestida de negro con ojos extraviados que parecian dos áscuas, y agarrando á Germán de la mano derecha le arrastró hácia sí, y dijo con histérico acento:

—Yo no vivo mas que por tu abuelo. Sígueme.

Me apoderé de la mano izquierda del jóven y quise contrarrestar aquel movimiento, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles, porque no sé que misterioso poder tenia la sombra. Yo fuí arrebatado en aquella corriente nerviosa, y formando cadena, doblamos la esquina de la calle de "Assas" y luego la de "Fleurus." Allí dá el costado de los jardines del "Luxemburg." La verja estaba hecha pedazos y hacinada multitud de materiales en amontonamiento de cumbres. Estas improvisadas cordilleras cubrian una pequeña esplanada. Dimos la vuelta y nos encontramos en ella.

De repente paró la mujer y dijo á Germán con voz seca y mirada estraña:

—Allí está.

Era cierto. Arrodillado en el suelo se hallaba un anciano de blanca melena. Germán se precipitó en sus brazos.

El anciano se puso en pié; no se inmutó, mas con acento indescriptible que pudiera ser la voz de un difunto si los muertos hablaran, dijo á su nieto haciendo la señal con el dedo.

—Aquí fusilaron á tu madre!!!

Instantáneamente levantó los brazos al cielo, inclinó hácia

atrás la venerable cabeza y cayó al suelo desplomado por el rayo de la congestion.

Yo le pulsé y no pude ménos de gritar aterrado:

—Ha muerto!

Germán, sin sentido, rodó sobre el cadáver.

La mujer soltó una penetrante carcajada estridente que me heló de espanto, y desapareció en aquella red de calles que conducen al Sena como arrebatada por el viento.

. . . . . .

X.

Una lágrima en el mármol.

He pasado toda la noche velando á Germán. Tiene una calentura muy alta y un delirio constante. Su vida corre grave peligro. Acaba el Duque de sacarme del aposento del enfermo, disponiendo que me sirvan una taza de café. El Duque me acompaña y me mira atentamente, sin dirigirme una sola palabra. Es hombre de mucho conocimiento de mundo y no se aventura jamás á decir una tonteria. Sabe muy bien que las situaciones de profundo dolor únicamente se resuelven por el silencio. Sin embargo, en aquel rostro impasible se nota no sé que signo de particular interés estraño á su condicion.

Veo sobre la mesa un periódico. Es un número de "Le Soir" que tomo maquinalmente y leo un suelto que dice:

"Se ha recogido ayer el cadáver de una jóven vestida de "gró negro, que en un arrebato de demencia se arrojó al Se- "na. De la diligencia de reconocimiento ha resultado ser "Mme. Blanchi, florista, viuda de un guardia nacional que "murió despedazado en las alturas de Montmartre. Mme. "Clichai, viuda de Mr. Blanchi, es aquella loca, en vano

"perseguida, que tantos crímenes cometió durante los siete "dias que han llenado de espanto y horror á Paris. Acabó, "como era natural, por un acto de desesperacion, el suici- "dio. Se instruye el correspondiente sumario. Daremos de- "talles oportunamente."

La lectura del suelto me estremeció y arrojé el periódico como si me quemara las manos.

Mi amigo lo recogió y leyó para sí aquellas tristísimas líneas. Con anterioridad enterado por mí de los sucesos ocurridos en la calle de Vaugirad, comprendió desde luego de quien se trataba.

A pesar de mi desvanecimiento, ví que dos lágrimas furtivas humedecieron los ojos insensibles del Duque.

Hay momentos supremos en la vida que hacen llorar á las piedras.

LIBRO QUINTO.

CINCO AÑOS DESPUES.

I.

Aurora boreal.

Germán sin familia, es mi hijo adoptivo. Gracias á su juventud pudo salvarse de aquella violenta enfermedad que puso en grave peligro su vida. Inmediatamente que se mejoró, lo trasladé á Madrid, apartándole del teatro de tan espantosos sucesos, y encargué de su educacion á mi amigo Brochefranco.

Magdalena estaba hecha una muger desconocida. Terminada su educacion oficial, la mendiga se ha transformado en señorita y hace un año que la tengo en mi compañía, durante el que, he logrado á mi modo modelar sus sentimientos, utilizando al efecto los recuerdos que conservo de la inolvidable familia de Don Pio Faliero.

Germán y Magdalena están en la aurora de la vida, constituyen una esperanza, son un retoño de nueva generacion. Educados en la desgracia, como el jorobado de Mont-Cenis, comulgan con la naturaleza. ¡Ay de la mano tórpe que los aparte de la via! El crímen, solo puede perpe-

trarse por el mal preceptor. El secreto aquí de la enseñanza consiste, en librar á la niña de toda tendencia de envilecimiento por los recuerdos de su miseria: en agostar en el corazón del jóven toda germinacion de venganza ante las sombras sangrientas de su pasado.

Y esto es obra muy fácil.

¿Quién ha dicho que hay organizaciones criminales determinadas por las protuberancias del cráneo?

¡Así se blasfema de la naturaleza!

La fuente del sentimiento no se seca por sí sola. Y además, nunca se agota.

Siempre hay una lágrima escondida en el fondo del pecho, dispuesta á brotar hasta en los ojos del Duque!

Tal vez el jorobado de Mont-Cenis en el palacio de su padre hubiera sido un perverso.

Su hermano el Duque, con el corazon helado, todavia es un caballero.

Hé aquí el problema; la educacion más corrompida no acaba nunca por entero la bondad natural.

"¡Oh padres, oh! tutores, oh! maestros,"
"los que educais la juventud sencilla"....

esclama el poeta en un arranque de natural despecho.

Miente quien diga que la naturaleza racional se modifica en absoluto por las ondulaciones del cráneo. Entónces la inteligencia y el sentimiento que determinan la moral sujetiva, estarian á disposicion de la mano de la partera. Si fuera cierta esa blasfemia frenológica, el problema seria mecánico, resolviendo la cuestion un molde ó un vendaje que formára la cabeza del recien nacido.

Cuando se perfeccione el conocimiento de la cranología, esas protuberancias determinarán á lo sumo las aptitudes.

Asi como el hombre físico se desarrolla bajo las influencias del clima, de los alimentos, de los ejercicios corporales

y de las costumbres; el hombre moral se engrandece ó se corrompe influido por los sucesos y por las enseñanzas. Fácil seria demostrar con abundancia de datos, que la opresion, que la contradiccion, que la violencia, solo producen, con toda clase de protuberancias en el cráneo, seres abyectos ó rebeldes.

La rebelion no constituye estado normal de vida; es una reaccion orgánica. Se rebela el insecto inofensivo, se rebela el reptil que huye cuando uno y otro se ven acosados.

Rebelar á Magdalena por el envilecimiento; rebelar á Germán por la venganza, constituiria un crimen de lesa educacion, el mas horrendo de todos los crímenes sociales. El malvado seria entónces el preceptor cuyo cráneo en tal caso deberia estudiarse.

Pero ¿cómo educar á Germán? Cómo educar á Magdalena? Embruteciéndolos? ¿Cerrando los ojos de la niña á todo peligro y derramando en el corazon de Germán el frio egoismo para que no sienta el calor de la venganza?

¡Pobre humanidad! triste naturaleza si no tuviera otros resortes de actividad que el miedo, la ignorancia, ó el grosero interés!

Veo en los ojos de Germán resplandecer la llama de la inteligencia. Noto en las palpitaciones de su corazon agitarse un occéano de pasiones. ¿Le pondré por modelo EL HOMBRE FELIZ, aquel soberano que abdica su corona, que rompe su cetro y se hunde en la selva, considerando que ha cumplido todos sus deberes sociales el dia que cava la sepultura á un amigo?

Esto será muy bello, pero es muy anti-social y absurdamente práctico.

¿Es Germán inteligente y tiene grandes pasiones? Pues bien, hay en él razon poderosa y fecundo manantial de sentimiento. ¿Qué mas se puede pedir? Hé aqui el jóven de esperanzas, el vigor, la generacion vírgen, el héroe de la civili-

zacion, el obrero del trabajo, la semilla fecunda de la reproduccion en la vida social.

Germán tiene inteligencia viva y corazon ardiente, y basta una sola palabra para elevar sus ideas y para ennoblecer sus sentimientos.

Esta palabra mágica se la ha dicho Brochefranco.

—Tú no te puedes vengar—¿De quién?—Tu familia ha sido arrollada por los sucesos. Tu venganza haria nuevas víctimas, inocentes como tu madre.—¿Quieres llevar sobre tu conciencia la maldicion de otro huérfano?—Apresta tu mano valerosa á todo esfuerzo, á todo sacrificio, para enjugar las lágrimas de los infelices.

II.

El amor, á las fieras domestica.

Germán ha crecido en la necesidad de tiernos afectos, por lo mismo que le fueron todos arrebatados en un dia. Mas ¿cómo llenar tantos y tan inmensos vacíos del corazon que ha dejado la ausencia del padre, de la madre, de los hermanos, de la cuñada y del abuelo? La naturaleza que abre la inmensidad de los espacios sonoros al sol ¿puede consentir que el hombre se ahogue en estrecha fosa?

Si los espacios son inmensos y están bañados de luz, es mas inmenso y resplandeciente el amor, ley suprema del mundo moral.

¿Cómo concebir sin amor la prodigiosa sucesion de las generaciones?

El hombre no ha venido á la vida para derramar la desolacion y la muerte: ha venido para amar.

¡Las nuevas generaciones! Hé aquí las tiernas violetas, que brotando en el valle, renuevan la vegetacion, cuando cesan

los hielos de invierno al despuntar la dulce mañana de primavera.

Pasaron aquellos frios espasmos de muerte, y el corazon de Germán se abre como el boton de la rosa al delicado sentimiento de amor.

¿A qué puedo aspirar padre, tutor, maestro, compañero y amigo oficioso del jóven Germán, todo en una sola pieza, en pago de tanto cariño? A un sentimiento de gratitud y respeto; y es bastante.

¿Mas, puede llenar esto los afectos del humano corazon?

Germán ama, pero ¿á quién?

Apenas si el mismo lo sabe.

Yo lo sé mejor que los propios interesados y Brochefranco tambien.

Germán ama á Magdalena.

Y Magdalena adora á Germán.

Sin embargo, ninguno de los dos ha podido y sabido esplicarse.

No hay aquí imbecilidad ni tampoco encogimiento, producto de una educacion defectuosa. Hay una cosa muy natural; delicadeza de sentimiento.

Se tratan con mucha franqueza; se quieren como hermanos, y no han sabido definir ellos mismos, si aquel tierno cariño pasa los límites del amor fraternal.

Así, su comunicacion es perfectamente espansiva y tienen entre sí las mas íntimas confidencias.

Magdalena dice á Germán:

—Si tuviera la desgracia de perder el encanto con mi marido, le diria: —Siento un frio mortal á tu lado; no sé qué violencia superior á mi voluntad me domina. Sé que ha de causarte un sentimiento muy profundo mi revelacion, pero no quiero acusarme contigo de un pérfido disimulo.—Porque yo entiendo, Germán, que la ternura de los afectos puede

sufrir alteraciones sin que intervenga la voluntad, alguna vez contra el propio deseo, por un motivo cualquiera, ó sin él; de un modo inesplicable. Aquí no hay delito; ni siquiera culpa. Pero finjir y engañar es una traicion infame.

Y Germán en este punto está completamente de acuerdo con Magdalena.

Germán á su vez la dice:

—Una mujer celosa es insoportable. La mision de la mujer es hacerse agradable á los ojos del hombre, y solo puede llegar á cansarle con sus impertinencias.

A lo que contesta Magdalena:

—La mujer es impertinente, porque es frívola; es frívola, porque se la enseña á fingir; es celosa, porque es desconfiada; y desconfia, porque se la educa en la opresion.

Germán conviene en todo esto.

Así aquellas dos inteligencias comulgan, y la comunion de ideas es la causa determinante mas poderosa de amor.

Pero, Magdalena y Germán todavia creen que se aman como hermanos.

III.

Fondo y Forma.

Mas yo tengo datos, tengo antecedentes, vehementísimos indicios de amor, que determinan convencimiento por *crítica racional.*

Una tarde al bajar la escalera, Magdalena se torció un pié con agudo dolor y con inflamacion consiguiente. Fué necesario recogerla.

Germán no se acostó en toda la noche.

Otro dia fuimos á una escursion de campo. El caballo que

montaba Germán salió desbocado, dejando al ginete en el suelo.

Magdalena se desmayó.

Los dos jóvenes creian, que esta ternura de afecto y viva solicitud, encajaba muy bien en los moldes del cariño fraternal. Brochefranco y yo entendíamos las cosas de distinta manera.

En cierta ocasion me dijo Brochefranco:

—Los muchachos se aman.

—Así lo he comprendido.

—Me alegro.

—Y yo tambien.

—Germán es muy inteligente y hubiera sentido verle encaprichado de una mujer vulgar.

—Magdalena vale un imperio y no soportaria mi dolor si la viera en poder de un mentecato.

—La jóven es una gran mujer, pero Germán es superior á Magdalena.

Yo me sonreí: en esta apreciacion entraba por algo la vanidad del maestro, único acto de pasion desordenada que he podido sorprender durante mi vida en Brochefranco.

—Germán es una esperanza—dijo el maestro.—He logrado hacer un discípulo. Tengo cumplida mi mision en la tierra; estoy dispuesto á morir tranquilo.

Yo dije á mi vez picado de orgullo:

—Hemos cultivado la raiz de una familia y espero que el árbol dará ricos frutos.

—Es cierto—replicó Brochefranco—todo arranca del hogar, y el hogar es la educacion de los hijos, trabajo y labor imposible cuando hay oposicion de ideas entre los esposos.

—Bien atrasada está la Sociedad en este punto—añadí.—El legislador se ha ocupado mucho en llenar el matrimonio de solemnidades y fórmulas, pero nadie se ha cuidado de

preparar á los cónyuges. La suegra, la hermana, el primo y la amiga de confianza, son los enemigos de la inteligencia doméstica, encargados de sostener todos los vicios y resabios de mala educacion.

—"Ego vos in matrimonio conjungo," hé aquí todo—añadió Brochefranco.

—Los muchachos son huérfanos y hemos podido consumar nuestra obra sin obstáculos—añadí.

A lo cual dijo Brochefranco, y en él era mucho decir, atendida su experiencia y sobriedad de lenguage:

—Tengo la mas firme confianza de que los jóvenes amantes, que aún no se han dado cuenta de su amor, sabrán educar á sus hijos.

IV.

Un dato de comprobacion.

No es necesario acumular hechos en justificacion de estos juicios; mas no es de omitirse en estas páginas un dato que pudiera acusar olvido. La prudencia aconseja eludir la tutela ejemplar que el Rey Sabio ordena para los desmemoriados.

Restablecida muy pronto de su epilepsia sintomática la hija de la Generala, en Marzo de 1873 contrajo matrimonio con un Marqués, menor de edad y escasa fortuna. No era del mayor agrado para la madre de la doncella la segunda condicion, pero sí la calidad de la primera, y accedió gustosa al enlace, por aquello de ayudar al lustre de la familia.

Era el jóven Marqués hijo de mi amigo Jacinto, legitimado por subsiguiente matrimonio in *artículo mortis* el año 1857. Jacinto murió como un aturdido, arrojado sobre unas piedras por un caballo, el dia 9 de Agosto de 1872, en el paseo de la Fuente Castellana. El titulo heredado por el mancebo, era el mismo á que hacian relacion los documentos que en Paris me entregó mi amigo el Duque de B...

Aspiró con afán al matrimonio el buen Marquesito, para dulcificar el rigor de la tutela que á vivir bajo la severa vigilancia del curador le obligaba, sujetando la indiscutible autoridad de aquel á la censura insoportable de la suegra. Dió por resultado la lucha doméstica, el mismo que surge de cualquiera otra clase de guerra, esto es, el aumento del presupuesto de gastos, que vino á empeñar y comprometer la Hacienda del emancipado.

La condesa de la P.. no pudo dotar á su hija, porque solo tenia por toda fortuna la mitad de los gananciales en las cuatro cepas de Cariñena y su viudedad de Generala.

En poco mas de un año, patrimonio, cariño, ilusiones, conveniencias y respetos á la vez se agotaron, llegando los tiernos esposos á odiarse con toda cordialidad.

Y nada hay tan desorganizador como el ódio doméstico, porque hace la oposicion y contradiccion permanentes. Basta que diga el uno que brilla el sol en el firmamento, para que sostenga su cara mitad que ha cerrado profunda la noche. Y no hay medio en lo humano de eludir el combate, pues si el uno por cansancio conviene, el otro en seguida le contradice; sin que nunca falten motivos de choque, porque de las cosas pequeñas se forma la bola de nieve.

Nada hay mas imposible que vivir con el sér aborrecido y el rompimiento se apresura ó retarda, segun los sucesos, pero es inevitable. Hé aquí el gravísimo error de tomar las cosas de la vida como los accidentes de una comedia, porque la humana naturaleza no se presta á estar siempre en escena dentro de su casa.

Mas este melodrama doméstico tiene una víctima, el espectador, como en aquel otro titulado "La agonía de Cristóbal Colon," que al decir de un chusco, era la agonía del público.

Pero el público en el teatro del hogar son los hijos.

Mas es preciso conservar el órden de las familias, aunque sea con diarios perniciosos ejemplos, y asegurar las legítimas de los descendientes, cuando no tienen otra garantía eficáz que la de recibir á beneficio de inventario.

Afortunadamente la hija de la Generala no tuvo mas sucesion que una niña, la cual murió en brazos de su abuela á los cinco meses de nacida, dando por ello una prueba incontrastable de prècóz entendimiento al dejar este mundo, que hubiera sido para la infeliz, verdadero valle de lágrimas cuajado de espinas.

Lo que une el capricho, lo rompe el disgusto, y la ley queda burlada, como sucede siempre que no se ajusta bastante al estudio de la naturaleza.

Los jóvenes esposos se separaron, pero ¿cómo....? Como vulgarmente se dice, "tirando cada cual por su lado", con estrépito y escándalo público.

Así una señorita, por su educacion abandonada y aún peor si mal entendida, puede rodar al abismo del envilecimiento.

La Generala se avergonzó, porque en honor á la verdad hay que decir, que siempre fué muy muger de su casa.

La madre, sola en su vejéz, con acerbo dolor esclamaba:

—Mi horrible desgracia es obra del diablo.

Y era verdad; del diablo de la ignorancia.

V.

La Ciencia.

Brochefranco era muy aficionado á las flores y á los pájaros y tenia su espacioso comedor lleno de macetas y jaulas.

Se encontraba mi buen amigo ligeramente indispuesto y fuimos Magdalena y yo á su casa con objeto de hacerle compañía. Encontramos al filósofo mas comunicativo que nunca y hasta rayando en jovialidad, circunstancia que no me agra-

dó, pues suelen presentarse modificadas las naturales condiciones características en los últimos dias de la vida. Muchas veces, las espansiones de los séres concentrados parecen presentimientos secretos indefinidos de muerte, como si quisieran vaciar algo de lo mucho que guardan en su cerebro ántes de cerrar los lábios.

Por lo démás, la conversacion de sobremesa no dejó de ser interesante. Dábale yo cuenta de vários particulares relativos á la familia de D. Pio Faliero, quien habia recibido carta en aquella mañana, y tambien le referia otros, que con ellos tenian énlace, de nuestra escursion á Pompeya. Le transcribí de memoria las notables palabras que me dijo D. Pio en Herculano sobre la nutricion molecular, que muy atentamente escuchó Brochefranco, y así que acabé, con una mirada tiernísima de cariño contemplando á Germán, dijo:

—Hé ahí la armonía admirable de la naturaleza, ó mejor dicho y con mas exactitud espresado, la unidad absoluta de la LEY SUPREMA. Como en el mundo físico, es tambien principio y resorte de la vida MORAL la nutricion. El reino mineral es fuerza viva fecundante en los cuerpos, pero la IDEA es raiz de toda germinacion cerebral. Los conceptos confusos de relacion objetiva son las nebulosas del pensamiento, que agitados despues por corrientes acaloradas, construyen los grupos ondulantes de las hipótesis, para dar paso mas tarde á la solidéz de las ideas, sobre cuya base firme se estiende la magestuosa vegetacion de la ciencia. La nutricion de la inteligencia se verifica por amontonamiento de ideas, que mezcladas se producen con los errores. Esta es la equivalencia de las moléculas ASIMILANTES y de las moléculas ABSORVENTES. La aglomeracion de las primeras hace la fermentacion, como sucede con los grandes depósitos del Vesubio. El agolpamiento de los segundos, esto es, los errores, corrompe, agosta, y destruye toda luz, toda vi-

da intelectual, como la cargazon de átomos mortíferos que arrebata el viento. Simoun acaba con toda vida vejetativa. La naturaleza hierve por do quiera. El ser orgánico muere cuando le falta el calor que le vivifica. Donde hay fermentacion hay vida; donde hay enfriamiento hay muerte. Tal es el hielo del cadáver.

La corrupcion trae en pos el estacionamiento, el retroceso y la destruccion del Ser. La fermentacion puede producir los grandes sacudimientos, pero transforma la vida social, como las irrupciones del Vesubio fertilizan los valles comarcanos. En Persia no hay movimiento porque falta calor en la idea: el bárbaro despotismo agosta toda germinacion cerebral. Europa se agita porque es libre. Cuando los pueblos se corrompen; se embrutecen, se empobrecen y mueren. Hé aquí Grecia. Cuando los pueblos fermentan, viven. Hé aquí Paris. ¿Quién ha salvado á la Francia de la fuerza brutal?—El crédito.—Pero ¿qué es el crédito?—La agricultura, la industria, la contratacion. Cambiemos las palabras: la química, la física, la mecánica, las matemáticas, la economía política, la administracion, que convirtiéndose en valores, se resuelven en el Crédito.

Mas ¿qué es todo esto?

LA CIENCIA.

¡¡Solo la ciencia salva á la humanidad!!

El enemigo de la ciencia es la IGNORANCIA.

Hizo aquí Brochefranco una pausa.

Todos estábamos pendientes de su palabra.

Luego dijo:

—Germán, tu corazon y tu pensamiento se abren llenos de vigor y de juventud á la vida.

Templa tu ánimo esforzadamente para combatir sin tregua ni reposo á la ignorancia; mas no con la fuerza bruta, que serás vencido, sino con el poder incontrastable

de la razon. ¿Hay algun insensato que niegue la luz cuando se muestra el sol enrogecido en el firmamento? Pues ostenta la verdad, que ella es mas rica en resplandores que el sol mismo.

El sol es un cuerpo que pasa y que muere, sujeto por ley suprema inflexible del mundo orgánico á la putrefaccion.

La ciencia es inmortal, porque la verdad es eterna.

No son los odios los caminos que conducen á la verdad porque están sembrados de funestos y brutales errores.

¿Quieres apoderarte de la luz para derramarla á tu paso? *Ama* y *Piensa*.

Solo aborrece á la IGNORANCIA.

Pero ama, con entera buena voluntad, de todo corazon verdaderamente.... ama, al hombre tu enemigo.—

Los ojos de Germán se arrasaron de lágrimas.

Magdalena tenia una azucena en la mano que al acabar la comida la dió Brochefranco, y con dulce sonrisa, presentó al jóven la flor, como para distraerle suavísimamente de aquel éxtasis triste en que habia caido.

Germán, estasiado, imprimió un beso puro de amor en las blancas hojas. Magdalena se ruborizó y bajó los ojos.

Era la primera declaracion de amor que inadvertidamente se hicieron Germán y Magdalena.

Desde aquel dia creció entre ambos jóvenes la intimidad de la ternura, pero moderó la franqueza del trato. En algunos ratos á solas, se hablaban de usted.

VI.

AE=X.

X=Ley de continuidad.

El viento sutil de Guadarrama no apaga un fósforo, pero mata á un hombre. Por ese viento traidor fué Brochefran-

co herido de muerte. Mi buen amigo, se vió atacado de una Pneumonitis aguda, que complicaba otra Flegmasia grave. Pero esta circunstancia, haciendo el peligro inminente, disminuia el dolor pungitivo y dejaba libre la respiracion del enfermo. Brochefranco no podia tener duda ninguna acerca de su estado, porque se trataba de una enfermedad de muy antiguo conocida. El paciente rechazó la sangría y no quiso tomar el Kermes. Brochefranco me dijo con dulzura:—Esos procedimientos exigen, pasado el período irritable, la aplicacion de los revulsivos, lo cual es mortificante y muy poco limpio además. Siento y conozco que mi hora final se aproxima, y quiero morir tranquilo. ¿Hay mayor dicha que la de espirar sin dolor?

Y solo consintió que le administrára algunas gotas de acónito tomando amenudo bebidas gomosas.

En la tarde del sétimo dia me dijo:

—Voy á morir y deseo ver á Magdalena y Germán.

Entraron los jóvenes; el enfermo se incorporó en la cama y dirigió la palabra á su pupilo.

—Solo tengo un discípulo y eres tú. Esta vida que se acaba, se renueva en tí. ¡Prodigiosa sucesion de generaciones!

Calló un momento y prosiguió.

—Tienes juventud, robustez, inteligencia: he aquí un triple tesoro. No malgastes ese capital; pero gástalo sin tasa en fomentar virtudes. No te debes á ti mismo, sino á los demás. El hombre solitario es una planta estéril, sin fruto, sin flor, y sin aroma: no hace bien á nadie, ni aún á si mismo; no enseña nada ni con el ejemplo; la experiencia humana, de él solo recoge el resultado infeliz de sus alucinaciones! Los deberes del hombre son sociales; las virtudes no pueden ser perezosas. No te detengas jamás ante la ingratitud, antes al revés cuenta siempre con ella. El

bien tiene la recompensa en si mismo. Hay un secreto por el que, en todas ocasiones resultan agradecidos. El beneficio se olvida; á veces humilla su recuerdo. Pero la idea que se imprime en la conciencia, queda allí permanente. Si te hubiera hecho rico, podrias ser más, y menospreciar mi memoria. Si mi herencia te corrompiese, podrias maldecir mi recuerdo. De todas maneras llegaria un tiempo en que se borraria para tí toda reminiscencia de mi nombre. Muero profundamente convencido de que no me olvidarás.

Hizo el enfermo una pausa, y con una sonrisa inefable continuó:

—No me olvidarás; porque en cada momento, en cada hora, habrás de aplicar una idea; en cada dificultad necesitarás despejar una incógnita; en cada peligro, te verás precisado á resolver un problema. No puedes prescindir de tenerme siempre contigo. Los beneficios de la ciencia obligan, apesar de la ingratitud de los hombres. Y cuando protestes de mí, corrigiendo un error ó ampliando una tésis, afirmarás tu reconocimiento, pues que el acto de protesta, confirma la idea de progreso que te he comunicado. He formado tu corazon y tu inteligencia; soy tu verdadero padre. Los hijos de los hijos, de los hijos; he ahí el desarrollo progresivo de la HUMANIDAD.

Calló Brochefranco un momento. Luego añadió:

—No desfallezcas nunca en lucha con el dolor, que siempre hay otro ser más desgraciado. Fortifica tu ánimo en el recuerdo de Marco Aurelio. Asómbrate solo de una vida infecunda y de una muerte estéril.

Aquí el moribundo sufrió un acceso de tos. Al poco rato dijo:

—Y cuando sientas el impulso del mal traidoramente subir al cerebro; cuando la ira, la cólera, la envidia, ó la codicia, que son el hipo del corazon, ahoguen tu pecho, acude al

amparo de un amigo siempre solícito, siempre fiel, siempre constante, valeroso y formidable, *El trabajo*, y serás invencible.

Germán, cuajados los ojos de lágrimas, besó la mano al maestro.

Despues de una pausa habló así el enfermo.

—Germán, Ama y Piensa.

He hablado al pensamiento; necesito decir algo al corazon.

Sé que amas á Magdalena. Y sé que Magdalena te adora. Tienes un deber social que cumplir; formar familia y educar á los hijos; porque de tus hijos, otros hijos y otros hijos, llenarán una parte de ese dilatado y borrascoso mar de las generaciones. Las ideas que te he comunicado no pueden esterilizarse; sino por el contrario necesitan crecer y difundirse. Forman vínculo de lo que has aprendido y aún puedes estudiar, que así se constituyen las grandes propiedades en el mundo. Despues, oportunamente viene la desamortizacion.

Germán, tu eres la encina que ha de dar sombra protectora á Magdalena. Magdalena, tu eres el jazmin que ha de perfumar á Germán.

Los dos jóvenes conmovidos se arrodillaron al pié de la cama. El moribundo estendió sus manos descarnadas y temblorosas sobre las cabezas de aquellos tiernos amantes.

Brochefranco balbuceó, luchando con la asfixia:

—Hijos mios, confundid vuestros sentimientos y vuestras ideas en perfecta unidad de ternura. Estais llenos de juventud y de vida; radiantes de esperanza. Sois la planta nueva que brota sobre la tumba de aquella que os ha precedido. En este momento crítico de la muerte, vuestro aliento perfumado baña mi rostro y me parece un beso del cielo. Hé aquí el instante más feliz de mi vida. Sed dichosos y sobre

todo buenos. Recibid mi bendicion....¡Tiene santa solemnidad la bendicion de un moribundo!

Y bajando las manos hasta la frente de Germán y Magdalena, espiró aquel hombre inolvidable con los ojos abiertos y una sonrisa de ángel.

FIN.

INDICE.

	Páginas.
Recuerdo sagrado	..
Introduccion	VII

PRIMERA PARTE.—Factores.

LIBRO PRIMERO.—*Esponente radical.*

I—Aburrimiento	3
II—Un duelo á muerte	4
III—Primer guarismo para la suma	5
IV—Indagacion	6
V—Suma y resta	7
VI—Daguerrotipo moral	..
VII—Perfiles fisonómicos	9
VIII—Problema analítico	10

LIBRO SEGUNDO.—*Signo de ambigüedad.*

I—Tropiezo con un aturdido	15
II—Borrasca	17
III—Cantidades y proporciones	18
IV—Elocuencia del dolor	..
V—Las matemáticas son desgarradoras	19
VI—Miserere mei	20

LIBRO TERCERO.—*Pienso, luego me juzgo.*

I—Divagacion mental	23
II—Razon y audacia	24
III—Epílogo de mal humor	25
IV—Tribunal de la conciencia	26
V—Judicatus est	27

LIBRO CUARTO.—*Números sordos.*

I—Mi visita nocturna..... 29
II—Vivir á la sopa boba..... 30
III—El amante Trovador..... 31
IV—Debe y Haber..... 33

LIBRO QUINTO.—*Expresion imaginaria.*

I—La mendiga..... 35
II—Era sonámbula..... 37
III—Inocente confianza..... 38
IV—Se llamaba Magdalena..... 39

LIBRO SESTO.—*Error y prueba.*

I—Vanidad pueril..... 41
II—Indagacion incompleta..... 44
III—Aparece el error..... 46
IV—El problema se habia resuelto mal..... 49

SEGUNDA PARTE.—Teoremas.

LIBRO PRIMERO.—*Preliminar.*

I—Un libro de frutos verdes..... 53
II—El jóven simpático..... 55
III—Una lágrima perdida..... 56
IV—Catalépsis moral..... 58
V—Es un deber la conservacion de la vida..... 60

LIBRO SEGUNDO.—*Inspiracion popular.*

I—La Jota..... 61
II—Poetas innominados..... 64

LIBRO TERCERO.—*Verdadera importancia de la medicina.*

I—A la orilla del Ebro..... 67
II—Atrófia por la soledad..... 68
III—Problema múltiple..... 70
IV—Necesidad de comunicarse..... 71
V—Suspiro de un huérfano..... 72
VI—Equivocacion á los diez y nueve años..... 75

LIBRO CUARTO.—*Ligereza y orgullo.*

I—¿Por qué?..... 77
II—Dificultades..... 78
III—Confusion de números..... 79
IV—Tres fórmulas que no despejan la incógnita. 80
V—Queda el problema pendiente..... 82

LIBRO QUINTO.—*Nec elementorum notas tenet.*

I—Si fortuna volet, fies de rhetore consul..... 85
II—Ecce ruit..... 88
III—Un nuevo dato que valora la X..... 89
IV—Sin criterio no hay juício..... 91

LIBRO SÉSTO.—

I—Nombre y apellido de estas páginas..... 93
II—Dies iræ, dies illa..... 94
III—Un albaceazgo comprometido..... 96
IV—Teoría y práctica..... 97
V—Amor y vermes..... 99

TERCERA PARTE.—El corazon humano y la naturaleza.

LIBRO PRIMERO.—*Dos observatorios.*

I—St. Jean de Maurienne..... 105
II—Higiene de jabon..... 108
III—Mont-Cenis..... 109
IV—Este y Ese..... 111
V—Diálogo íntimo..... 115
VI—Fenómenos ópticos..... 118

LIBRO SEGUNDO.—*Números quebrados.*

I—Efecto de claro-oscuro..... 121
II—El feudo de un montañés..... 123
II—A cena pobre buen apetito..... 124
IV—Doloroso aniversario..... 125

LIBRO TERCERO.—*Una de tantas historias.*

I—La moribunda..... 127
II—Testamento de una madre..... 130

III—Enemigos de la moral, son los errores.... 133
IV—La letra muerta..... 136

LIBRO CUARTO.—*Este y Aquel.*

I—El patrimonio á la espalda..... 139
II—Un padre improvisado..... 140
III—Joroba que interesa..... 141
IV—Cantidades halladas que valen dos mundos. 142

CUARTA PARTE.—Revoluciones geológicas.

LIBRO PRIMERO.—*El fuego es oro.*

I—Parthénope..... 147
II—El hombre no duerme..... 149
III—Lenguage zonzo..... 152
IV—Pardon, si vous plais..... 153
V—El occéano de lava..... 155

LIBRO SEGUNDO.—*Oriente y Occidente.*

I—El oasis..... 157
II—Hogar pacífico..... 159
III—Unidad en la variedad..... 162
IV—Complemento de armonía..... 167
V—El cuarto misterioso..... 168

LIBRO TERCERO.—*La rueda eterna.*

I—Pompeya..... 175
II—Acervatin interire, occumbere..... 179
III—Meditacion en la tumba..... 181
IV—Abajo y arriba..... 185
V—Lazo de amistad..... 187

QUINTA PARTE.—Cerebro y mundo.

LIBRO PRIMERO.—*Cantidades variables.*

I—El volcan..... 194
II—El doble cráter..... 196
III—El humano dolor..... 198

LIBRO SEGUNDO.—*Riqueza no es felicidad.*

I—La casa del Duque 201
II—Período económico 204
III—Antinomia fraternal 205
IV—El caño de la fuente 207

LIBRO TERCERO.—*Fiebres volcánicas.*

I—Absurdo nervioso 213
II—Material combustible 214
III—Desarreglos en el pensar y obrar 217
IV—Ojos que no ven y oidos que no oyen 219

LIBRO CUARTO.—*Esplosion cerebral.*

I—Narracion intermitente 221
II—Tragedia humana 223
III—Temblor de tierra 227
IV—Estalla la tempestad 230
V—Doble cráter 232
VI—Borrasca desecha 234
VII—La fuerza de las cosas 235
VIII—Poder determinante de atraccion 337
IX—Consumatum est 238
X—Una lágrima en el mármol 241

LIBRO QUINTO.—*Cinco años despues.*

I—Aurora boreal 243
II—El amor á las fieras domestica 246
III—Fondo y forma 248
IV—Un dato de comprobacion 250
V—La ciencia 253
VI—AE=X. X=Ley de continuidad 255

ERRATAS NOTABLES.

Páginas	Líneas	Dice	Debe decir
11	30	micoelectrómetro	micro-electrómetro
60	2	la segunda	la primera
93	1	Libro sesto	Libro sesto.—La ecuacion es el diagnóstico.
102	15	Si la ecuacion	Si, la ecuacion
152	13	al jóven cuanta	al jóven de cuanta
168	27	V	V.—El cuarto misterioso.
114	3	de construccion atrevida. Aquellos que piedra, ect.	de construccion atrevida; aquellos que piedra, ect.
160	1	indigesta y para, ect.	indigesta á mi lado, y para, ect.
181	8	aquel aturdimiento	aquel desmayo
205	10	villa por el justo	villa, por el justo
214	25	con relacion	con relajacion
235	19	al valor de la Numancia	al valor de Numancia

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'REILLY, 54. HABANA.

El lazo de union, loa, por D. José E. Triay..... $0-50

Orígenes de la lengua española, compuestos por varios autores, recogidos por D. Gregorio Mayans y Siscar, publicados por primera vez en 1737, y reimpresos ahora, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y notas al diálogo de las lenguas y los orígenes de la lengua de Mayans, por D. Eduardo de Mier. Un tomo en cuarto..... $6-50

Filosofía de la lengua española. Sinónimos castellanos, por D. Roque Barcia; segunda edicion, dos tomos en cuarto de cerca de quinientas páginas cada uno, empastados ..... $ 8-50

Manual del derecho romano ó explicacion de las instituciones de Justiniano, por M. E. Lagrange. Obra traducida y adicionada con nuevas notas y apéndices, en vista de las principales obras de derecho romano, por D. José Vicente Caravantes. Un tomo en octavo mayor..... $5-00

Los Evangelios, anotados por P. J. Proudhon, con el retrato del autor. Un tomo en cuarto, empastado..... $3-75

Silvestre del Todo, novela festiva, por D. Andrés Rui-Gomez. Un tamo en octavo $00-75

Obras dramáticas de D. Francisco Martinez de la Rosa. Edicion de lujo. Tres tomos en octavo mayor, empastados.. $ 15-00

Casa rústica, ó nueva guia manual de todas las ciencias y artes pertenecientes á los habitantes del campo, propietarios, arrendadores, viñeros, hortelanos, ganaderos, ect., ect. Obra á la par que útil divertida. Compuesta por los tratados D'Olivier de Serres, L' Abbé Rozier, Parmentier, Sounini, Chabert, Fromage, Francois de Neufchateau, Buc'Hoz, Dandolo, Hubert, Verri, Mathieu de Dombasle, Soulange Bodin, Bourgelat, Lafosse, Flandrin, ect. Arreglada en todas sus partes, segun los conocimientos actuales y en vista de las obras mas recientes, así francesas como extranjeras, por una sociedad de agrónomos, médicos, veterinarios y químicos; traducida al castellano por D. M. G. S. Tres tomos en cuarto, á la rústica, con cincuenta y siete láminas..... $12-00

El hombre segun la ciencia: su pasado, su presente y su porvenir ó sea de dónde venimos? quiénes somos? á dónde vamos? por el Dr. Luis Büchener, obra ilustrada con 36 grabados. Un tomo en octavo ..... $ 3-00

Obras poéticas completas de don José Espronceda, precedidas de un prólogo por don José García de Villalta, de la biografía del autor; por don Antonio Ferrer del Rio y adornadas con su retrato. Un tomo en cuarto menor..... $ 2-50

El Patriarca del Valle, novela original de D. Patricio de la Escosura: segunda edicion ilustrada de D. Vicente Urrabieta. No es solamente una elevada concepcion del génio y talento literario del Sr. Escosura este libro, sino que es además un cuadro histórico de nuestras disidencias políticas en el largo y fecundo período que media desde el año 1820 hasta el de 1835: es decir, desde la segunda época constitucional hasta la extincion completa de las órdenes monacales en nuestro pais. Nadie ignora los crímenes y horrores en lucha

con la grandeza y heroismo, que para eterna enseñanza de los pueblos fué teatro nuestro suelo en aquellos memorables dias, y que el Sr. Escosura pone de manifiesto en su obra con la brillantez de su pluma y el ingenio que le son propios, por medio de un drama cada vez mas interesante y seductor. Dos tomos en cuarto, á la rústica, billetes..... $10-00
En pasta..... $12-75

La vida militar en Prusia, por J. W. Hacklander. Bajo la forma novelesca, este libro contiene curiosas noticias. Un t. $00-75

Aventuras de tres Voluntarios: episodios de la guerra en la Isla de Cuba, por D. J. Alvarez Perez. Un tomo..... $00-75

Reseña histórica de la formacion y operaciones del cuerpo de ejército del Norte (México), durante la intervencion francesa, sitio de Querétaro, y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte, escrita por D. Juan de D. Arias, y con retratos de los principales personajes que intervinieron en esos sucesos. Un tomo en cuarto de unas 800 páginas..... $4-50

Las Glorias nacionales. Grande historia universal de todos los reinos, provincias, islas y colonias de la Monarquía Española, desde los tiempos primitivos hasta 1852: comprende íntegras las más renombradas crónicas nacionales, y la acompaña el *Templo de las glorias españolas*, diccionario historial de España, con más de cien mil nombres y hechos preclaros, así antiguos como recientes, de que hace mencion nuestra historia. Tercera edicion. Seis tomos en cuarto, elegantemente empastados y con innumerables grabados en acero $100-00

Organizacion y estado militar de España y Ultramar en primero de Enero de 1869, con un apéndice que contiene las alteraciones ocurridas hasta 20 de Abril. Publicado por el depósito de la guerra. Un tomo empastado..... $ 3-50

Cuba contra España. Apuntes de un año para la historia de la rebelion de la Isla de Cuba, que principió el 10 de Octubre de 1868, por D. Vicente Garcia Verdugo, fiscal que ha sido de la Audiencia de Puerto Principe. Un tomo..... $ 3-00

El sitio de Paris, impresiones y recuerdos, por Francisco Larcey. Un tomo..... $00-75

Cartagena, recuerdos cantonales, por D. Saturnino Gime-nez. Un tomo..... $00-75

Cuba.—Estudios políticos, por D. Cárlos de Sedano, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Antonio Romero Ortiz. Es un estudio interesante y curioso, de las vicisitudes y marcha política de esta Isla desde fines del siglo pasado hasta nuestros dias. Un tomo en cuarto..... $5-50

Cuba desde 1850 á 1873. Coleccion de informes, memorias, proyectos y antecedentes sobre el Gobierno de la Isla de Cuba, relativos al citado período, y un apéndice con las Conferencias de la Junta Informativa de Ultramar, celebradas en Madrid en los años de 1866 y 67; que ha reunido por comision del Gobierno, el diputado á Córtes D. Cárlos de Sedano y Cruzat. Un tomo en fólio. $ 8-00

La Commune de París. Anales de la revolucion francesa de 1871: obra escrita en francés por Mr. Rigault, testigo presencial de aquellos importantes acontecimientos, y traducida al español por

D. Fernando Gimenez. Un tomo en cuarto, con numerosas láminas y retratos, elegantemente empastado..... $17-00

La revolucion de Cuba. Exámen de sus manifestaciones y tendencias, por D. Antonio Gonzalez Llorente. Un folleto.. $00-40

España en México. Cuestiones históricas y sociales, por D. Anselmo de la Portilla. Esta obra es la más notable y patriótica vindicacion que se ha escrito, de las conquistas de España en América y su dominacion colonial. Un tomo en octavo..... $2-50

Historia general de España y de sus Indias, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, por D. Víctor Gebhardt. Cuarta edicion. Cinco tomos en cuarto, con innumerables láminas, planos, retratos, etc., elegantemente empastados..... $51-00

El sitio de Bilbao en 1874, por un testigo ocular, con un prólogo por D. Gumersindo Vicuña..... $1-50

O'Donnell y su tiempo, por D. Cárlos Navarro y Rodrigo diputado constituyente y ex-ministro de Fomento. Un tomo en cuarto..... $4-00

Vida y viajes de Cristóbal Colon, por Washington Irving. Tercera edicion, adornada con 60 grabados. Un t. en cuarto. $2-00

Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon, por Washington Irving, con 13 grabados..... $00-75

Historia de la conquista de México, poblacion y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España, escrita por D. Antonio Solís, y adornada con 38 láminas. Un tomo..... $1-75

Historia de la conquista del Perú, por Guillermo H. Pres-cott, adornada con 50 grabados. Segunda edicion..... $2-50

Historia del reinado de los Reyes Católicos, D. Fernando y Doña Isabel, por Guillermo H. Prescott, nuevamente traducida del original inglés y adornada con 73 grabados. Un tomo.... $ 3-50

Historia general de las antiguas colonias hispano-america-nas desde su descubrimiento hasta el año 1808, por D. Miguel Lobo, contra-almirante de la Armada española.—Esta importantísima obra consta de tres gruesos volúmenes en cuarto mayor, está impresa con tipos y papel superiores, y se halla lujosamente encuadernada en pasta á la española, con vistosos lomos dorados y planchas mandadas abrir expresamente para la misma..... ..... $50-00

Historia de las Indias, escrita por Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapa, ahora por primera vez dada á luz por el Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon. Consta la obra de cinco tomos, al precio cada uno de..... $15-00

Exposicion elemental, teórico histórica del Derecho Polí-tico, por D. Domingo Enrique Aller. Un tomo en octavo ... $2-50

Compendio de estética, por Cárlos Krause, traducido del aleman por D. F. Giner, profesor separado de la Universidad de Madrid. En lo que respecta á la índole de este libro, la amplitud de su concepcion y plan, la profundidad y trascendencia de su doctrina junto con la concision, claridad y atractivo de la exposicion, justifican sobradamente su preferencia sobre otros compendios. Un tomo en cuarto..... $3-00

Introduccion á la Filosofía y preparacion á la Metafísica, por Tiberghien. Estudio analítico sobre los objetos fundamentales de la ciencia crítica del Positivismo, vertido al español por D. Vicente Piñó y Vilanova, y precedido de un prólogo del Dr. en Filosofía y Letras D. Facundo de los Rios y Portilla. Un grueso tomo en cuarto mayor..... $5-50

Teoría de lo infinito, por Tiberghien. Disertacion sostenida públicamente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Bruselas para obtener el cargo de doctor agregado. Un tomo en octavo..... $1-50

Los secretos de la educacion y de la salud. Las principales materias de que trata esta obra, son: El conocimiento de sí mismo; la crianza y educacion de los niños, basadas en la salud; el desarrollo del cuerpo y de las facultades intelectuales; reglas fisiológicas sobre el modo de criar los niños libres de dolencias; orígen y curso de las enfermedades, etc., etc. Un tomo en cuarto, encuadernado en tela..... $2-50

Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527, por el ejército Imperial, formadas con documentos originales, cifrados ó inéditos en su mayor parte, por D. Antonio Rodriguez Villa, del cuerpo facultativo de archiveros-bibliotecarios. Un tomo en cuarto menor de mas de cuatrocientas páginas..... $3-00

Album de buen humor y tesoro de la risa. Contiene 1425 cuentos, chascarrillos, charadas, epígramas, etc., etc. Un tomo de mil páginas..... $4-00
En pasta..... $0-50

Procesos célebres de todos los paises. Nueve tomos. $4-00

Principios generales del arte de la colonizacion, por Don Joaquin Maldonado Macanaz. Libro importantísimo, así por la materia de que trata, como por la competencia de su autor, catedrático de aquella asignatura en la Universidad de Madrid y Redactor de La Epoca. Un tomo en cuarto de trescientas páginas..... $5-00

Dante Alighieri.—La vida nueva, seguida de la bibliografía del autor. Un tomo..... $00-75

De la poesía heróico-popular castellana. Estudio precedido de una oracion acerca de la literatura española, por el Dr. D. Manuel Milá y Fontanals. Un tomo $18-00

ADVERTENCIAS.

Los precios fijados son en papel moneda y sobre ellos se hará una rebaja de diez por ciento, cuando el pedido pase de cincuenta pesos.

Las obras se entienden encuadernadas á la rústica, cuando no se expresan que se hallan empastadas.

Los pedidos deben venir acompañados de su importe en letra sobre la Habana, ó en billetes de Banco, bajo cubierta certificada, dirigidos á LA PROPAGANDA LITERARIA, O'Reilly, 54, Habana, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remision al Interior.

MUSICA NACIONAL Y EXTRANJERA

PARA PIANO.

LA PROPAGANDA LITERARIA, deseosa de reunir en su establecimiento toda clase de ramos que tengan conexion entre sí, ha aumentado el de música, complaciendo á muchos de sus favorecedores que se lo venian recomendando. A continuacion aparece la primera factura recibida de los principales editores de música, los mismos que continuarán surtiendo esta Casa de todo lo más nuevo que se publique en España y en el extranjero, por los más afamados profesores en el arte musical. LA PROPAGANDA se hará cargo de cualquier pedido que se le confíe, relacionado con el giro, bajo una equitativa comision y á vuelta de correo, pues la activa correspondencia que sostiene con Europa y las relaciones con que cuenta, le permiten desempeñar todo encargo con prontitud y eficacia.

A los mismos precios marcados en este prospecto, que son en billetes del Banco Español, se servirán los pedidos del interior, franco el correo, siempre que vengan acompañados de su importe. La correspondencia se dirigirá al Gerente de LA PROPAGANDA LITERARIA, O'Reilly, 54, *Habana*.

MUSICA ELEMENTAL.

Bertini.—25 *Estudios melódicos* para piano, fáciles y progresivos, escritos expresamente para manos pequeñas, por J. Concone y adoptados en el Conservatorio de Música de Madrid..... $6-00

.. 25 *Estudios* para piano, ó introduccion á los célebres de J. B. Cramer, Op. 29..... $3-00

Cramer.—*Estudios* para piano, en 42 ejercicios..... $6-00

Concome.—35 *Estudios melódicos* para piano, fáciles y progresivos, adoptados en el Conservatorio.. $3-00

.. 15 *Estudios de género y expresion*, para piano, adoptados en el Conservatorio de Madrid. $3-00

Czerny.—*La escuela de la velocidad en el piano;* 40 ejercicios calculando la progresiva agilidad de los dedos..... $7-00

Herz.—*Ejercicios y preludios*, por todos los tonos mayores y menores..... $4 00

Melcior.—*Diccionario enciclopédico de la música.* Un tomo en cuarto de 450 págs. $5-00

Pedrell.—*Los poemas del pianista:* enciclopedia crítica analítica, anecdótica y biográfica.—*Beethoven; sonatas de piano.* Un tomo en cuarto.....$5-00

Fetis.—*La música al alcance de todos;* breve exposicion de todo lo necesario para juzgar de este arte sin haberle estudiado. Un tomo..... $3-00

Rollin. —*Gramática musical,* elemental y progresiva $1-00
Wardenburg. — 2 *Estudios* para piano $1-00

OPERAS

ARREGLADAS PARA PIANO.

Meyerber.—*Roberto el Diablo;* con 38 piezas y 300 páginas..... $8-50
Rossini.—*El Barbero de Sevilla;* 19 piezas y 140 páginas..... $4-25
Bellini.—*Norma;* 11 piezas y 124 páginas..... $4-25
.. *Sonámbula;* 17 piezas y 120 páginas..... $4-25
.. *Los Puritanos;* 16 piezas y 180 páginas..... $4-25
Donizetti.—*Lucía de Lamermoor;* 14 piezas y 96 págs. $4 25
.. *Lucrecia Borgia;* 17 piezas y 120 páginas.....$4-25
.. *La Favorita;* 22 piezas y 164 páginas..... $4-25
.. *Linda de Chamounix;* 20 piezas y 160 págs. $4-25
Verdi.—*El Trovador;* 23 piezas y 160 páginas..... $4-25
.. *Rigoletto;* 20 piezas y 124 páginas..... $4-25
.. *La Traviata;* 16 piezas y 144 páginas..... $4 25
.. *Un ballo in maschera;* 22 piezas y 158 págs. $4-25
.. *Hernani;* 17 piezas y 144 páginas $4 25
Flotow.—*Marta;* 21 piezas y 160 páginas $4-25
Gounod.—*Fausto* 21 piezas y 145 páginas $4-25

SINFONIAS CELEBRES.

Se venden en coleccion ó sueltas, las siguientes:
Auber.—*Mutta di Portici...* $2-00
Donizetti.—*Los Mártires..* $2-00
Flotow.—*Marta.....* $2-00
Herold.—*Zampa.....* $1-50
Mazza.—*La prova de una ópera séria.* (Campanone.) $2-00
Meyerbeer.—*El pardon de Ploermel* (Dinorah).. $2-50
Rossini.—*Guillermo Tell* $2 00
.. *Semíramis.....* $2-00
Verdi.—*Nabuco.....* $2-00
.. *Juana de Arco.....* $2-00
.. *Stifellio .....* $2 00
Si se toman juntas estas diez sinfonias solo cuestan..... $10-00
Wagner.—*Rienzi.....* $5-00
.. *Tannhäuser.....* $6 00
Suppé.—*El Poeta y Aldeano.* $3-00

ZARZUELAS.

Cereceda.—*Pepe-Hillo.* La partitura completa... $17-00
.. —Piezas de la misma:
Introduccion..... $1-50
Jota..... $1 50
Coro de cofrades.... $1-50
Raconto..... $2-00
Marcha final..... $1-25
Introduccion al acto segundo y seguidillas $1-80
Malagueñas..... $1-25
La buena ventura.. $1 25
Coro de banderilleros. $2-00
Copias del picador y el lego..... $2-00
Salve..... $,,-50
Coro ..... $,,-50
Final del tercer acto $,,-75
Preludio del 4º acto. $1 25
Brindis..... $1-50
Concertante $1-50
Coro de mujeres.... $1-50
Coro final..... ,, 75
Malagueñas para canto.....$2-00
Coplas del picador y el lego, para id..... $4-25
Arrieta.—*Vals* de *Las manzanas de oro.....* $2-50
Maniobra de los cocineros, en la misma.... $1-50

MUSICA RELIGIOSA.

Se ha publicado y está de venta el primer tomo de *La Guirnalda Sacra*, coleccion de piezas escogidas de música religiosa, que contiene 21 piezas y 170 páginas, ó sea una misa á duo, otra á solo, un *Stabat Mater* á dos voces, varios motetes y otras piezas escogidas, escritas por TOLEDO, BORDESSE, GONZALEZ, MORANNI, MOZART y LICHTENTHAL..... $5 00

Además, hay las siguientes:

Cereceda.—Salve de la zarzuela *Pepe Hillo*..... $00-50

Badarceuska.—Contestacion á la oracion de una Vírgen..... $2-50

Toledo.—Ave María de GOUNOD (fácil ejecucion.) $1-50

Gounod.—Ave María (ejecucion difícil)..... $1-50

MUSICA POPULAR.

La música del pueblo, coleccion de cantos españoles, recogidos, ordenados y arreglados para piano por D. Lázaro Nuñez Robres.—En esta coleccion presenta el autor los mas antiguos y modernos de todas las provincias, desde el *romance* hasta el *zorcico*, desde el *villancico* hasta la *soledá*, desde el *aire guerrero* hasta el *religioso rosario*, respetando escrupulosamente la melodía original y la letra á ellos unida..... $3-00

Hay además otras muchas piezas de música popular, como son:

Cereceda. — Jota de *Pepe Hillo*..... $1-50

.. Malagueñas de id... $2-00

.. Seguidillas de idem. $1-50

Arrieta.—Jota aragonesa de *Las manzanas de oro*.. $2-50

Ketterer.—Cancion criolla. $2-50

Hernandez.—*La chiclanera;* cancion andaluza.... $1-50

MUSICA DE CONCIERTO y de estudio.

La Guirnalda musical.—Coleccion de fantasías, nocturnos, caprichos, valses, polkas, danzas. etc. Se han publicado ocho tomos de música escogida para piano: contiene cada uno próximamente 144 páginas. Se hace una rebaja al que tome la coleccion y se venden tomos sueltos, costando cada uno.. $5 00

Los ocho tomos..... $34 00

Ketterer.—*Biblioteca moderna del pianista*: 17 composiciones escogidas de este autor. Un tomo de 180 páginas..... $7-50

Leybach.—*Composiciones para piano.* Constituyen este tomo diez de las más celebradas fantasías, nocturnos, transcripciones, etc. de este autor... $10-00

.. Fantasía de *Fáusto*. $2-50

.. Idem de *Semíramis*. $2-50

.. Id. de *Guillermo Tell* $3-00

.. Idem de *Norma*.... $2-50

.. Id. de *Los Puritanos* $3-50

.. Id de *La Sonámbula*. $2-50

.. *¿Por qué guardas tu corazon?*..... $2-00

.. *Mandolinata*..... $4 00

.. *Tema aleman*..... $3-00

.. *Rondó polka*..... $2-00

Nocturno..... $1-50

Gosthalk.—Gran fantasía de la *Favorita*..... $2-50

.. —*Tarantela*..... $4 00

Bonamici.- Capricho fácil de *Marta*, á 4 manos.... $1-25

.. Idem de *La Favorita* idem..... $1-25

.. Idem de *Norma*, id. $1-25

.. Id. de *Lucrecia*, id. $1-25

.. Idem de *Los Puritanos*, id..... $1-25

.. Idem de *La Straniera*, id..... $1-25

.. Idem de *La Traviata*, idem..... $1-25

Ascher. — *La perla de Alemania*..... $1-00
.. *Célebre reverie*..... $1-50
.. *La Hija del Regimiento*, capricho de concierto..... $1-50
Burgmuller. — Vals de *Dinorah*..... $2 00
Favarger.—*Adios*, nocturno $2-00
Hernandez.—Rigodones de *Dinorah*..... $1-50
.. *La noche*, melodía.. $1-25
.. *Misterios*, melodía.. $1-25
Tito Mattey.—*Non tornó*, romanza..... $2-00
.. *Non é ver*, romanza.. $2-00
Robundi.—*La estrella confidente*, romanza..... $2-00
Métra.—*Las rosas*, tanda de valses..... $2-00
.. *La noche*, idem, id $3-50
Luceño.—*Pureza*, mazurca. $1-50
Waldteufel.—*Bella*, polka mazurca..... $00-75
.. *Dans les bois*, idem. $00-75
.. *Teresa*, tanda de valses..... $3 00
.. *Le sport de Nantes*, célebre tanda de valses, á cuatro manos..... $3-50
Straus.—*Articoli di fondo*, tanda de valses..... $1-50
Richard.—*María*, nocturno $1-00
.. *Canto matinal*.... $1-50
Lecocq.—Polka del *Baron de la Castaña*..... $2-00
Cereceda.—*Rigodones*.... $1-50
.. —*Valses*..... $2-00
Toledo. — *El desierto de hielo*, schotisch, con letra para recitar..... $1-50
.. Tanda de valses sobre motivos de *Pepe Hillo* $1-50
.. *Aurora*, tanda de valses, dedicada al actual soberano de España.. $3-00
.. *¡Sombra querida!* balada árabe, para canto y piano, ó piano solamente..... $1-50
.. *Lealtad*, marcha triunfal dedicada á D. Alfonso XII..... $2 00
Paladilhe.—*Mandolinata* (recuerdos de Roma), para canto, con acompañamiento de piano, letra española é italiana $2-50
Jimeno.—*¡Viva la paz!* polka-paso doble, dedicada á la Princesa de Asturias.. $2 00
Liegbig.—*Rustchke*, polka.. $1-00
Gounod.—*Serenata* para canto y piano, letra en francés é italiano..... $1-25
.. Danza de las bacantes en la ópera *Filemon y Baucis*..... $1-25
Mozart.—Serenata de *D. Juan*, para piano y canto $1 20
.. *Marcha turca*... $1-25
Princesa Rotschoubey. — *¡Oh! dites-lui!* romanza cantada por Tamberlick $1-25
Pinsuti.—*Oh! donna amata!* romanza para canto y piano..... 1-50
Guercia.—*¡No me amaba!* melodía para tiple ó contralto, con letra en español é italiano..... $1-25
Randarsewska —*La prière exaucée*..... $2-00
Schubert —*Serenata*, melodía para tiple ó tenor, con letra italiana..... $1-25
.. *El llanto de la doncella*, balada..... $00-75
.. *Barcarola*, melodía $00 40
Godefroid.—*Los suspiros*, cantábile para piano... $1.25
.. *Le chamelier*, cancion árabe..... $1-25
.. *La primer sonrisa*, réverie..... $1-25
Wardenburg.— *El sueño de un ángel*, bailable para piano..... $1-25
.. *Capricho bailable*... $1-25

L. Welly.—*Las campanas del monasterio*, nocturno $1-00
Kalkbreuner.—*La mujer del marino*, pensamiento fugitivo para piano . $1-00
Masini. — *Créeme*, romanza en francés ..... $,,-50
Puget. - *El sueño de María*, romanza ..... $, -50
Sousa-*La caprichosa*, polka. $,,-40
Hiller.—*Marcia Giocosa*... $,,-40
Andrés.—*Nocturno*..... $,,-40
Levey.—*La Góndola*..... $,,-40
Delioux.—*Léjos de la Pátria*, estiriana..... $., 75
Talexy-*Bona sera*, berceuse $,,-40
Hermann.—*Llanto de amor* $,,-40
Castoldi.—*Zoraida*, polka. $,,-40
Albau.—*Polka mazurka*.. $,,-40
Schulhoff — *Nocturno*.... $1-50
Thalberg-*Cuarteto de Rosini* $1 00
Heller.--*Impromtu y Egloga* $,,-75
,, *Vals* del álbum de J. Pereda ..... $,,-40

BIBLIOTECA MUSICAL económica.

Coleccion de piezas de los más célebres compositores, arregladas para piano, constando cada pieza de 4 á 16 páginas.

A 75 cents. una.

Hé aquí sus títulos y autores:

ASCHER.- *Las campanillas*, 6º capricho.
—*Vals de las flores.*
—*La ronde des Elfes*, feerie.
—*Croyez moi*, melodia.
—*Yelva*, mazurka de salon.
ARDITI.—*El beso*, célebre vals
AULAGNIER.—*Invitacion al wals de Weber.*
BADARZEWSKA.—*La oracion de una vírgen*, melodía.
BEETHOVEN. —*Allegretto scherzandro*, de la sinfonía en la [Obra 93]
BRISSON. —*La arabesca*, capricho de estudio.
—*La lluvia de oro*, capricho de estudio.
CROISSEZ.—*La golondrina y el prisionero*, capricho.
DOHLER.—Nocturno célebre.
—*Estudio de salon.*
DUVERNOY.—*La plegaria de los ángeles.*
—*La campana de Nuestra Señora de París*, fantasía imitativa.
—*Fantasía de Atilla.*
GELOS.—*La alondra*, capricho.
GERVILLE.—*El despertar del ruiseñor*, imitacion.
GODEFROID.—*La primera sonrisa.*
—*Los suspiros*, cantábile.
Cancion criolla, capricho.
—*Danza de las sílfides.*
—*El ruiseñor y el arroyo.*
GORIN.—*Melancolía*, nocturno.
GOUNOD.—Marcha de *Fáusto.*
GUTTMAN.—*A orillas de un arroyo.* melodía.
HUNTEN — *Las orillas del Rhin*, vals brillante de salon.
—Variaciones sobre un tema del *Norma;*
JUARRANZ.—Capricho de la ópera *Marta.*
KETTERER.—*Gaetana*, mazurka de salon.
—*La argentina*, id. id.
—*Violeta*, reverie, mazurka.
—*Flor de Bruyere*, capricho, mazurka
—*Cancion criolla*, capricho.
—*Vals de las flores.*
—*Filigrana*, polka de salon.
—*Badoise*, id. id.
—*Cabel*, id. id.
—*Bouet en train*, galop de concierto.
—*La entrada al torneo*, marcha brillante.
—Mazurka de salon.
—*Fáusto*, mazurka de salon
—Marcha oriental.
LEYBACH.—Quinto nocturno.
—Tercera reverie.
—Confidencia.

L. WELY.—*Las campanas del monasterio.*
WEBER.—Obertura del *Freishütz.*
MEYERBEER.—Marcha triunfal del *Profeta.*
—Obertura de *La estrella del Norte.*
—Aria de la Cabra, de *Dinorah.*
PERLADO.—Preciosa coleccion de danzas habaneras.
PRUDENT.—*Danza de las hadas.*
QUIDANT.—Célebre estudio de galop.
RAVINA.—Nocturno célebre.
—*Ultimo recuerdo,* melodía.
—Elegía.
RICHARDS.—*Maria,* nocturno.
—*Victoria,* id.
—*A la tarde,* en el campo del crepúsculo.
ROSELLEN.—*Reverie,* sueño.
—*El templario,* fantasía y variaciones.
SCHULOFF,—Vals brillante de salon.
SENNA.—Fantasía sobre motivos de *Luisa Miller*
THALBERG.—Tema y estudio en *la* menor.
—Marcha fúnebre.
THOMAS.—Sinfonía de *Raymond.*
—Idem de *Le Roman d'Elvire.*
TOLEDO.—1ª Fantasía para manos pequeñas sobre motivos de *Rigoletto.*
—Caprichos sobre los más lindos motivos de la *Traviata.*
—Capricho de *Atila* á cuatro manos.
—Idem idem de *Norma.*
—Idem idem de *El Trovador.*
—Fantasía sobre motivos de *La hija del regimiento.*
—Balada árabe, capricho.
—*El crepúsculo,* vespertino, capricho.
—*Un adios al mar,* barcarola.
VOSS.—*El carnaval de Venecia,* capricho brillante.
A. YOLDI.—*No me olvides,* vals brillante.

PIEZAS DE BAILE

A 75 cents. una.

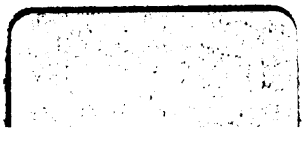
DESGRANGES.—*Los lanceros.*
GODFREY.—Valses de *Los guardias de la Reina.*
GOUNOUD.—Vals de *Fáusto.*
HERRAN.—*Los correos de Cupido,* tanda de valses.
JULIEN.—*La prima donna,* valses
TOLEDO [F].—*Patti,* tanda de valses.
TOLEDO [N].—Tanda de walses de la *Traviata.*
—*Los pensamientos,* tanda de valses.
—*Recuerdos de Versalles.* id. id.
—Tanda de valses sobre los más lindos motivos de la zarzuela *Pepe Hillo.*
WALDTENFELD.—*Placeres y penas,* tanda de walses.
WISCHING.—Tanda de valses de *I Masnadieri.*
La lluvia de perlas, vals brillante.
Aglaé, tanda de valses para Leotard.
La mariposa, polka.
La rosa en capullo, mazurca.
Vals sobre motivos de *Dinorah.*

A 50 cents. una.

La Primavera, schottisch.
Mazurka, por Chopin.
Mozambique, tango.
Polka-mazurka, por Paul-Herison.
Mazurka, por Hernandez.
¡Ay, Pancha! dancita.
La sincera amistad, polka de salon.
La bulliciosa, polka.
Mi cariño, polka-mazurca.
Fidelia, polka-mazurca.
Asuncion, polka-mazurca.
La cariñosa, polka.
Luisa, habanera.
Polka, sobre un motivo de *Fáusto.*
[illegible] polka.
[illegible]-mazurca.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

Form 410

AUG 2 0 19